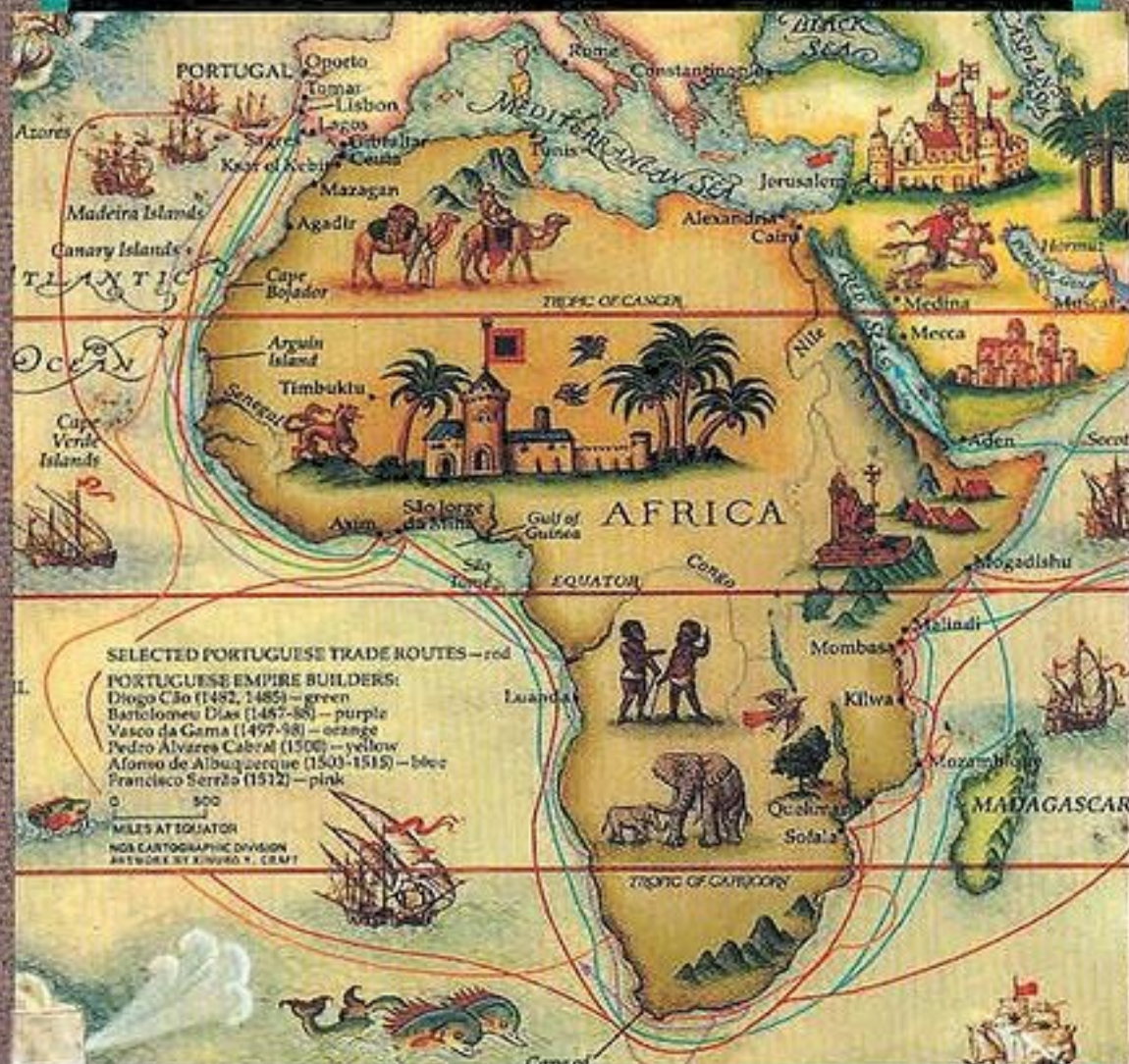




SIR RICHARD BURTON

## *Las Montañas de la Luna*

*En busca de las fuentes del Nilo*



a v a t a r e s

Lectulandia



De los grandes descubrimientos geográficos de la humanidad —cabría decir, para hablar con propiedad, de los pueblos europeos—, el conocimiento de la ubicación exacta de las fuentes de donde mana el misterioso Nilo, uno de los ríos más largos y caudalosos de la Tierra, ha exitado desde muy antiguo la curiosidad e imaginación de hombres de ciencia, viajeros y geógrafos. Pero fue necesario esperar al siglo XIX para tener un conocimiento fiel y preciso del origen del Nilo.

En 1879, dos temerarios aventureros, militares geógrafos británicos, el capitán Richard Francis Burton y su asistente, el capitán Speke, obtuvieron licencia y recursos económicos de la onnipotente Real Sociedad Geográfica de Londres para emprender su acariciada aventura. la presente obra es un extracto de los numerosos diarios del capitán Burton sobre aquel viaje, y en ella nos describe, desde el punto de vista siempre sorprendido y curioso del viajero, las peripecias, las dificultades (fiebres, ataques indígenas, desiertos inagotables...), los diferentes paisajes de las selvas vírgenes, así como los ritos y costumbres de los pueblos africanos que iban encontrando en el largo y tortuoso itinerario de aquel viaje fauloso en busca de las fuentes del Nilo.

**Lectulandia**

Sir Richard Francis Burton

# **Las montañas de la luna**

**En busca de las fuentes del Nilo**

ePub r1.0

chungalitos 10.07.14

Título original: *The Great Lakes of East Africa*

Sir Richard Francis Burton, 1856

Traducción: Pablo González

Retoque de cubierta: Piolin

Editor digital: chungalitos

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## PREFACIO

Aun siendo contrario a escribir tanto como a leer prolegómenos difusos, el autor se ve obligado a relatar con cierta amplitud las circunstancias que desembocaron en la redacción de estas páginas.

En mayo de 1849 el fallecido vicealmirante Sir Charles Malcolm, antiguo superintendente de la armada india, solicitó, junto con el señor William John Hamilton, entonces presidente de la Real Sociedad Geográfica de Gran Bretaña, el permiso del consejo directivo de la honorable Compañía de las Indias Orientales para explorar los recursos productivos del desconocido país de Somalia en el este de África<sup>[1]</sup>. Recibió una respuesta en el siguiente tono:

«Si una persona fiable y adecuada se ofrece voluntaria para viajar al país de Somalia lo hará por su propia cuenta, sin que el gobierno le conceda más protección de la que dispensaría a un individuo totalmente desconectado de este servicio. Se permitirá al oficial que obtenga autorización para realizar este viaje que, durante su ausencia por causa de esta expedición, conserve la paga y atributos de que disfrute en el momento en que se le otorgue el permiso; se le proporcionará el equipo necesario, se le dará un pasaje de ida y vuelta y se le pagarán los gastos inherentes al viaje».

El proyecto permaneció en estado de letargo hasta marzo de 1850, cuando Sir Charles Malcolm y el capitán Smyth, presidente de la Real Sociedad Geográfica de Gran Bretaña, visitaron a los miembros directivos de la Compañía de las Indias Orientales y fueron informados de que, si presentaban una relación de todo cuanto se necesitaba y especificaban cómo se llevaría a cabo la expedición, el documento sería sometido al gobernador general de la India junto con la recomendación de que, si no surgían objeciones debidas a los gastos u otras causas, se permitiese a una persona adecuada explorar el país de Somalia.

Sir Charles Malcolm ofreció entonces el mando de la expedición al doctor Cáster, de Bombay, un oficial de excelente reputación conocido en el mundo indio por sus servicios a bordo del bergantín *Palinurus* durante el periodo en que se encargó de la supervisión marítima de Arabia oriental. El doctor Cáster accedió de inmediato a las condiciones propuestas por los creadores del proyecto; pero como su principal objetivo era comparar la geología y la botánica del país somalí con los resultados de sus viajes por Arabia, sólo se comprometió a atravesar la parte de África oriental situada al norte de una línea trazada entre Berbera y Ras Hafun o, lo que es lo mismo, las montañas marítimas de Somalia. Su estado de salud no le permitía aventurarse solo en tan agrestes regiones, por lo que necesitaba una embarcación que le llevara de

un lado a otro y le sirviera al mismo tiempo de almacén para obsequios y provisiones. De este modo esperaba fondear en los puntos más interesantes y adentrarse aquí y allí entre sesenta y ochenta millas en el interior del país, a través de la región que se proponía explorar.

El 17 de agosto de 1850 Sir Charles Malcolm escribía al doctor Cáster: «He estado en contacto con el presidente de la Real Sociedad Geográfica y otras personas. Todos han coincidido en que, aunque sin duda se recabaría información muy valiosa bordeando la costa, como usted propone, en los campos de la geología y la botánica, no es éste el primordial objetivo de la Sociedad Geográfica de Londres, que desea que se explore el interior». No obstante, el vicealmirante añadía que, dadas las circunstancias del caso, los planes del doctor Cáster habían sido aprobados y por tanto le rogaba que no tardara en hablar con el comodoro Lushington, entonces comandante en jefe de la armada india.

En mayo de 1851 murió el vicealmirante Sir Charles Malcolm: geógrafos y viajeros perdieron así a un amigo enérgico e influyente. Durante los diez años en que ejerció la superintendencia de la armada india este servicio alcanzó, pese a la carga de una profunda paz, el mayor grado de distinción de su historia. Permitía liberalmente que los oficiales a su mando emprendieran misiones de descubrimiento geográfico, siempre manteniendo su rango, paga y privilegios, siendo sufragados los gastos de sus viajes por los fondos de contingencia. Todos los documentos e informes presentados al gobierno local recibían una acogida favorable, y el viajero que obtuviera éxito en su exploración podía esperar distinciones y ascensos.

Durante la década comprendida entre 1828 y 1838 «los oficiales de la armada india viajaban, por así decirlo, *con sus vidas en sus manos* a través de los más salvajes distritos del este. Citemos entre ellos al fallecido capitán de fragata J. A. Young, los tenientes Wellsted, Wyburd, Wood y Christopher, al capitán de fragata retirado Ormsby, al hoy capitán de navío H. B. Lynch, C. B., a los capitanes de fragata Félix Jones y W. C. Barker y a los tenientes Cruttenden y Whitelock. Sus exploraciones se extendieron desde el Bósforo hasta el litoral indio. No es necesario hablar de la «vasta, incommensurable valía de los servicios que los experimentados oficiales así empleados prestaron y siguen prestando a la ciencia y al comercio de su país, así como a todo el mundo civilizado: cualquier elogio por nuestra parte sería más que insuficiente». Estas son palabras de la *Quarterly Review* (número CXXIX de diciembre de 1839).

«En cinco años», sigue afirmándose en la revista, «los admirables mapas de este golfo coralino que es el Mar Rojo quedaron terminados: los horrores de la navegación habían dado lugar a la confianza inspirada por excelentes reconocimientos. En 1829 el *Thetis*, de diez piezas, al mando del capitán de fragata Robert Moresby, escoltó a la primera nave de carbón que hacía la travesía del Mar Rojo, de cuyas costas el diestro

y emprendedor marino hizo un detenido reconocimiento que permitió la realización de las subsiguientes operaciones trigonométricas con las que se elaboran nuestros mapas actuales. Se utilizaron dos naves, la *Benares*, y la *Palinurus*, bajo el mando, la primera, del capitán Elwon, y la segunda del citado Moresby. No obstante, fue a este último oficial al que correspondió completar el trabajo. Puede concebirse una idea de los peligros que aquellos hombres tuvieron que afrontar mencionando tan sólo que el *Benares* embarrancó cuarenta y dos veces.

«Robert Moresby, el genio del Mar Rojo, dirigió también la exploración de las islas Maldivas y otros grupos conocidos como el Archipiélago Chagos. A duras penas evitó convertirse en una víctima mortal del nocivo clima de esta región, que sólo abandonó cuando se vio en la imposibilidad de seguir trabajando. Una hueste de oficiales jóvenes y fogosos: Christopher, Young, Powell, Campbell, Jones, Barker, y otros le secundaron competentemente; la muerte libró con ellos una ardua batalla durante varios meses, y tan paralizados estaban los vivos a causa de las terribles enfermedades que apenas se pudieron levar anclas para emprender la retirada hacia las costas de la India. Recobrados tras una pausa de tres meses, en ocasiones en puertos en donde venían a reforzarles miembros adicionales, los intrépidos supervivientes reanudaron su tarea, aunque a intervalos, y en 1837 ofrecieron al mundo un amplio conocimiento de grupos singulares que hasta entonces, pese a residir a 150 millas de nuestras costas, habían constituido un misterio por estar envueltos en los peligros que les rodeaban. Los magníficos mapas del Mar Rojo trazados por el fallecido comodoro Carless<sup>[2]</sup>, entonces teniente, constituirán para siempre monumentos imperecederos de la Ciencia Naval India y del valor de sus oficiales y tripulaciones. Los del grupo de las Maldivas y Chagos, ejecutados por el hoy capitán de fragata y entonces teniente en funciones Félix Jones, fueron, según nos han dicho, de tanta calidad que la reina los consideró merecedores de su inspección personal».

«Mientras progresaban tan instructivas operaciones, había otros miembros de la profesión, no menos distinguidos, que se ocupaban de descubrimientos similares. La costa de Mekran, al oeste de Scinde, era poco conocida, pero pronto halló un lugar en las investigaciones hidrográficas de la India bajo la dirección del capitán de navío, entonces teniente, Stafford Haines y sus hombres, que eran los encargados de esta tarea. El viaje al Oxus, realizado por el teniente Wood, compañero de Sir A. Burnes en sus misiones en Lahore y Afganistán, es una página de la historia que quizá no vuelva a abrirse para nosotros ni siquiera en la actualidad; mientras que los trazados que hiciera el teniente Carless de los canales del Indo nos descubren unas regiones que sólo la espada de Sir Charles Napier estaba destinada a revelar en toda su complejidad».

«Los diez años anteriores a 1839 fueron de incierto descanso, como el que suele

preceder a los grandes acontecimientos. Este descanso ofreció la posibilidad de consagrar grandes periodos de tiempo a la investigación, siendo en tal intervalo cuando se delinearon el litoral de la isla de Socotora y la costa sur de Arabia. Además de los excelentes mapas de estas regiones, debemos a las sucesivas investigaciones la espléndida obra sobre Omán del fallecido teniente Wellsted, de este mismo servicio, así como los valiosos relatos fruto de la pluma del teniente Cruttenden<sup>[3]</sup>».

«Además de los trabajos que hemos enumerado, vieron la luz otros de idéntica naturaleza, pero a menor escala, realizados en la misma época y en torno a nuestras propias costas. El golfo de Cambay y las peligrosas arenas conocidas como “Márgenes de las Molucas” fueron explorados y cartografiados por el capitán de navío Richard Ethersey, ayudado por el teniente, ahora capitán de fragata, Fell. El puerto de Bombay volvió a ser delineado a gran escala por el capitán R. Cogan, con el concurso del teniente Peters, ambos fallecidos en la actualidad. Y cuando apenas se había secado la tinta que delimitaba los contornos de las Maldivas, los oficiales ocupados en esta tarea fueron requeridos por las autoridades al servicio de Su Majestad responsable del gobierno de Ceilán para emprender estudios trigonométricos de esta isla y los azarosos y poco profundos golfos situados a ambos lados del trecho arenoso que la comunica con la India. Fueron los hoy capitanes de navío F. F. Powell y Richard Ethersey, a bordo de las goletas *Royal Tiger* y *Shannon*, secundados por el teniente (ahora capitán de fragata) Félix Jones y el fallecido teniente Wilmot Christopher, caído en acción frente a Mooltan. El primero de estos oficiales tenía a su cargo una de las naves bajo el mando del teniente Powell, y el segundo otra bajo las órdenes del teniente Ethersey. Los mapas del paso de Pamban y los estrechos de Manaar se deben al teniente Félix Jones, que era el cartógrafo de esta expedición: no hay más que estudiarlos, hablan por sí solos<sup>[4]</sup>».

En 1838 Sir Charles Malcolm fue sucedido por Sir Robert Oliver, «un viejo oficial de la vieja escuela», un estricto disciplinarista, servidor fiel y honesto del gobierno, pero al mismo tiempo un hombre violento, cargado de limitaciones y prejuicios. Quería «marinos», individuos diestros con el cable y el aparejo, avezados en el conocimiento del disparo y la esgrima; le gustaba la «ley del pulgar», detestaba las «elucubraciones literarias», y en definitiva profesaba un profundo desdén a la ciencia. Una veintena de viajes de reconocimiento fueron interrumpidos como medida inaugural, provocando la pérdida de varios millares de libras, sin mencionar contingencias como la del *Memnon*<sup>[5]</sup>. Se retiraron privilegios a los pocos oficiales que obtenían permisos especiales, y la trabajosa vida a bordo de las naves se convirtió en algo sistemáticamente monótono e incómodo: un dicho local la describe como «muchos galones y ninguna estrella». Pocas medidas se omitieron para aumentar el impacto del contraste. No se hizo caso de los documentos enviados al gobierno, y el hombre que trataba de distinguirse por miras más elevadas que sus deberes cotidianos



en cubierta quedaba marcado como objeto de la apasionada aversión del siempre malhumorado comodoro. No había lugar para mapas y planos; valiosos estudios originales, de los que no existían copias, yacían amontonados con el ladrillo y el cemento utilizado para la reconstrucción de las oficinas de la Marina. No se entregaba instrumental para las naves e incluso se dio el caso de que se rehusó proporcionar un barómetro a cierto solicitante, que tuvo que pedirlo numerosas veces durante cinco años. Mientras Sir Charles Malcolm dirigió los muelles de Bombay el nombre de Inglaterra fue honrado y respetado en los mares indios, africanos y árabes. Cada buque portaba sus presentes fusiles: pistolas, pólvora, *Abbas*, tela carmesí, chales, relojes, telescopios y artículos similares confiados a los oficiales que visitaban el interior durante sus permisos. Una orden de Sir Robert Oliver eliminó los obsequios y también los instrumentos, desapareciendo con ellos la justa idea de que nuestra fe y grandeza como nación habían alimentado las razas marítimas, que esperaban con impaciencia a nuestros navegantes. Fue así como la marina india se redujo, con la negligencia y la rutina, a un mero servicio de transportes que sólo destacaba por las continuas reyertas entre tenientes de marina y tenientes de tierra, oficiales de la armada y oficiales del ejército, sus «pasajeros». Lo que dio como resultado esa falta de iniciativas, a la que aludió *ex cathedra* un ya fallecido presidente de la Real Sociedad Geográfica de Gran Bretaña, que caracteriza ahora a la India Occidental, en otro tiempo tan célebre por su ardor en la aventura.

Pero volvamos al tema del descubrimiento de África oriental. El comodoro Lushington y el doctor Cárter se reunieron para concertar diversas medidas antes de presentar los planes de la expedición somalí. Se decidió incluir a tres personas, los doctores Cárter y Stocks y un oficial de la armada india; también se solicitaron los servicios de una nave en la costa de África. Todos estos preparativos tuvieron lugar en 1851, pero más tarde el comodoro Lushington dimitió de su cargo y el proyecto fue olvidado.

El autor de estas páginas, tras su regreso desde el Hiyaz a Bombay, concibió la idea de revivir la expedición somalí. Resolvió partir en la primavera de 1854, acompañado por dos oficiales, para penetrar en Zanzíbar vía Harar y Gananah. Sus planes fueron escuchados con interés por el muy honorable Lord Elphinstone, esclarecido gobernador de la colonia, y también por las autoridades locales entre las que debo distinguir a James Grant Lumsden, entonces miembro del consejo, que siempre despertará en mi ánimo los más vivos sentimientos de gratitud y afecto. Pero juzgándose necesario solicitar una vez más la autorización del cuerpo directivo, el 28 de abril de 1854 se envió una carta a tal efecto desde Bombay con cálidas recomendaciones. Durante el periodo de espera el teniente Herne, del Primer Regimiento Europeo de fusileros de Bombay, oficial experimentado en reconocimientos, fotografía y mecánica, obtuvo un permiso junto con el que escribe,

además de un pasaje gratuito para Aden, en Arabia. El 23 de agosto fue despachada al fin la respuesta favorable del consejo directivo.

Mientras esto sucedía, el más doloroso acontecimiento modificó el plan original. El tercer miembro de la expedición, el cirujano ayudante J. Ellerton Stocks, cuyos brillantes logros como botánico, largos y azarosos viajes, y mentalidad eminentemente práctica le recomendaban para los honores y esfuerzos de una exploración por África, murió de forma repentina en la flor de la vida. Sus amigos le añoran por numerosas razones: querido de todos, dejó un vacío en su círculo social que nadie más podría ocupar, y debemos lamentar que el destino no le concediera tiempo, tras infundirle la voluntad y capacidad necesarias, para trazar una huella más honda y perdurable en las férreas tablas de la fama.

Perdida la esperanza de llevar a cabo su proyecto inicial, el autor decidió convertir la geografía y el comercio del país de Somalia en sus principales objetivos. A tal fin solicitó del gobierno de Bombay la ayuda del teniente William Stroyan, un oficial distinguido por sus reconocimientos de la costa de la India Occidental, el Sind y los ríos del Punjab. Resultó difícil que se prescindiera de tan valiosas dotes para ponerlas al servicio del descabellado plan de penetrar en la zona oriental de África. No obstante, los incesantes y enérgicos esfuerzos que habían respaldado el plan del autor nos ayudaron una vez más a salvar todos los escollos, y al iniciarse el otoño de 1854, el teniente Stroyan recibió autorización para unirse a la expedición. Al mismo tiempo, el teniente J. H. Speke, del 46 Regimiento de Bengala, que había pasado varios años obteniendo especímenes de la fauna del Tíbet y el Himalaya, se ofreció a compartir con nosotros las penalidades de la exploración africana.

En octubre de 1854, el autor y sus compañeros recibieron en Adén la sanción del consejo directivo. Teníamos la intención de marchar juntos, utilizando Berbera como base de operaciones, hacia Harar, y de allí rumbo a Zanzíbar, en dirección Sudeste.

Pero la sociedad de Aden opuso mil inconvenientes a semejante expedición. Las toscas maneras, aspecto fiero e insolentes amenazas de los somalíes —efectos de nuestro pacífico mandato— habían predispuesto a la magnífica colonia a vivir bajo el «Ojo del Yemen» con una idea de peligro extremo. El espíritu anglosajón sufre de confinamiento, según se ha observado, entre muros que no sean de madera, y el europeo degenera con tanta rapidez como sus perros de presa, sus gallos de pelea y otros animales combativos en los tórridos, enervantes e insalubres climas de Oriente. Se definió al que escribe y sus camaradas como hombres que caminaban deliberadamente hacia su propia destrucción, y los somalíes de Aden se apresuraron a imitar el ejemplo de sus gobernantes. Los salvajes habían oído hablar de la costosa misión de Shoa, sus trescientos camellos y cincuenta muías, y estaban ansiosos por asistir a otra representación del drama: según ellos era absolutamente necesario hacer un gran dispendio, organizar festejos en cada poblado, propiciar la ayuda de los jefes

con magníficos regalos y gastar dólares a puñados. El residente político rehusó suscribir el programa propuesto, y su objeción exigió un nuevo cambio de planes.

Al fin el teniente Herne recibió la orden de desplazarse, tras iniciarse la estación seca, a Berbera, donde no se preveía el menor peligro. Se consideró que la residencia de este oficial en la costa despertaría un sentimiento amistoso entre los somalíes y, como los hechos demostraron más tarde, facilitaría la salida de Harar por parte del autor, aterrorizando al gobernante al poner en entredicho la seguridad de sus caravanas<sup>[6]</sup>. El teniente Herne, al que el primero de enero de 1855 se unió el teniente Stroyan, vivió en la costa africana de noviembre a abril. Se informó sobre el comercio, las rutas caravaneras y el estado del tráfico de esclavos, visitó las montañas próximas al litoral, hizo dibujos de todos los lugares de interés, y realizó una serie de observaciones meteorológicas y de otra índole como preludio a un examen más exhaustivo.

El teniente Speke recibió instrucciones de desembarcar en Bunder Guray, un pequeño pueblo situado en Arz el Aman o «Tierra Segura», como los somalíes de barlovento denominan a su país. Su objetivo consistía en recorrer el famoso Wadi Nogal, estudiando su cuenca y otras peculiaridades, comprar caballos y camellos para su posterior utilización por el grupo expedicionario y recoger especímenes de la tierra rojiza que, según los antiguos viajeros africanos, denota la presencia de polvo de oro<sup>[7]</sup>. El teniente Speke partió el 23 de octubre de 1854 y volvió a Aden tres meses más tarde. A causa de la rapacidad y traición de su guía, no había logrado llegar a Wadi Nogal, pero al menos logró penetrar más allá de la cordillera marítima, y su diario demuestra que pudo recabar información nueva e importante.

Mientras tanto el autor, disfrazado de mercader árabe, hizo todos los preparativos necesarios para visitar la ciudad prohibida de Harar. Abandonó Aden el 29 de octubre de 1854, llegó a la capital del antiguo imperio Hadiyah el 3 de enero de 1855, y el 9 de febrero del mismo año regresó sano y salvo a Arabia, con el proyecto de adquirir víveres y provisiones para un segundo y más prolongado viaje<sup>[8]</sup>.

Debe tenerse presente que la región atravesada en tal ocasión sólo era conocida de antemano por los vagos relatos de algunos viajeros nativos. Todos los descubridores de Abisinia habían visitado a los dankali y otras tribus nortenas; mas el país de los somalíes era aún una *térria incógnita*. Por otro lado, nadie había llegado hasta Harar, y pocas son las ciudades del mundo que en la actualidad, cuando recorremos el globo de uno a otro confín, no han abierto sus puertas a los aventureros europeos. La antigua metrópoli de la que fuera un día poderosa raza, único asentamiento permanente en el este de África, sede de la sabiduría musulmana y ciudad amurallada de casas de piedra, que tenía su jefe independiente, su población peculiar, una lengua desconocida y moneda propia, además de constituir un imperio del comercio cafetero, el cuartel general de la esclavitud, el lugar de nacimiento de la planta *kat* y la gran

fábrica por excelencia de telas de algodón, bien merecía las fatigas de la exploración. Las páginas que siguen atestiguaran el éxito del autor. Por desgracia resultó imposible utilizar otros instrumentos que una brújula de bolsillo, un reloj, y un termómetro más destacable por su conveniente tamaño que por su exactitud. Pero así se abrió el camino para la observación científica: poco después de que el autor abandonara Harar, el emir o jefe escribió al residente político en funciones en Aden solicitando con vehemencia que se le proporcionase un «médico occidental» y ofreciendo protección a cualquier europeo que se dejase persuadir a visitar sus dominios.

En la narración de este primer viaje, el autor no vaciló en enriquecer sus páginas con observaciones extraídas de los escritos de los tenientes Cruttenden y Rigby. El primero incluyó dos documentos excelentes en la *Transactions* (Actas verbales) de la Sociedad Geográfica de Bombay: uno titulado *Informe sobre la tribu somalí Miyyertheyn que habita los distritos que forman la Punta del Nordeste Africano* y un segundo volumen titulado *Memoria sobre las tribus occidentales o Edoor, que viven en la Costa Somalí del Nordeste de África; junto con las Ramificaciones Meridionales de la Familia de Darood, residentes en las márgenes de Webbe Shebayli, denominado comúnmente Río Webe*. Por su parte, el teniente C. P. Rigby, del 16 Regimiento de Bombay, publicó, también en las *Transactions* de la Sociedad Geográfica de Bombay, su *Esbozo del Lenguaje Somalí, con Vocabulario*, que llenaba una gran laguna en los dialectos del este de África.

Si decide hojear las páginas de mi obra *Primeros pasos por el Este de África*, el lector quedará convencido de que el extenso país somalí en modo alguno está desprovisto de posibilidades. Aunque parcialmente desértico y poco habitado, posee valiosos artículos de comercio y sus puertos exportan los productos de los gurague, abisinios, galla y otras razas de tierra adentro. Los nativos del país son esencialmente comerciantes, que se han asumido en la barbarie por su situación política —la burda igualdad de los hotentotes—, pero parece poseer cualidades suficientes para una regeneración moral. Como súbditos ofrecen un favorable contraste respecto a sus parientes los árabes del Yemen, una raza tan indómita como los lobos que, invadida por los abisinios, persas, egipcios y turcos, ha conservado siempre un inquebrantable espíritu de libertad y ha conseguido quebrar siempre el yugo de la dominación extranjera. Durante media generación hemos sido amos y señores de Aden, llenando la zona sur de Arabia con nuestros calicós y nuestras rupias. Sin embargo, ¿cuál es allí el actual estado de cosas? Los beduinos nos desafían a abandonar el parapeto de nuestras pétreas murallas y luchar como hombres en el llano, los protegidos de los británicos son asesinados dentro del radio de alcance de nuestras armas, nuestros pueblos aliados han sido quemados a escasa distancia de Aden, nuestros desertores son bienvenidos, nuestros delincuentes y fugitivos reciben protección, se nos corta el suministro con excesiva frecuencia, la guarnición ha sido reducida a una lamentable



condición por obra de un bandido semidesnudo —el perverso Bhagi, que asesinó a sangre fría al capitán Mylne, sigue deambulando sin castigo por las montañas—, los insultos más ofensivos son la única respuesta que hemos escuchado a nuestras propuestas de paz, la bandera inglesa ha sido mancillada impunemente, nuestras naves habían recibido órdenes de no actuar si no era en defensa propia, y nuestra renuncia a atacar fue interpretada como simple cobardía. Así es, y así será siempre, el carácter árabe.

La Sublime Puerta aún conserva sus posesiones en el Tahamah y las regiones limítrofes con Yemen a causa de las rigurosas medidas con que Mohammed Alí de Egipto abrió la ruta de Suez, hervidero de ladrones. Siempre que se asesina a un turco o a un viajero, se ordena salir a algún escuadrón de la caballería irregular, que no se anda con remilgos a la hora de vengarse y halla un gran placer en quemar un par de pueblos o arrasarlo la cosecha en torno a la escena del ultraje.

Un pueblo civilizado como el nuestro debe oponerse a semejantes medidas por diversos motivos, entre los que ninguno es más débil que el temor de perpetuar un conflicto sangriento con los árabes. Nuestras relaciones actuales con ellos son «una bonita reyerta» que con el tiempo no hará sino recrudecerse en lugar de disminuir. Mediante una severidad justa, sana y firme quizá inspiremos a los beduinos miedo en lugar de desdén; el mayor visionario se reiría de cualquier intento de animarle con sentimientos más elevados.

«La paz —afirma un sabio moderno— es el sueño de los sabios; la guerra es la historia del hombre». Abandonarse a tales sueños denota un escaso sentido de la realidad. No fue su «política de paz» la que dio a los portugueses unas posesiones litorales que se extendían del cabo Non a Macao. Tampoco fueron designios pacíficos los que ayudaron a los antiguos otomanos a alzarse victoriosos en los desiertos de Tartaria y de allí viajar a Aden, Delhi, Argelia y las mismas puertas de Viena. No fue mediante la paz como los rusos se asentaron en las orillas del Mar Negro, el Báltico y el Caspio, ocupando en el lapso de ciento cincuenta años y reteniendo, pese a la guerra, un territorio más vasto que Inglaterra y Francia juntas. No fue una política de paz la que permitió a los franceses anexionarse una tras otra las regiones del norte de África, hasta que el Mediterráneo pareció condenado a convertirse en un lago galo. Los ingleses de una pasada generación se hicieron famosos por ganar territorios en ambos hemisferios; sus vastas posesiones no fueron obtenidas merced a su voluntad de propagar la paz que, sin embargo, en dos claras ocasiones casi les ha hecho perder la «joya del Imperio Británico»: la India. El filántropo y el economista político quizá abriguen la esperanza, al protestar contra la expansión territorial, al abogar por una frontera compacta, al abandonar las colonias y cultivar el «equilibrio», de que mantengamos nuestro merecido puesto entre las grandes naciones del mundo. ¡Nunca! Los hechos históricos nos hacen llegar a inalterables conclusiones: las razas

progresan o retroceden, se enriquecen o caen en el olvido: Los hijos del Tiempo, al igual que su padre, deben permanecer en constante movimiento.

La ocupación del puerto de Berbera ha sido aconsejada por numerosas razones.

En primer lugar, Berbera es la auténtica llave del Mar Rojo, el centro del tráfico de África oriental y el único punto seguro donde puede establecerse el comercio con el litoral occidental de Eritrea, desde Suez hasta Guardafui. Rodeada de tierras cultivables, y de montañas cubiertas de pinos y otros árboles valiosos, goza además de un clima templado, con un monzón regular y poco intenso; por este motivo, este puerto ha sido codiciado por distintos conquistadores extranjeros. Las circunstancias lo han puesto, por así decirlo, en nuestras manos, y si rechazamos semejante oportunidad habrá otras naciones menos ciegas que se apresuren a arrebatárnoslo.

En segundo lugar, estamos obligados a proteger las vidas de los súbditos británicos que viven en esta costa. En el año 1825 la tripulación del bergantín *MaryAnn* fue asesinada a traición por los somalíes. La consecuencia de un castigo sumario y ejemplar<sup>[9]</sup> fue que en agosto de 1843, cuando el vapor de guerra *Memnon* embarrancó en Ras Assayr, cerca del cabo de Guardafui, los bárbaros no intentaron ningún ataque, y nuestros marineros permanecieron varios meses en sus desérticas y desprotegidas costas reparando el buque. En 1855 los somalíes habían olvidado la lección, y reanudaron sus pillajes y asesinatos de extranjeros. Por lo tanto, resulta ostensible que no se puede confiar en este pueblo sin someterlo a vigilancia, y también que las naves suelen embarrancar con cierta facilidad en esta parte del Mar Rojo. Hace menos de un año la corbeta de vapor francesa *Le Caiman* se perdió a escasa distancia de Zaila; los beduinos somalíes reunieron a una hueste de fanáticos que, por fortuna, se dispersó antes de que corriera la sangre merced a los esfuerzos del gobernador y sus soldados. A nosotros corresponde evitar tales contingencias. Si uno de los buques de la Compañía Peninsular y Oriental se detuviera por accidente en estas inhóspitas costas, dada la situación actual, las vidas de los pasajeros, y también la carga, estarían en inminente peligro.

Al abogar por el establecimiento de un puesto armado en Berbera no se hace el menor hincapié en el tema de la esclavitud. Para terminar con este tráfico no es en absoluto necesario poseer un puerto destinado a la exportación. Siempre que un crucero británico reciba órdenes positivas y *bona fide* de buscar naves nativas y vender como recompensa todas aquellas que lleven esclavos a bordo, se asestará a tal comercio un golpe mortal.

En la última feria anual se tomaron ciertas medidas para castigar el ultraje perpetrado por los somalíes en Berbera en 1855. A su regreso a Aden, el autor propuso que fueran expulsados al instante del territorio inglés todos los clanes involucrados en la ofensa. Este paso preliminar fue llevado a cabo por el residente político en funciones de Aden. Además, se juzgó aconsejable bloquear la costa

somalí, de Siyaro a Zaila, hasta que, en primer lugar, fueran entregados el asesino del teniente Stroyan y el rufián que intentó matar a sangre fría al teniente Speke<sup>[10]</sup> y, en segundo, los autores del pillaje compensaran por todas las pérdidas infligidas. La primera condición fue aprobada por el honorable gobernador general de la India, quien, sin embargo, se opuso al parecer a la demanda de dinero<sup>[11]</sup>. En la actualidad los cruceros *Mahi* y *Elphinstone* están apostados en el puerto de Berbera. Los somalíes han ofrecido una indemnización de 15.000 dólares y, como de costumbre, afirman que el asesino ha sido ajusticiado por su tribu.

Concluamos. El autor ha tenido la satisfacción de recibir la promesa por parte de sus compañeros de que están dispuestos a unirse a él en una futura exploración africana. Los somalíes conocen los planes del europeo: si la pérdida de una vida, por muy valiosa que sea, constituye un obstáculo para la realización de estos últimos, se verá privado de la estima de las razas circundantes. Si, por el contrario, después de castigar debidamente a los culpables sigue adelante con el plan original, se ganará el respeto del pueblo y borraré para siempre el recuerdo de un revés temporal. Cabe esperar que el proyecto se reanude, en un tiempo no muy lejano. No se necesita, para reiniciar los trabajos, sino una autorización que sin duda nunca denegará un gobierno alimentado por su propia energía, espíritu emprendedor y perseverancia, que además se ha alzado del rango de sociedad comercial a la alta dignidad de nación próspera e imperial.

*14 St. Jame's Square,  
10 de febrero de 1856.*

## CAPÍTULO PRIMERO

DESASTRE EN BERBERA EN 1855.—EXPEDICIÓN PARA ESTUDIAR EL MAR DE UJIDJI EN 1857.—ASPECTO DE LA COSTA DE ZANGUEBAR.—EL PUEBLO DE CAOLÉ.—POBLACIÓN DE LA COSTA.—INTRIGAS PARA ARRUINAR EL COMERCIO EXTRANJERO.

En el año 1855, es decir, dos años después de mi viaje a Medina y la Meca, concebí el atrevido proyecto de atravesar el gran continente africano de Nordeste a Sudoeste, esto es, desde el estrecho de Bad-el-Mandeb al océano Atlántico, acompañado por tres valientes camaradas, los tenientes Speke, Herne y Stroyan. Por circunstancias imprevistas y superiores a nuestra voluntad, esta expedición no pudo ser más desgraciada: a pesar de nuestros esfuerzos no nos fue posible pasar de Harar, y durante la noche del 19 de Abril, cuando regresábamos a Berbera, nuestro campamento fue atacado por fuerzas tan considerables que hicieron imposible la resistencia. Stroyan murió en el combate; Speke recibió once heridas, afortunadamente de poca consideración, y Herne y yo escapamos a la muerte de milagro.

Este desastre no me desanimó, ni me impidió formar para el porvenir nuevos proyectos de exploraciones y descubrimientos.

El 16 de Junio de 1857, al mediodía, después del considerable gasto de pólvora con que, según es costumbre, se anuncia en Oriente cualquier acontecimiento notable, desde el nacimiento de un príncipe hasta la partida de un obispo, la *Artemisa*, magnífica corbeta de vela, salió del puerto de Zanzíbar. Éste nombre viene de la voz *zang*, que significa negro, y de la palabra *bar*, que quiere decir región: así pues, Zanzíbar y Zanguebar tienen la misma significación en nuestra lengua, y equivalen a tierra de los negros o Nigricia. La *Artemisa* llevaba a bordo al capitán Speke y a mí, a dos jóvenes naturales de Goa, a dos negros encargados de cuidar nuestras armas, y a ocho indígenas de Belutchistan que nos había dado para escolta y defensa el sultán de Zanzíbar, Said-Medjid.

En virtud del parecer del cónsul inglés, el coronel Hamrton, cuya opinión consulté, y que desgraciadamente estaba a punto de morir, comprendí que era conveniente modificar el plan de expedición trazado por la comisión organizadora de la Real Sociedad de Geografía de Londres. Así pues, en vez de salir de Quiloa para ir a buscar el lago o *uyan*za de los Maravis, obtuve autorización para formar en la comarca de Zanzíbar una expedición cuyo principal objeto era determinar los límites del lago llamado mar de Ujidji, examinar las diversas producciones de aquella región



casi desconocida, y estudiar el carácter y las costumbres de sus habitantes. Con este objeto, la Compañía de las Indias, a petición de la Sociedad de Geografía, me había concedido dos años de licencia, y el ministerio de Negocios extranjeros me acordó una subvención de veinticinco mil francos.

Poco después de las seis de la tarde, la *Artemisa* echó sus anclas en frente de la punta de Wale, lengua de arena poco elevada sobre el mar, cubierta de espesos bosquecillos, y situada aproximadamente a ciento treinta kilómetros de la desembocadura del Kingani y del puertecillo de Bagamoyo.

A primera vista, el aspecto de esta costa ondulante, llamada la Mrima, no puede ser más pintoresco. El océano índico se estrella en hirvientes remolinos sobre un detritus de corales y madréporas, que forman arrecifes señalados por la espuma de las olas, y abre en la costa profundas hendiduras donde el mar, después de haber apagado su furia contra los bancos de arena o las rocas escarpadas, se duerme tan mansamente como las aguas de un estanque.

Por otra parte, las puntas y los islotes, por poco que se dejen ver sobre la superficie del mar, aparecen cargados de una vegetación exuberante y lujuriosa, producto de la influencia vivificante del sol de los trópicos y de las lluvias torrenciales, que humedecen y ablandan aquel suelo endurecido. Bosquecillos de mangles blancos y encarnados cubren la orilla de las lagunas, y en la marea baja el cónico cimientito de raíces que sostiene cada árbol queda descubierto, ofreciendo un espectáculo extraño; las jóvenes palmeras, coronadas por ramilletes de un verde brillante, se elevan en medio de las adultas; las flores moradas y las suculentas hojas de una especie de convólvulo se destacan sobre la blanca llanura, reteniendo la arena que la tapiza, y las ostras se agrupan a flor de agua, agarrándose al tronco de los paletuvios.

Sobre la línea del mar, una espesa muralla de verdor o bosquecillos deshojados por la violencia de los *monzones* o vientos periódicos, revelan la posición de los asentamientos que se extienden por la costa, recordando en cierto modo a los arrabales de una ciudad populosa, y de los que contamos treinta en un espacio de cinco kilómetros aproximadamente. Aquí y allá montecillos derruidos rompen la verde alfombra de la tierra, bañando con su color rojizo el tinte monótono de la llanura<sup>[12]</sup>; y en fin, detrás del suelo de aluvión, que en una anchura que varía de cinco a diez kilómetros compone el litoral, se levanta una línea azulada que se distingue desde Zanzíbar; son las dunas, que constituían en otro tiempo el fondo del golfo y que sirven actualmente de frontera a los indígenas.

Durante los diez días que estuvimos anclados tuvimos tiempo de sobra para contemplar a nuestro gusto aquel paisaje. El sultán Said-Medjid nos había proporcionado para conducir la caravana un mestizo llamado Seid-ben-Selim, que trató inútilmente de retrasar la partida cuanto le fue posible, marchándose finalmente

a la costa antes que nosotros para contratar los porteadores que necesitábamos para transportar nuestro equipaje. Pudo reunir treinta y seis, y sin perder un solo día los hicimos salir hacia el Kuthu, con el fin de ponerles fuera del alcance de los mercaderes y traficantes árabes, que se ocupaban de formar caravanas. Se alejaron lanzando gritos de alegría, bajo la dirección de dos esclavos que merecían nuestra confianza, y llevando mercancías valoradas en tres mil ochocientos francos.

Aproveché este intervalo para ir con la mayor frecuencia posible a Caolé, pueblecillo de la costa conquistado por el sultán Said con el objeto de proporcionar al comercio un puerto de partida. Recogí las noticias que necesitaba, tomé varias notas y activé nuestros preparativos de marcha. Caolé es el tipo verdadero de los pueblos marítimos de esta región, en la cual, y especialmente entre Quiolá y Melinde, se ignora lo que es una ciudad.

Figúrese el lector una empalizada en el interior de la cual se hallan doce o catorce habitaciones, construidas con barro y zarzos de ramas de mangles envueltas en su corteza, divididas en muchos compartimentos y separadas de sus inmediaciones por una serie de grandes patios cuidadosamente enlosados, destinados a los niños y a las mujeres. Estas especies de casas no tienen ventanas, pero la techumbre, formada con grandes hojas de cocotero, se eleva por encima de los muros, de forma que el aire puede penetrar en las habitaciones. El alero del tejado, sostenido por vigorosos postes, abriga un ancho banco de arcilla cubierto de hojas, que sirve de taller, de tienda y de mostrador. Algunas de estas casas tienen casi un segundo piso con la especie de sobradillo o camaranchón, que puede servir de alcoba, o como almacén para guardar las mercancías. Alrededor de las más grandes se elevan cabañas y chozas africanas, cuya forma característica es la de un montón de estiércol.

La población de esta costa montañosa que, como hemos dicho antes, lleva el nombre de Mrima, se divide en mulatos árabes y en clanes marítimos. En general no son buenos musulmanes, pero es cierto que están dotados del fanatismo necesario para hacerlos peligrosos. Estos pobladores gozan de cierta independencia, pese a lo cual reconocen la autoridad del sultán de Zanzíbar, y profesan una antipatía natural, aumentada con las rivalidades comerciales, a los mercaderes árabes de sangre pura, que siempre atraviesan este distrito sin detenerse. La presencia de estos extranjeros es considerada por ellos como un menoscabo de sus derechos, y aprovechan cuantas ocasiones se les presentan para despojar a estos intrusos de sus pertenencias, hacer fracasar sus proyectos, y alejarlos del interior. Al igual que sus antepasados, sólo manifiestan aborrecimiento hacia los europeos, a quienes temen enormemente, y especialmente a los ingleses, a quienes llaman *Beni Nar*, que quiere decir hijos del fuego.

Los indígenas de sangre mezclada, árabe y africana, se hallan establecidos principalmente en la costa, pasando su vida entregados a una relativa ociosidad,

alimentada por dos fecundas fuentes: el pillaje que ejercen contra las caravanas de mercaderes que vuelven de los países del interior, y el cultivo que realizan sus numerosos esclavos de extensos campos de legumbres y cereales, cuyos productos se venden en el mercado de Zanzíbar, exportándose luego hasta Arabia.

Estas gentes forman una raza despreciable que no se ocupa de otra cosa que no sea comer, beber y fumar. Las visitas, el baile, la intriga y el crápula, absorben completamente el resto de su tiempo. Podrían tener algodón de muy buen calidad y exquisito café; podrían también recolectar goma copal, cuidar sus cultivos y multiplicar sus fuentes de producción y riqueza; pero mientras quede en sus casas un puñado de grano, ninguno es capaz de coger un azadón.

Es sumamente raro que los hombres se dejen ver en público sin ir armados con un sable, una lanza o, por lo menos, un garrote; aunque lo que más felices les hace es la posesión de una sombrilla, y cuando la tienen se les ve rodar toneles sobre la playa o hacer cualquier otro trabajo a la sombra de este objeto de lujo.

El traje de las mujeres se compone de una túnica sumamente estrecha o de una pieza que, pasando por encima de los hombros y cayendo hasta el tobillo, recuerda a los abrigo que llevaban las europeas hará cosa de medio siglo. Nada más desairado que este vestido que oprime y consume el pecho, sin demostrar claramente la estrechez de las caderas.

Por lo demás, la mujer libre se distingue de la esclava por un pedazo de tela que le cubre la cabeza. Como sucede entre los beduinos y entre los persas de Iliyat, las mujeres de la Mrima salen a la calle sin ir cubiertas con el velo, aun cuando estén casadas. Su adorno máspreciado es un collar hecho con dientes de tiburón, y sus orejas, cuyos lóbulos llegan a adquirir unas dimensiones verdaderamente prodigiosas, están adornadas con un rollo de hojas de coco de formas diversas, en un disco de madera, con una placa de goma copal, y otras veces con una nuez de betel o un manojito de paja. La nariz izquierda, perfectamente perforada, lleva una aguja de plata, de cobre o de plomo, y a veces una espina de pescado o un pedacito de madera. Su cabellera, así como todo su cuerpo, está impregnada abundantemente con aceite de coco o de sésamo.

Estas aldeas están gobernadas por unos jefes que llevan el título de *chomhuis*, los cuales dependen del sultán de Zanzíbar, y cuyo número está en razón inversa de la importancia de las localidades que explotan. Estos pequeños tiranos gozan del privilegio de imponer multas, elevar la tara o derechos de paso y cobrar impuestos. Tienen además otras ventajas características, como la autorización para llevar turbante en la cabeza, y en los pies una especie de zuecos llamados *kabkabs*. También pueden sentarse en una silla o un sofá, cubriéndole con una *rnkeka*, hermosa alfombra de colores, en tanto que los demás mortales, de permitirse semejante lujo, serían sancionados con una multa consistente en una o varias cabras, o un buey. Según las

órdenes del sultán de Zanzíbar, un chomhui no tiene el derecho de obligar a los extranjeros a ir al puerto que gobiernan, pero estas órdenes no se cumplen nunca. El jefe reúne una tropa compuesta por sus parientes, sus amigos y esclavos, y con ella sale hasta una distancia de trescientos kilómetros a encontrar a los viajeros, a quienes con el pretexto de enseñarles el camino, y empleando alternativamente la astucia y la violencia, la seducción o la amenaza, llevan con la caravana hasta la aldea, donde son esperados. Allí les obliga a pagar el gobierno de cuarenta a ochenta francos por *frasilá* (peso de dieciocho kilos) de género, y además les saca, con destino a un tesoro privado, otra buena cantidad bajo diferentes pretextos, como cinco francos para el *ugalí*, que es un potaje de maíz que simboliza el derecho de consumo, y otros tantos para el uso de las aguas, que equivale a una propina.

Una vez pagadas estas innumerables gabelas, el propietario de las mercancías llega a manos de los banianos, negociantes indios que, gracias a su perseverancia y habilidad, han concentrado en sus manos casi todo el comercio de Zanguebar y de Mascate. Estos banianos, que por medio de un presente han puesto de su parte al chomhui, compran al mercader por setenta o cien francos lo que vale cerca de trescientos. Si el desventurado vendedor tiene la torpeza de preferir el numerario a los artículos de cambio, como es incapaz de distinguir un céntimo de un franco o de un dólar, pierde aún más que si cambiase sus géneros por los objetos de pacotilla que le destina el comercio, y si es experto en materia de telas o de quincalla, se ve puesto en la dura alternativa de volverse con su cargamento o dejarse robar.

Este es el sistema en vigor. Los detalles difieren según el lugar, pero el principio es siempre el mismo: el trabajo y las pérdidas para el salvaje, las ganancias y el provecho para las gentes de la costa y sus jefes. Por esta razón demuestran éstos una desconfianza tan hostil a los europeos, quienes alterando bases del negocio, podrían quitar a este régimen lo que tiene de lucrativo.



## CAPÍTULO II

SALIDA DE CAOLÉ.—LAS TRES PARTIDAS.—LOS TRES JEFES Y SELIM.—UNA AVENTURA.—DOS DIPLOMÁTICOS.—BANA-DIRUNGA.—LLEGADA AL KHUTU.

El 27 de Junio, día señalado para nuestra marcha, nos pusimos en camino.

Al salir de la pequeña empalizada que rodea al pueblo de Caolé, el sendero toma la dirección Sudoeste, serpenteando sobre un terreno arenoso cubierto de matorrales de espinos que en ciertos sitios cierran por completo el paso. Un poco más lejos se eleva un montecillo, donde florecen los cocoteros y el árbol que produce el arrow-root, y desde su cima se descubre un territorio parecido a los que han encontrado los viajeros en Cafreria: una alfombra de arena salpicada aquí y allá de humus o tierra vegetal, que permite el crecimiento de los arrozales, y bosquecillos de mangostanes y de otros grandes árboles, plantados como en un parque. Se atraviesa no sin trabajo un extenso pantano tapizado de hierbas y de fondo arenoso, que se llena de agua en la estación de las lluvias; se pasa por medio de tierras cultivadas de una vegetación exuberante y se llega a Cuinganí.

Tal es lo que los árabes conocen con la denominación de *nakl* o marcha preparatoria, primera estación o etapa, de donde los porteadores que encuentran demasiado pesado su carga, o los jefes de caravana que la consideran demasiado ligera, pueden volver a Caolé y remediar en lo posible el estado de las cosas.

Dos días pasamos nosotros en Cuinganí. En la tarde del segundo, la expresión triste, preocupada y abatida del *djemadar* o jefe de nuestra escolta de belutchistanos, me hizo adivinar que su ánimo se hallaba bajo la influencia de una viva inquietud, y con objeto de tranquilizarlo hice llamar al *wganga* o hechicero, prometiéndole un lienzo para que su profecía fuese favorable.

Este *wganga*, anciano de rostro sombrío y perteneciente a un rango superior, como lo indicaban claramente sus numerosos collares y el pedazo de tela que a manera de turbante ceñía su cabeza, se dejó ver poco después armado con un saco hecho de una sábana. Vino a sentarse junto a mí, y empezó por reclamar sus honorarios; luego, cuando se sintió animado por el soplo profético, y una vez puesto en relación con los muertos por medio del éxtasis, abrió la boca, y con el mismo estilo enfático que empleaban sus colegas de todas las latitudes, dijo estas palabras:

—Empresa favorable; mucho ruido, pero poca sangre.

Ben Selim, encantado al oír esto, declaró entonces que ocho *wganga*s le habían hecho la misma predicción antes de salir de Zanzíbar.

Al día siguiente, montado en el humilde pollino que tenía por cabalgadura, di la orden de partir, pero no fui obedecido con la rapidez que había imaginado. Para que nos pusiésemos en movimiento, fueron necesarias amonestaciones y consejos de toda especie, y al cabo de hora y media de marcha, alzamos nuestras tiendas en Bomani, una pequeña aldea bajo la jurisdicción de Bagamoyo. Hacía un calor tan sofocante que nos ahogábamos; el sol abrasaba, y nubes de mosquitos hacían las noches intolerables. Todo ello no impidió a las caravanas entretenerse y perder el tiempo en tales parajes, con el objeto de retrasar hasta última hora las jornadas largas y la escasez de los alimentos.

Por más que estuviese convencido de que para explorar estas regiones es necesario ir rápidamente y volver con la mayor lentitud posible, todas mis palabras no fueron suficientes para que mi tropa se decidiese a moverse. En Asia bastan ordinariamente dos partidas, pero en África, por el contrario, son necesarias tres: la primera, la grande y la definitiva. Algunos me reclamaban tabaco, y tuve que regalarles este artículo; otros me pedían cuerdas para sus guitarras, y me vi empujado a cerrarles la boca con rocalla; y todos, burreros de nacimiento, nos pedían a grandes gritos conducir un asno, considerándose ofendidos porque no lo tenían.

Para colmo de dificultades, de nuevo empezaron a circular rumores extravagantes que hicieron que nuestros belutchistanos, esos corazones de liebre con barba negra y ojos de fuego, desfallecieron bajo la enervante influencia del miedo. Se decía que los indígenas iban a cerrar el camino con barricadas y fosos, para capturarme y encerrarme en una caja.

Estos rumores ridículos tenían, entre otros inconvenientes graves, el poner a nuestros hombres en un estado de alarma y sobreexcitación que los disponía a usar sus armas para matar bajo los más débiles pretextos: bastaba una querrela cualquiera entre los habitantes de una aldea para hacer que mis valientes permaneciesen sentados sobre sus talones, con el mosquete en la mano, la mecha encendida y el ojo alerta, desde la puesta del sol hasta las primeras luces del alba.

Al fin, salimos de Bomani el primero de Julio; pero he de confesar con franqueza que no hubiera sido más difícil ni más fatigoso conducir un rebaño de toros salvajes, que mantener en orden nuestra caravana, finalmente detenida tras llegar a la última estación del distrito Bagamoyo. Ésta se llama Mku-aju-la-Mvoani, y es un asentamiento que, como todos los de su especie, se compone solamente de un corto número de cabañas, de un sotechado que sirve de almacén público, y de un magnífico limonero a la sombra del cual se charla y se pasa el tiempo sin tomar en cuenta la incomodidad de trabajar.

El jefe de esta aldea, un viejo compadre más astuto que una zorra, nos hizo tomar a su sobrino, llamado Vuazira, para que nos acompañase en calidad de guía y de intérprete, y tuvimos que empezar por pagarle trescientos sesenta y cuatro francos,

que el joven se embolsó muy satisfecho. Allí iba a tener lugar la tercera partida, la verdadera, la definitiva.

A ambos lados del camino empiezan a encontrarse los *khambis* o *kraals*, recintos fortificados que atestiguan y prueban con mucha claridad la poca seguridad de los viajeros en aquellos parajes y la repugnancia que experimentan las caravanas al acampar en las aldeas. Estos Kraals están compuestos por regla general de varias cabañas circulares y unos largos soportales, cuyo techo de cañas o de hierba está sostenido por groseros portes sólidamente hundidos en el piso y sujetos entre sí por cuerdas de corteza de árbol. Un ancho cercado de espinos, cuidadosamente cerrado al aproximarse la noche, rodea la totalidad del Kraal y forma un obstáculo infranqueable de todo punto para quien vaya con los pies desnudos.

Al acercarse la caravana a Nzasa, primer pueblo del Uzaramo independiente, me vi sorprendido con la visita de tres jefes, que deseaban conocer las intenciones que traía. Cuando estuvieron absolutamente seguros de que no eran belicosas, me hicieron saber que estaba obligado a detenerme y a enviar un mensaje al jefe del territorio limítrofe para explicarle el motivo de mi viaje.

Como no ignoraba que, en semejantes circunstancias, el primer día no se cuenta, el segundo se emplea en explicar el objeto de la expedición a los ancianos reunidos en consejo y luego es necesario esperar al tercero para que el mensaje llegue a oídos del jefe y este se dé por enterado, respondí por medio de Selim que no tenía obligación ninguna de someterme a sus costumbres pero que, sin embargo, consentía en pagar para dispensarme de seguirlos.

El caso era completamente nuevo y mis tres jefes tenían necesidad de conferenciar. El que parecía el principal entre ellos, tomando la palabra, preguntó qué motivo podía tener un blanco para entrar en su país, tras lo cual, sin tomar aliento, predijo a sus colegas la ruina de su comercio y la pérdida de sus ganancias, de su territorio y de su libertad, añadiendo con voz patética estas palabras:

—Soy viejo, mi barba está gris, y sin embargo nunca he visto semejante desgracia.

—Estos blancos —le replicó inmediatamente Ben-Selim—, no hacen el más pequeño tráfico; ni compran ni venden, no se inquietan por el valor de las cosas y no buscan aquí ningún provecho. Por otra parte, ¿qué tenéis que perder? Los árabes os arrebatan todo lo que tiene algún valor, los habitantes del litoral os despojan de lo poco que os queda y el tributo que recibís se reduce a un par de terneros, algunas piezas de tela ordinaria y media docena de azadones.

Esta réplica enérgica y clara, apoyada por un regalo algo extravagante, pues en aquella época aún era ignorante de las costumbres del país, y tenía que confiar los negocios de ese género a la probidad de Seid, llegó en su elocuencia al corazón de los tres jefes, que acto seguido y sin vacilación me calificaron de *murunguana*,

equivalente africano de la palabra caballero y cuya traducción literal es *verdaderamente Ubre*, y me hicieron escoltar por Kizaya hasta la mitad del valle de Kingani.

A la salida de la llanura que forma la meseta meridional de este valle, en el Muhonyerá, distrito del Uzaramo, reconocimos el acantilado de la antigua costa, indicado por bancos de guijarros, cuya línea sigue la vertiente septentrional de una colina, donde nos detuvimos.

Seis días después de haber dejado ese distrito, tuvimos lo que podría llamarse la sombra de una aventura. En un lugar en el que diferentes senderos que venían de diversos puntos del litoral se unían al camino que seguía la caravana, nuestra vanguardia encontró un grupo de cincuenta indígenas del Uzaramo que, procedentes de una reserva situada a nuestra izquierda, nos cerraron el paso.

El jefe de esta fuerza avanzó unos pasos, y con la mayor tranquilidad hizo que los porteadores que formaban la cabeza de nuestra columna descargaran los bultos, mientras mandaba que se detuviese la caravana. Un rumor sordo empezó a correr entre nuestros belutchistanos, cuyas exclamaciones penetrantes y cuya ansiedad nerviosa formaba un poderoso contraste con la sangre fría y la tranquilidad estoica de nuestros adversarios. Su emoción iba creciendo cuando Vuazira se adelantó, y dirigió la palabra al jefe; sólo cuando le hubo prometido que se le regalaría tela y rocalla, aquella barrera humana se abrió y nos dejó pasar. Mientras nos miraban, yo les contemplé también con gran curiosidad y no pude menos que admirar las formas puras y atléticas de aquellos jóvenes guerreros que, en actitud sumamente marcial, tenían en una mano un gran arco de acebo y en la otra un carcaj o aljaba de piel, lleno de flechas, cuyos hierros agudos y dentados habían sido recientemente impregnados de veneno.

Al día siguiente, cuando hacía poco tiempo que nos habíamos puesto en marcha, vi que se detenía la bandera roja de la vanguardia, y al volver un recodo del sendero vi que la caravana se instalaba tranquilamente en un grupo de casas llamado Bana-Dirunga, el nombre de su jefe.

Aquella inesperada pausa me sorprendió, pues era demasiado pronto para hacer un alto. Había decidido que iríamos hasta Dejó-la-Mhora, nombre que quiere decir *el gran pájaro de los juncales* y que designa la aldea en la que fue asesinado el infeliz viajero francés M. Maizan. Ben-Selim y Vuazira propusieron pasar furtivamente durante la noche, pero el lugar era demasiado peligroso como para demostrar temor, y había rehusado seguir este consejo. Mis dos diplomáticos se pusieron de acuerdo entonces, y decidieron conducirnos a Bana-Dirunga sin darme a entender la trampa y haciéndome creer que era Dejó-la-Mhora.

Pasamos todo un día en aquella aldea, oculta entre la hierba y protegida por una muralla de espesas malezas.

Sus habitantes, al observar la aproximación de nuestra caravana, habían huido al bosque, pero al llegar la noche fueron envalentonándose, y se decidieron a entrar en sus cabañas. Su jefe, sin embargo, nos miraba con desconfianza, y si no me engaño, la causa no era otra que el temor que le inspiraban nuestros mosquetes, temor que me guardé muy bien de desvanecer. Entonces nos ofreció espontáneamente ir a visitar al jefe del territorio vecino de nuestras intenciones pacíficas, cuyo carácter había desnaturalizado en el primer momento; oferta generosa que tranquilizó los ánimos inquietos y temerosos de Ben-Selim, Vuazira y del jefe de nuestra escolta.

Al día siguiente, cuando nos pusimos en camino, estaba tan débil que no pudiendo tenerme en pie, me vi obligado a montar en mi asno. ¡Y hacía diez días solamente que habíamos salido de Caolé!

El 13 de Julio, continuamos la marcha con la salida del sol, y después de estar atravesando malezas, juncas, y bosques cortados por pequeños claros, a lo largo de las sinuosas márgenes del Kingani, alcanzamos después de tres horas de camino una estación altamente insalubre, cuyo nombre es Kidunda (la colina pequeña), a causa de una eminencia que forma el límite del verdadero Uzaramo. Aquí el paisaje no puede ser más pintoresco y encantador. El agua del río, rápida y amarillenta, encerrada en el fondo de un cauce que no tiene más de cincuenta metros de ancho, corre al pie de enormes ribazos cargados de maleza siempre verde, sobre la cual se elevan árboles majestuosos. Las casas de los cultivadores se agrupan en la llanura, estando dispuestas en ella de manera que puedan proteger las cosechas, y la mirada reposa del cansancio producido por la monotonía de este tapiz siempre verde, contemplando el terreno accidentado que, al Sur del río, parece haber constituido la antigua ribera.

En dieciocho días, a pesar de la fiebre y de otras muchas dificultades, habíamos andado ciento noventa kilómetros y estábamos en Khutu, distrito donde las caravanas se hallan en completa seguridad.



### CAPÍTULO III

DUTHUMI.—ZUNGOMERO.—UN CAMINO ARRUINADO POR EL PASO Y MUERTO POR LA VEGETACIÓN.—LOS INDÍGENAS SON MENOS FORMIDABLES QUE LOS DE UGOGO.

Habiendo continuado nuestra interrumpida marcha el 15 de Julio, no tardamos en penetrar en un territorio situado en el ángulo formado por la confluencia del Mgéta y del Kingani, especie de delta cubierto de espesos juncuales que crecen en un terreno pantanoso regado frecuentemente por las inundaciones. De repente salimos a un extenso espacio descubierto, donde los gigantescos árboles de la costa sucedían a las mimosas, a los helechos y a los bejucos y acebos espinosos. Enormes ñus<sup>[13]</sup> que nuestros hombres miraban con cierto temor, afirmando que más de una vez se han atrevido a atacar a las caravanas, corrían de un lado a otro y herían el suelo con sus duras pezuñas, agitando su espesa melena. Antílopes de diferentes especies, entre otros de los conocidos con la denominación de *oryx*, se agrupaban en diferentes sitios o formaban manadas numerosas que se dirigían a la orilla del agua. La voz familiar de la perdiz resonaba en todos los matorrales, y las ramas de los árboles, donde reposaban las pintadas, parecían esmaltadas de flores. Pequeños cangrejos terrestres se deslizaban en todos los agujeros del camino que seguía la caravana, y las hormigas, cuyas sorprendentes habitaciones teníamos a veces que rodear, atacaban a nuestros hombres, obligándolos a correr y a sacudirse de la manera más grotesca.

Más de seis horas hacía que caminábamos así cuando entramos en Kiruru, aldea del Khutu, fangosa y destartalada, hundida en un campo de sorgho, cuyas cañas me lastimaban de tal manera, que me obligaron a apearme de mi asno.

Además del peligro que corrían nuestras cabalgaduras por la proximidad de las hienas, los leopardos y los cocodrilos, nos veíamos obligados a pasar dos días en Kiruru, pues la violencia de las lluvias y la profundidad de las corrientes no nos permitían seguir adelante.

Más lejos, en el Duthumi, las fiebres que comenzaban a generalizarse entre nosotros y que a mí me duraron veinte días, nos obligaron a detenernos cerca de una semana en casa de un astuto bribón llamado Seid-ben-Selim. Los accesos tenían poca violencia, si se los compara con los de las fiebres del Sind, y sin embargo me abatieron por completo. Durante las crisis y largo tiempo después de su terminación, experimenté el extraño efecto de un dualismo que comprendía perfectamente: era yo, tal como siempre me he conocido, pero formando dos personas que disputaban y se contradecían sin cesar. Pasaba las noches sin dormir, y la fiebre me producía visiones

espantosas que algunas veces me estremecían y me asustaban.

El capitán Speke, aún más seriamente enfermo que yo, estaba abatido por el mal, que no le cesaba un momento y parecía afectarle al cerebro, como si fuera producto de una insolación.

Este distrito de Duthumi, uno de los más fértiles del Khutu, está formado por una llanura compuesta de una tierra negra, mezclada con arena, y cubierta con una vegetación impenetrable en aquellos lugares aún no aclarados por el hacha. Al Norte está limitado por montañas que, desde lejos, parecen cortadas a pico, pero cuya vertiente meridional presenta una serie de mesetas que se tienden gradualmente hasta confundirse con la llanura. Las poblaciones de estas montañas poseen un lenguaje particular que, según nuestros guías, tiene cierta semejanza con el idioma del Khutu. El Duthumi es, por otra parte, teatro de perpetuas hostilidades entre sus miserables jefes, y no se encuentra en él más que campos devastados y aldeas destruidas cuyos desgraciados habitantes han sido capturados y vendidos como esclavos.

El 26 de Julio, sintiéndome bastante fuerte como para resistir el viaje acostado en una litera llevada por esclavos alquilados a Seid-ben-Selim, di la orden de continuar la marcha. Nuestra caravana atravesó los campos de Duthumi, franqueó un canal de orillas escarpadas y lecho fangoso, donde hombres y bestias se hundían hasta las rodillas, y entró en las tierras cultivadas que rodean las colinas destacadas de la sierra.

Estos cerros, de forma cónica, tan malsanos como la llanura, no están habitados; espesos bosques cubren sus pedregosas pendientes desde la base a la cima, y el camino, dejando la región cultivada, presenta al viajero lo más horrible de todo cuanto ha soñado sobre la naturaleza africana. Es una mezcla confusa de matorrales y árboles elevados que rodean el camino por todas partes, y que no es menos triste a la vista que espantosa para la imaginación. La tierra, negra y fértil, se cubre por intervalos de una costra espinosa de hierbas tiesas y cortantes que alcanzan hasta cuatro metros de altura, y cuyas hojas tienen dos centímetros de anchura. Enormes plantas trepadoras cubrían los árboles desde el pie hasta la copa, envolviéndolos en una red impenetrable y reuniéndose en masas compactas parecidas a nidos gigantescos. El sendero desaparecía, *muerto*, según la expresión de nuestros guías, por una barrera de lianas trepadoras, que se torcían y encorvaban, dirigiéndose en todos los sentidos, enlazando todo lo que encontraban y estrechando hasta el mismo baobab.

El Zungomero, que se encuentra saliendo del Duthumi a la cabeza del valle de Mgéta, en la confluencia de este río con el Kingani, es, como él, una llanura de suelo negro mezclado con arena, y de una fertilidad exuberante.

Es de sentir que los habitantes del Khutu no tengan un jefe en torno al cual puedan agruparse para defenderse de los traficantes de esclavos. Este odioso negocio

paraliza todo sentimiento. En el sendero de la esclavitud el viajero no puede esperar ayuda, cualquiera que sea la miseria en la que se encuentre: tiene que hacer sufrir, si no quiere sufrir él mismo.

Es inútil que ofrezca un precio elevado por objetos indispensables: nadie los compra por la sencilla razón de que han sido robados, o podrían haberlo sido. Si el extraño no entra a viva fuerza en una casa, permanece sin abrigo; y si no impone su voluntad con el terror, nadie se prestará a servirle, del mismo modo que si no quema ni roba, se morirá de hambre, aún en medio de la abundancia. Tal es el efecto de ese abominable tráfico, que destruye todo lo que hay de justicia y de bondad en el corazón del hombre.

Nadie puede figurarse lo que es ese sendero. Bajo la influencia de una temperatura a la vez húmeda y caliente, la vegetación, en los terrenos bajos en que la presión atmosférica es excesiva, adquiere una fuerza excepcional. La hierba, sobre todo en los terrenos negros y pantanosos, se eleva a cerca de cuatro metros, adquiriendo sus tallos el grueso de un dedo. Los matorrales que forma son tan espesos que la tierra desaparece totalmente, siendo imposible franquearlos fuera del sendero. Nada más propio para una emboscada que esos desfiladeros, donde algunos hombres resueltos pueden fácilmente destruir una caravana, atacándola por detrás, o cerrándole el camino. Así se justifica el terror con que se aventuran los comerciantes por este sendero.

Lo bastante ricos en general como para procurarse tela, casi todos los habitantes de Uzaramo tienen vestidos. Los hombres no se presentan casi nunca en público sino perfectamente armados, como si fueran a la guerra. Estas armas consisten, cuando no tienen mosquetes, en arcos y flechas emponzoñadas, y lanzas y cuchillos que ellos mismos fabrican con el hierro que se proporcionan.

La mayor parte de los jefes van vestidos con elegancia: un turbante de forma africana cubre su cabeza, rodeando su fez bordado, y su deslumbrante blancura forma un poderoso contraste con la piel negra de su rostro. Una faja de lana de vivos colores ciñe sus caderas, aunque algunos, sin embargo, prefieren la gran túnica y el chaleco que llevan los esclavos de Zanzíbar.

Las mujeres van tan bien vestidas como los hombres, cosa muy rara en el Este de África. Muchas de ellas tienen las piernas arqueadas por el peso de los odres de agua que les hacen llevar desde su infancia, y cuando se ven desembarazadas de su carga, otorgan a su andar una curiosa afectación. Nunca se cubren el rostro, y no sienten vergüenza alguna en presencia de los extraños.

Los niños van en una especie de saco de tela sujeto a la espalda de la madre.

El clásico molino manual de los orientales no existe en esta región: el grano se muele sobre una hoja de granito cuyo plano está inclinado y que tan pronto es móvil como está fijo en la tierra con un cemento de arcilla.

Las aldeas están fortificadas con una empalizada y contienen de cuatro a doce edificios importantes: el resto está compuesto de cabañas en forma de colmena, una arquitectura ordinaria de las chozas africanas.

Turbulentos, impetuosos, pendencieros y tercos, los indígenas del Uzaramo serían un obstáculo para que penetrase la civilización en esta parte de África de no ser por la toma de Caolé y de otros puertos de la costa por parte del sultán de Zanzíbar, lo que ha hecho abrir el país a las caravanas, haciendo conocer a los salvajes los beneficios del comercio. Sin embargo, tienen frecuentes disputas con los viajeros, y sus jefes exigen derechos muy elevados a los comerciantes que viajan al interior o vuelven hacia la costa.

En cuanto a los habitantes de Khutu, también pueden aplicárseles la mayor parte de las observaciones anteriores, teniendo en cuenta sin embargo la inferioridad moral y física en que la perniciosa influencia del clima los ha sumido, en relación con sus vecinos.

## CAPÍTULO IV

ENFERMEDADES EN EL ZUGOMERO.—LOS PERSONAJES DE LA CARAVANA.—AIRE SANO EN LAS ALTURAS.—LA VIRUELA.—DESERCIÓN E INSURRECCIÓN DE LOS BELUTCHISTANOS.—LA MOSCA VENENOSA.

Obligados a esperar la llegada de veintidós cargadores que nos habían prometido, para completar nuestra caravana, pasamos cerca de quince días en el Zungomero, la comarca más pestilente que jamás he conocido.

Emplearé estas desagradables vacaciones para describir a mis lectores algunas características de los principales personajes de nuestra caravana.

Ben-Selim, puesto a nuestro lado como guía por el sultán de Zanzíbar, era hijo de un árabe y de una mujer del litoral. Su padre fue gobernador de Quiloa, y él mismo había sido jefe del puerto de Saadani. Es un holgazán, pero está acostumbrado a la autoridad, y no le falta astucia.

Mabruki, de quien he hablado como mi servidor, ha sido esclavo de un jefe árabe, que me prestó sus servicios por veinticinco francos mensuales. Es el tipo verdadero del negro: frente baja, ojos pequeños, nariz aplastada, y ancha y poderosa mandíbula, dotada de esa fuerza muscular que caracteriza a los más voraces carniceros.

Es a la vez el más feo y coqueto de la banda, y va siempre cargado de adornos. Su carácter es detestable, y de un exceso de cólera u orgullo cae a veces en un exceso de servilismo y abatimiento. Perezoso y torpe, rompe todo cuanto toca, y he tenido que prohibirle que se ocupe de otra cosa que no sea cuidar los asnos y levantar las tiendas. Bombay, el escudero de Speke, es quien me ha procurado ese tesoro. Me admiraba verles a ambos desafiar al sol del mediodía, y dormir tranquilamente en las noches más frías, sin otra precaución contra el rocío que un fuego mal apagado. Conmovido de piedad, arrojé en mala hora sobre sus espaldas dos chaquetones ingleses cuyo contacto causó un negro influjo. Aprendieron a quedarse acostados por la mañana, y desde entonces, cuando se les obligaba a salir, ya no lo hacían sin ir cuidadosamente abrigados, por temor a la humedad, y en cada parada se alejaban del grupo para que nadie los llamase a trabajar.

Nuestros dos jóvenes de Goa habían entrado a mi servicio en Bombay, mediante el sueldo mensual de veinte rupias, unos cuarenta y siete francos, y a pesar de sus defectos tenían también algunos méritos. Valentín tenía toda la destreza manual y prontitud de espíritu que caracterizan al indio: le bastaron algunos días para conocer la lengua del país lo necesario como para hacerse comprender, y también aprendió a

servirse del cronómetro y del termómetro lo bastante como para sernos útil. Desgraciadamente, su charla impedía que nos fiásemos de sus cálculos.

Gaetano tiene cuidados inteligentes para un enfermo, y demuestra un desprecio absoluto del peligro. Lo mismo recorre una selva durante la noche que se arroja en medio de una disputa de indígenas para separar a los combatientes, logrando transformar casi siempre su cólera en alegría.

En cuanto a nuestro *djemadar* o jefe de la escolta, no tiene más que un ojo. Según el proverbio sánscrito, la lealtad de un tuerto es tan rara como la fidelidad de una coqueta, y Mallok justifica el refrán. Tiene hermosas facciones, a pesar de estar picado de viruelas; pero su ojo no mira nunca a derechas, y su expresión inspira desconfianza. El primero para el placer y el último para el combate, grita continuamente sin embargo que prefiere batirse a comer. Desplegó al principio una gran actividad, pero al cabo de algunos días su celo se había convertido en mal humor, y éste se transformó en insubordinación a medida que nos alejábamos de Zanzíbar. No obstante, se volvió humilde y sumiso cuando regresábamos, y se separó de mí vertiendo lágrimas de cocodrilo.

El jefe de los ocho esclavos que nos servían de intérprete y de guías se llamaba Kidogo, y tenía gran influencia sobre sus compañeros, que le admiraban y temían. Por lo demás, era un hombre de superioridad real. *Natione magis quam ratione barbarus*<sup>[14]</sup>, tenía una fijeza de resolución que, en medio de aquellos africanos de espíritu cambiante, le hacía semejante a un sabio que se impone a sus discípulos. Su dignidad consistía en no volver nunca sobre sus palabras; sus más pequeñas frases habían de tener fuerza de ley, y poseía una gran estimación de sí mismo, cualidad preciosa que hace independiente al hombre y le permite gozar libremente de sus facultades.

¿Cómo emplearon el tiempo nuestros hombres durante tan larga detención?

Dispersos por las aldeas vecinas, donde la inundación retenía a un millar de viajeros, bebían cerveza, fumaban cáñamo y se querellaban sin cesar, provocando quejas continuas por su insolencia y brutalidad. Por el contrario, los dos goenses, dominados por la fiebre, no podían quedarse fuera, y fue necesario admitirlos en la casa, ya de por sí demasiado llena de palomas, ratones e insectos.

Finalmente, cargados de esperar a los veintidós cargadores que no llegaban, preparamos unos despachos, que debían ser entregados al esclavo de confianza de un mercader de la costa instalado aquí como agente del jefe de Caolé. Éste hombre cumplió su promesa y los objetos que le habíamos encargado llegaron intactos a su destino.

Por último, la expedición dejó el Zungomero el 7 de Agosto de 1857. Víctimas de la fiebre, tanto el capitán Speke como yo estábamos tan débiles que apenas podíamos tenernos sobre los asnos.



Del Zungomero central al primer escalón de las montañas de Sagara, hacia las cuales nos dirigíamos, se cuentan cinco horas de marcha, y antes de haberlas andado perdimos de vista el último cocotero.

Al mediodía nos alejamos de la orilla del Mgéta, franqueando la primera meseta de las montañas, meseta que se eleva noventa metros sobre el nivel de la llanura.

Ninguna voz humana, ningún vestigio de estar habitado; el infernal tráfico de esclavos y los males que engendra han convertido estos lugares en un desierto recorrido únicamente por animales salvajes. Sin embargo, el clima era allí mucho más saludable, y las frescas brisas de las montañas operaron en todos nosotros un efecto maravilloso. La fuerza y la salud nos volvieron inmediatamente, y los goenses se vieron también libres de la fiebre.

El 9 de Agosto dejamos nuestro campamento, y al día siguiente nos cruzamos con una caravana que había perdido cincuenta de sus miembros, muertos por la viruela. Los restos de estos desgraciados, que encontrábamos en nuestro camino, traían a la imaginación imágenes horribles. Habían muerto allí mismo, en el lugar en que les faltaron las fuerzas: ninguna aldea quiso recibirlos, ningún amigo se detuvo para socorrerlos, y una vez caídos en tierra, permanecieron solos y moribundos hasta que el buitre, el cuervo, la hiena o el chacal terminaron con su agonía.

Como era de esperar, el contagio había espantado a muchos de nuestros hombres, que se quedaron atrás, y probablemente se escondieron entre los juncales, pues a pesar de nuestras pesquisas no los volvimos a encontrar.

Los cadáveres se multiplicaban en el camino, y nuestros musulmanes volvían los ojos profiriendo a media voz una exclamación de disgusto. Uno de nuestros cargadores, viejo y decrepito, derramaba abundantes lágrimas.

Desde la cima de un cerro en el que pasamos la noche a la entrada del paso de Goma, hemos tenido la oportunidad de gozar de un inmenso horizonte. A lo lejos, en los pliegues cubiertos de bosques de las montañas, se veían las aldeas de muchas tribus sagarianas. Sus habitantes poseen muchos granos y ganados; pero una triste experiencia les ha enseñado a alejarse de los extranjeros, y no han dejado huella de las poblaciones que en días más felices se encontraban en las orillas del sendero.

El día 12, debiendo pasar el desfiladero de Goma, había decidido, de acuerdo con Kidogo, que los cargadores partirían primero y que, después de haber depositado su carga en la cima de la montaña, volverían para guiar los asnos. El sol estaba ya en el horizonte, y como no habían aparecido, nos pusimos en marcha, deteniéndonos en lo alto de la colina despoblada, al pie de la cual corría un riachuelo.

A nuestra salida de Khutu se había distribuido a todo el mundo víveres para tres días, que era lo que tardaríamos, según decían, en ganar Muhama, donde nos sería fácil aprovisionarnos. Cada cual, según su costumbre, había consumido sus raciones lo más rápidamente posible, de forma que el quinto día iba a concluir, y Muhama se

encontraba todavía a una jornada de distancia. Así pues, el 13 de Agosto nos pusimos en marcha al amanecer y subimos el último escalón del Paso, cuya vertiente, poco rápida, nos permitió franquearla.

Aquel día Kidogo nos llevó demasiado lejos e hicimos alto en el lecho de un torrente seco, en el que nos acostamos sin comer ni beber, después de una jornada de veinticuatro kilómetros.

El 14, al rayar el día, nos pusimos en marcha bajo una violenta lluvia, y volviendo sobre nuestros pasos llegamos después de dos horas a Zonhué, una pequeña aldea donde deberíamos haber acampado la víspera. Enviamos enseguida a buscar víveres, que tardaron en llegar y resultaron escasos además.

Una rebelión, que fue seguida por la desertión de soldados belutchistanos, hizo de Zonhué una de nuestras estaciones más críticas.

Cuando los hombres del djemadar me hubieron librado de su presencia, hice llamar a los hijos de Ramjí, cuya opinión me era conocida. Yo sabía por Ben-Selim que no hablaban mal de mí y que sólo se quejaban de mi violencia, mientras que los belutchistanos, en sus conversaciones privadas, me trataban de la manera más injuriosa que podían. Enterados de la situación, los esclavos juraron con entusiasmo que permanecerían fieles; pero aquella misma tarde, reunidos por Kidogo, convinieron secretamente en seguir el ejemplo de los belutchistanos en cuanto se les presentase la ocasión. Yo no me enteré de este detalle hasta algunos días después, pero aunque lo hubiera sabido entonces, de nada me hubiera servido.

En el caso de que nuestra escolta nos hubiera abandonado, el capitán Speke y yo estábamos resueltos a enterrar nuestros efectos y a confiarnos a nuestros cargadores, pero afortunadamente la anunciada tempestad se contentó con rugir tan solo.

El día siguiente, 17 de Agosto, íbamos a cargar los asnos cuando apareció el djemadar seguido de Darvaych y de Musa. Se aproximaron a mí con las orejas bajas, me besaron la mano con ardor y me suplicaron que les diese una licencia en toda regla, declarando que en vez de abandonar a su jefe, habían sido abandonados por él. Esta petición no tenía más que una respuesta, y espoleando a mi asno me alejé sin decir una palabra.

El camino descendía por una cuesta prolongada, guarnecida de matorrales y regada por varios cursos de agua que se inclinaban hacia el Oeste. Al mediodía, desfallecido y sin fuerzas, me tendí en el arenoso suelo de Nullah-Muhama, y conservando a mi lado a Vuazira y Mabruki, ordené a los demás que se reuniesen con la caravana, para traerme una hamaca en cuanto descargasen.

Acababan de partir cuando distinguí a nuestros desertores, cargados con todos sus fardos. Llevándome detrás de una laguna, demostraron un vivo arrepentimiento, y multiplicando sus excusas solicitaron mi perdón.

A las tres, no llegando la hamaca, volví a montar en mi asno, y no me detuve

hasta llegar a Muhama. Allí permanecemos tres días, pues a causa de las dificultades que ofrece el aprovisionamiento de una caravana, la duración de las paradas no baja de este tiempo, durante el cual entramos en relación con tres caravanas que habían sido terriblemente maltratadas por la viruela, y que partieron antes que nosotros.

Los víveres necesarios para el viaje fueron recogidos con gran trabajo, pues los habitantes habían escondido toda su cosecha. Finalmente, el 21 de Agosto nos dispusimos a franquear la llanura longitudinal que inclinándose al Oeste separa el Rufuta, primer escalón de la cordillera, de la segunda meseta, llamada Mucondocua.

Después de haber pasado aquella llanura abrasada, entramos en un país terrible, donde corre un río que lleva el mismo nombre de la sierra, en cuyas orillas fuimos atacados por la *tsetse*, lo que acabó con nuestra paciencia. El territorio habitado por esta mosca, indígena del África austral, había sido limitado por el doctor Livingstone a las regiones situadas al sur del Zambece, pero también la encontramos aquí, y es probable que se halle aún más al Norte. Es difícil adivinar por qué la naturaleza ha colocado esta calamidad en un país eminentemente propio para la agricultura y cría de ganados, aunque quizá lo haga para excitar su genio en busca de una solución. Tal vez algún día, en la época en que esta tierra fecunda adquiriera valor, se introduzca en ella algún pájaro que destruya la tsétsé, haciéndole a África uno de los regalos más preciosos de cuantos podría recibir.

## CAPÍTULO V

EL DISTRITO DE MUCONDUCUA.— MEJOR CARÁCTER DE LOS INDÍGENAS. —TRAVESÍA DEL BUBEHÓ.—LAS MONTAÑAS DE SAGARA.—COSTUMBRES DE LOS NATURALES.

La Mucondocua nos condujo al distrito de Kadetamaré, que era en otro tiempo un lugar donde las caravanas se aprovisionaban de víveres y ganados, cosa excepcional en los cantones del Sagara.

Apenas nos instalamos envié en busca de víveres, pero no se encontró nada, y los mismos indígenas que vienen de Rumuma, a donde han ido a buscar grano, dijeron a nuestros emisarios que había hambre en el país.

El 25 reiniciamos la marcha, remontando el valle de Mucondocua, que en mi opinión no podía estar regado por el curso superior del Kindani.

Este valle está rodeado por una franja de picos agudos, en los que puede verse al ganado paciendo, distinguiéndose el humo de algunos emplazamientos. Penetrados por el frío que reina durante la noche y mojados por la escarcha que cubre las altas hierbas, atravesamos algunos campos de sorgho y de tabaco, mientras los indígenas, asustados, huían de una montaña a otra.

Al amanecer del día siguiente algunos de nuestros hombres, conducidos por Vuazira, se dirigieron a las montañas para buscar víveres. Ninguno de ellos llevaba armas, con el fin de inspirar más confianza a los indígenas, pero volvieron al mediodía con las manos vacías. Según dijeron, los montañeses habían huido, declarando que tenían la costumbre de matar a todos los hombres libres que, apartándose del camino, ponían el pie en su territorio, pero que aquella vez la vida de los infractores sería respetada. Sin embargo, Ambarí, uno de los esclavos de Ben-Selim, contó la aventura de una manera completamente distinta: a la aparición de nuestros hombres el grito de guerra había resonado de aldea en aldea, y todos los indígenas, incluso las mujeres y los niños, habían presentado batalla. Nuestros valientes, en vez de entrar en las chozas, se habían precipitado en los juncas, bajando tan rápidamente la montaña que muchos tenían el cuerpo y los miembros desgarrados por las espinas.

Verdadero jardín en otro tiempo, la sierra de Mucondocua es hoy teatro de luchas sangrientas y de pillaje continuo. La violencia y la crueldad de los agresores han transformado el carácter de los habitantes, que se han vuelto crueles a su vez, y han aprendido a vengar en los débiles los males de que han sido víctimas.

El 27 de Agosto, a pesar de las crecientes dificultades, nos pusimos en marcha.

El 29 llegamos a Rumuma, que es un lugar de parada bastante favorable, a causa de la relativa abundancia de provisiones. Aquí vimos a los indígenas por primera vez bajar en gran número de sus montañas con volatería, cabritos, carneros y terneras, y con grandes cestas llenas de maíz, habas y otras hortalizas. Aquí pasamos dos días.

Al llegar a Marenga-Mkhali encontramos las primeras colmenas. Suspendidas de las ramas de los árboles cuyo follaje es espeso, deben a su forma el nombre de *mazinga* (cañón) que les han dado las gentes de la costa. Se trata, en efecto, de cilindros de madera cerrados en los dos extremos con hierba y barro, y provistas en el centro de una abertura ovalada.

Llegados a Marenga-Mkhali descubrimos el territorio que habitan los humbas, cuyo oficio es la rapiña. Esto hizo que nuestros belutchistanos estuviesen al acecho.

El 4 de Setiembre entramos en el valle de Inengé, donde debíamos descansar. Situado al pie del Rubého, cuyo nombre significa *paso tortuoso*, forma el tercer escalón de la cordillera del Sagara. La temperatura es la misma que la de Rumuma: un horno durante el día, y una nevera durante la noche.

Los habitantes de las aldeas cercanas se apresuraban a venir a cambiar sus granos y sus bestias por perlas y tela. Por primera vez, desde que nos separamos de la costa, pudimos comprar miel, manteca y, cosa todavía más preciosa, leche fresca y cuajada. Se necesita haber estado sometido al régimen prolongado del sorgho y del maíz, acompañados en las grandes ocasiones con un plato de judías cocidas en agua sola, para comprender la alegría que produjo entre nosotros la vista inesperada de aquellas vasijas de leche, manteca y miel, cuya aparición hizo época en nuestro viaje.

A la mañana siguiente llegaron cuatrocientos cargadores que se dirigían hacia la costa, bajo la dirección de Isaben-Hidji y de otros tres negociantes árabes, que cambiaron con nosotros algunos favores. Hidji y sus compañeros carecían de tela y no podían, en consecuencia, alimentar a su gente. Les dimos tres piezas de percal americano, y en recompensa nos regalaron tres libras de arroz blanco como la nieve, y algunas libras de sal, a la que añadieron una cabra, a cambio de un poco de tabaco y de asafétida. Esta planta, preparada no sé cómo, se aplica sobre las heridas, y tomada como remedio elimina muchas dolencias, según dicen.

Ben-Hidji y sus compañeros, no sólo tuvieron la bondad de suspender su marcha para encargarse de los preparativos de nuestra travesía del Rubého, sino que además me proporcionaron algunos favores más. Me dieron consejos para impedir la deserción, indicándome los lugares en que ésta es contagiosa; me proporcionaron preciosas noticias sobre el país de Ugogo y de Ujidji, pusieron a mi disposición su casa de Cazé, y reprendieron a nuestro guía por su pereza, recordándole que todas las noches debía rondar el Kraal de una empalizada y llevar, según la costumbre, el agua y la leña. También reprocharon a Kidogo que permitiese a sus hombres cargar nuestros asnos con sus bultos, y a los belutchistanos que se quejasen continuamente

de la comida.

Estos árabes nos dejaron el 6 de Setiembre. Les pedí con éxito que no extendieran la noticia de nuestros sufrimientos, y los vi alejarse con cierta tristeza. Gracias a ellos, habíamos oído al menos una vez palabras de simpatía, experimentando con ellas un consuelo real.

Faltaba ahora franquear el Rubého. Temblorosos por la fiebre, sobrecogidos por el vértigo, y aturcidos por la debilidad, mirábamos con estupor aquel sendero perpendicular, cortado por rocas, raíces y matorrales. Finalmente, reuniendo todo nuestro valor, comenzamos el día 10 la subida de ese paso, calificado por algunos como terrible.

Mientras trepábamos penosamente, pues el suelo faltaba a veces bajo nuestros pies, la sed, la fatiga y la tos nos obligaban a cada momento a echarnos para descansar. El grito de guerra resonaba de una montaña en otra, y numerosos indígenas, armados con arcos y flechas, lanzas y mazas, aparecían por todas partes y cubrían todos los caminos.

Eran los humbas, que esperaban el paso de la caravana con la intención de cortarle el camino, aunque finalmente aprovecharon la ocasión para realizar escarceos sobre las aldeas de Inenge y apoderarse de sus ganados.

Parándonos a cada momento, y a fuerza de agarrarnos a quienes nos conducían, llegamos a la cima del terrible paso después de seis horas de marcha, deteniéndonos en medio de plantas aromáticas y de arbustos llenos de savia, cuya frescura es efecto del rocío.

Ante nuestros ojos se desplegaba un panorama espléndido, que nos estremecía en cierto modo, poniendo ante nuestra vista los peligros que habíamos tenido que vencer para llegar hasta allí.

Lleva aquel lugar el nombre de Gran Rubého, por oposición a la cresta siguiente, y en él nos vimos obligados a detenernos. El capitán Speke estaba verdaderamente enfermo, y la intensa fiebre que le devoraba le produjo un delirio que duró dos días, y cuya violencia era tal que hizo necesario que le quitásemos sus armas. Afortunadamente, la fiebre cedió el día 12, y el enfermo, envuelto en la plenitud de su conocimiento, fue el primero en pedir que nos pusiéramos en camino.

El día 15 una sabana nos dejó al borde de un abrupto descenso, desde el cual se descubría, más allá de las rocas, matorrales y de las crestas peladas de las montañas, la meseta del país de Ugogo, con el desierto que la precede. Este primer golpe de vista no llama la atención, pues nada indica la exuberante fecundidad de las tierras tropicales. El país tiene un aspecto salvaje y parece que aquella naturaleza no debe alimentar más que seres feroces.

A las dos de la tarde del 17 volvió la caravana a ponerse en marcha y nos dirigimos al Noroeste, siguiendo la falta de una cresta irregular. Las pendientes y



plataformas de plantas aromáticas se sucedían rápidamente, y terminamos entrando en el canal superior del Maudama o Dungomaro, literalmente el *Valle del diablo*.

El 18 seguimos la corriente del río que riega el valle, apartándonos de él en diferentes sitios para evitar los grandes peñascos que nos cerraban el paso, y alcanzamos la parte inferior de su lecho, donde los arroyuelos permanentes que recogían el agua de las montañas, riegan la magnífica y exuberante vegetación que tapiza su fondo.

A medida que nos aproximábamos a la llanura las dificultades aumentaban y la escena se hacía más pintoresca: el torrente se estrechaba, y corría entre rocas de sienita gris y rosa mezclada con cuarzo blanco.

Poco a poco el desfiladero se ensanchaba, y las vertientes pedregosas eran reemplazadas por orillas cubiertas de gomeros, y el Dungomaro, transformado en apacible corriente, serpentea entre la llanura, dirigiendo sus aguas hacia el Sur.

Al mediodía, después de volver un brusco recodo del sendero, percibí una tienda que se elevaba sobre la margen derecha del río, al abrigo de un enorme sicomoro. En medio de una llanura completamente estéril, aquel paraje era encantador, cubierto de hierba y de mimosas cuyo follaje se desplegaba en forma de paracaídas, y extendiendo sobre el suelo una sombra transparente que temblaba al soplo de la brisa.

Era conveniente detenerse allí, y así lo hice.

Las montañas de Sagara son de primer orden en el Este de África: a decir verdad constituyen la única cadena importante que se encuentra en la línea que hemos seguido; pero si se las considera en el conjunto del sistema terrestre, se encuentran bastante bajas en la escala orográfica. Efectivamente, su altura media, medida por la ebullición del agua, no es superior a los mil setecientos metros sobre el nivel del mar; pero es necesario añadir que estas montañas encierran picos cuya elevación puede pasar de los dos mil metros.

Como se habrá deducido de lo anterior, la cadena del Sagara se divide en tres crestas paralelas que separan llanuras longitudinales.

Después del monótono verdor que te fatiga la vista desde la costa, la mirada reposa con alegría sobre los colores vivos y variados que revisten esta comarca. El subsuelo que los torrentes y grietas permiten atisbar se compone de granito, y de esquita o gres verdoso y oscuro, cuya poderosa estratificación, bruscamente levantada, rompe a veces la corteza del suelo.

Donde la montaña permanece oculta por un manto de bosque espeso, la roca desgarrar la costra de *humus* o tierra vegetal que la cubre, y el gres y el cuarzo se muestran a la vista.

Del mismo modo, en las zonas subterráneas por las que discurre agua, los gomeros espinosos y las mimosas cubren completamente las mesetas y las pendientes del lugar. En estas florestas encantadoras y revestidas con todo el lujo de la naturaleza

tropical, se cree continuamente estar atravesando el claro de una selva, ya que el viajero ve siempre ante sí un bosque espeso; pero los árboles se apartan a su paso, la sombra se aleja, y cuando brilla el sol de un hermoso día, la escena es a la vez extraña e imponente. El suelo, de un color rojo sombrío, elevado hasta la mitad de los troncos de los árboles por las galerías de las hormigas blancas, opone su matiz peculiar y esencialmente africano al color claro del follaje, cuya delicadeza es tal que permite entrever el vivo azul o el oro resplandeciente de un cielo puro.

El Sagara es el país de las flores. Al perfume delicioso del jazmín, y a la fuerte y vivificante fragancia de una especie de salvia que se extiende por la llanura, se unen las suaves emanaciones de las mimosas, cuyas flores están suspendidas como borlas de oro en las ramas cubiertas de follaje.

El tamarindo, que crece por todas partes en estado salvaje, es aquí un árbol gigantesco. El baobab se transforma en habitáculo, y a la sombra del sicomoro, árbol que pulula por la vertiente occidental de la cadena, podría abrigarse un regimiento.

Dos grandes líneas o senderos, seguidos por las caravanas, atraviesan el Sagara de Oriente a Occidente; la Mucondocua en la parte septentrional y la Kiringahuana en la meridional.

Los habitantes de las partes inferiores de esta comarca sufren enfermedades de la piel, llagas ulcerosas y todas las miserias que infectan los valles. Los que residen en las alturas son más fuertes y tienen mejor aspecto; pero padecen sin embargo de disentería y de afecciones del pecho.

En los lugares elevados, los hombres son altos, robustos y fornidos, y su barba es más poblada que la de los otros indígenas; pero en los terrenos bajos la raza degenera y sus individuos parecen tan degradados como los indígenas del Khutu. Turbulentos y vocingleros, tienen más violencia que valor: con su arco y sus flechas en la mano, se ocultan entre los juncas para sorprender a los rezagados, y lejos de asaltar el grueso de la caravana, prefieren mantenerse a la defensiva, como medio más seguro de provocar el ataque.

El color de su piel es de matices muy diversos: se encuentran individuos que son casi negros, y otros que tienen un color de chocolate oscuro; de todos modos, yo no puedo atribuir esta variedad a los efectos de la temperatura y de la diferencia de nivel entre las regiones que habitan.

Algunos se afeitan la cabeza; otros llevan la *chucha* de los árabes, especie de mechón más o menos grande; por último, entre estos indígenas hemos visto por primera vez en estos parajes el antiguo peinado de los egipcios, es decir, los cabellos levantados sobre la frente y cayendo hasta los ojos guardando toda su longitud, y distribuidos en una multitud de mechones retorcidos, compuestos cada uno de dos ramales enlazados. Los tirabuzones, lisos y duros, les impiden confundirse, y su masa forma en torno a la cabeza una cortina que baja hasta la nuca.

Sólo los jefes llevan la cabeza cubierta con un bonete o un turbante.

Algunas cicatrices lineales y confusas, practicadas entre las cejas y las orejas, forman el signo característico de la tribu, y algunos individuos, sobre todo en el Este de la montaña, se liman los dientes en punta.

El traje de los hombres consiste en un pedazo de tela, que cuando van de viaje reducen a la más simple expresión, a fin de que no incomode al andar. Esta tela es un percal azul oscuro, o bien un lienzo crudo teñido de amarillo. De todos modos, la lana es el privilegio de la riqueza, ya que la mayoría viste un jubón corto de fibras de baobab, y pieles curtidas de carnero o de cabra. Esta especie de manto se sujeta sobre el hombro por medio de una cuerda o simplemente anudando las extremidades, y se le deja flotar a merced del viento, quedando descubierta casi la mitad del cuerpo. Cuando van de viaje y empieza a llover, se quitan esta prenda, la doblan con cuidado y la colocan entre la espalda y la carga que llevan, de suerte que al llegar al kraal el viajero cuidadoso puede tener un vestido seco.

Entre las mujeres, las que pertenecen a las familias más ricas llevan la *tobe*, pieza de tela de cuatro metros de longitud, que pasa por debajo de los brazos, cubre el pecho y viene a sujetarse sobre la cadera. Las indianas azules y los percales a cuadros se emplean con preferencia a cualquier otra tela.

La mayoría de las mujeres se viste con una saya de piel, corta y grasienta, aunque decente, y con un justillo de la misma materia, que se sujeta en el cuello y baja hasta la cintura. El niño se lleva a la espalda sostenido por una banda ancha, también de piel.

Entre las clases más pobres el traje de los hombres y de las mujeres se reduce a una estrecha túnica, que llega apenas a la mitad del muslo, hecho con una especie de estera que se fabrica en la costa con las fibras del datilero salvaje y en el interior con las del baobab.

Así como todos sus congéneres, los indígenas del Sagara van siempre adornados con chucherías y cuerda de latón, y el peso y número de estas *joyas* indica la riqueza y la respetabilidad de sus poseedores.

Cada aldea está gobernada por un simple jefe, bajo la soberanía más nominal que efectiva del *mutua*, o gobernador del distrito. El tráfico de esclavos es una de las fuentes que alimentan su tesoro, y de ahí viene naturalmente que se encuentren muchos indígenas del Sagara en los mercados de Zanzíbar.

El *mutua* está además muy favorecido por el tributo sobre la caza, ya que todo elefante que viene a morir en su distrito, aunque haya sido herido en otro, le pertenece en propiedad, con la única condición de distribuir entre sus funcionarios, pequeños regalos de tela y quincalla, dejándose la carne para las gentes de la aldea, y vendiendo el marfil a las caravanas.

## CAPÍTULO VI

LA SALUD DEL PAÍS DE UGOGO.—ESPINAS AFRICANAS.—DISCURSO DE KIDOGO. —EL ZIHUA.—DERECHOS POR EL PASAJE Y POR EL AGUA.—ABUNDANCIA —CÓMO VIAJAN LOS ÁRABES.—HISTORIA DE FUNDIKIRA.—EL JUICIO DE DIOS.—CALUMNIAS CONTRA LOS BLANCOS.

Según el baniano Bamji, comisario de la aduana de Zanzíbar que me había alquilado bajo el nombre de hijos a ocho de sus esclavos, el país de Ugogo debía ser el último límite que podíamos alcanzar. Así, antes de penetrar en él me detuve tres días, a fin de dejar a nuestros hombres el tiempo necesario para tomar fuerzas y procurarse víveres para las cuatro o cinco jornadas que debíamos tardar en atravesar aquel pequeño desierto.

Esta extensión de tierra se halla a medio camino de la tierra de la Luna, y las caravanas llegan a él finalizando el segundo mes de su viaje desde la costa. La población de esta provincia ofrece una mezcla extraña de los pueblos que la rodean; pero los sagarienses pretenden ser los poseedores del suelo.

Las llanuras son ricas en granos y las montañas en ganados, cuando éstos no han sido robados por los bandidos de las cercanías, como había sucedido poco tiempo antes de nuestro paso.

Algunas veces los indígenas proporcionan al viajero leche, huevos, miel y manteca; pero el secreto de mejorar los productos que adulteran no corresponde sino al bribón civilizado: la leche que venden se parece al agua clara, la miel fermenta, los huevos están podridos, y la manteca no sólo está derretida y rancia, sino que además resulta dulce en su superficie y amarga más abajo.

Este país es bastante rico en caza.

Situado a ochocientos cuarenta metros sobre el nivel del mar, el país de Ugogo goza de un clima cálido y salubre que, después del frío penetrante del Sagara, nos parecía sumamente dulce. Las noches son frescas, sin rocío, y las bocanadas de aire, que recorren el lecho sinuoso del Dungomaro con la regularidad de una brisa marina, vienen durante el día a templar el ardiente sol.

El aire fresco de aquellas montañas nos devolvió las fuerzas, produciéndonos un hambre devoradora. El capitán Speke se encontró lo bastante bien como para traernos dos perdices y algunas de aquellas gordas pintadas que, agrupadas sobre los árboles, hacían resonar los ecos de las rocas con sus clamores maternos.

Nos pusimos en marcha el 22 de Setiembre. Estaba convencido de que partiríamos al mediodía, pero no nos fue posible hacerlo hasta las tres de la tarde.

Entonces fue cuando aprendí a conocer la variedad de las espinas africanas, y pude formarme una idea de este azote. Unas son verdes y flexibles, y otras, largas como un dedo, rectas y finas, sirven de agujas en el país. Estas últimas son triangulares y tienen en la base una glándula del grueso de una avellana, mientras que las primeras son encorvadas como el espolón de un gallo. También existe otra formada por dos ganchos unidos, que es sumamente abundante y ha sido hallada en Abisinia y en los *carrus* o landas del Sur, y finalmente está el *espera-un-poco*, una espina corta y ancha que termina en una punta aguda y retorcida, que es una variedad más pequeña, más ganchuda y más numerosa, dotada de la tenacidad de un anzuelo, capaz de rasgar sin dificultad las telas más fuertes, los paños más gruesos, y hasta las lonas enceradas que envuelven los fardos.

El 25 llegamos a la cima del Marenga-Mkhali, y al día siguiente por la mañana me informaron de que un desertor nos había robado una valija que contenía el Almanaque náutico, nuestras notas y la mayor parte de nuestra provisión de papel, plumas y tinta: en una palabra, lo más precioso para nosotros de nuestros equipajes, una pérdida que nos pareció irreparable.

Por la noche, cuando nos preparábamos para dormir, Kidogo se levantó, y a los gritos acalorados de ¡*Manéno, maneno!*!, que equivalen a nuestra exclamación parlamentaria «¡Escuchad, escuchad!», nos arengó en estos términos:

—«¡Oh, blancos, escuchadme! ¡Y vosotros, hijos de Said; vosotros, hijos de Bamji; vosotros, sombríos descendientes de las tinieblas; prestad atención a mis palabras! El viajero llega al país de Ugogo; ¡guardaos, guardaos! (*Ademanes violentos*). Vosotros no conocéis a los hombres que lo habitan: están malditos, tres veces malditos. (*El orador hirió la tierra con el pie*). No habléis a esos paganos del interior, no entréis en sus casas, no trafiquéis con ellos, no les mostréis tela, ni brazaletes, ni grano de vidrio. (*La animación era creciente*). No comáis ni bebáis con ellos; no miréis a sus mujeres. (*Y con tono frenético*). ¡Kirangozi, tú que los guías, detén a tus hijos! No permitas que vaguen por las aldeas, que compren sal fuera del campo, que roben provisiones, que se embriaguen con cerveza, ni que se sienten cerca de los pozos...»

Y así continuó durante media hora, alternando la violencia con el aire grave, hasta que los silbidos del auditorio, a quien la sorpresa había dejado mudo, vinieron a detener el torrente de su elocuencia.

A las nueve de la mañana siguiente pudimos alcanzar la orilla del Zihua. Después de lo que me habían dicho los árabes, esperaba encontrar un lago lo bastante profundo como para albergar un navío de línea, pero habiendo interrogado a Kidogo sobre este punto, me respondió con una expresión equivalente al proverbio francés: *en la mentira, es mejor pasarse*. No me sorprendí pues, al encontrarme con un estanque, del cual me sería imposible fijar su extensión. En Setiembre de 1857, la

sábana de agua tenía aproximadamente doscientos cincuenta metros de anchura; pero a nuestro regreso, a principios de Diciembre de 1858, no se veía más, aún en el centro del estanque, que un terreno endurecido y profundamente agrietado, lleno de polvo en la superficie y que, según los viajeros, estaba seco desde hacía mucho tiempo.

Como sucede en toda esta parte de África, el único sitio del estanque en que se puede coger agua es un estrecho pozo cavado en la arcilla y rodeado de una calzada de tierra, o de un pequeño muro de piedras. Para llegar a él es necesario haber obtenido permiso, una costumbre antigua y venerable que se remonta a los tiempos de Moisés. «Les compraréis la vianda, a fin de que podáis comer; les compraréis el agua, a fin de que podáis beber». (*Deuteronomio*). Y como la sed no tiene más paciencia que el hambre, esta costumbre poco hospitalaria ha sido con mucha frecuencia causa de fatales enfrentamientos.

A partir del Zihua, el *Kuhongo* o derecho de pasaje se exige con un rigor superior a toda exageración. Desde la costa hasta este territorio, los jefes se contentan con los pequeños presentes que se les quiere hacer, pero en el Ugogo, más que un regalo que reciben, se trata de un tributo que imponen.

El Kuhongo, sin embargo, no debe causarnos la menor indignación, pues es para estas comarcas lo que la aduana es para Europa. El jefe, que lo percibe nominalmente por entero, está obligado por la costumbre a distribuir la mayor parte de éste entre su familia, su consejo, sus servidores, y los ancianos de la aldea. Este impuesto reemplaza a los dones *soi-disant* voluntarios que esperan el balderabba de Abisinia, el aban del Somal y el ratik de los beduinos, y que son virtualmente la afirmación del poder sobre el terreno en que se ejerce.

Estando allí acampados, un indígena llamado Marema, jefe de una aldea establecida muy recientemente al Noroeste del lago, vino reclamando un tributo que, datado en fecha reciente, fue terminantemente rehusado por Kidogo. El hombre entonces, cambiando de tono, fue pasando de la amenaza a la mendicidad, y Kidogo le dio dos piezas de tela y algunas cadenas de perlas, prefiriendo hacer un ligero sacrificio y ganarse las simpatías de la población, que exponerse a una lluvia de flechas. El cálculo era bueno, y bien pronto tuvimos la prueba viendo llegar a numerosos indígenas que nos traían bueyes, carneros y cabras, volatería, limones, tortas, miel, huevos, leche cuajada y fresca, manteca y una gran cantidad de harina de sorgo y de baobab<sup>[15]</sup>.

Esta abundancia de víveres nos hizo permanecer cuatro días en las orillas del Zihua.

El 30 de Setiembre, víspera del día en que nos proponíamos levantar el campo para continuar nuestro viaje, apareció una caravana dirigida por Seid-ben-Mohammed, Khalfan-ben-Khamir y otros árabes del litoral. Nos traían noticias de la costa, y ¡maravillosa fortuna! la maleta que guardaba nuestros libros, que creíamos



perdida, y que nuestro desertor había depositado sobre la hierba en el sitio en que la habíamos hecho buscar. La restitución de esta maleta fue bastante difícil de obtener, porque entre los árabes el derecho de hallazgo es complicado, poco preciso, y totalmente contrario a nuestros principios.

Ben-Mohamed nos propuso, para mayor economía y seguridad, marchar aún más protegidos; y una vez reunidas las dos bandas, presentaron un efectivo de ciento noventa hombres. Estos árabes viajaban cómodamente: el hermano de Mohamed se había casado con la hija de Fundikira, sultán de Ñañembé, y en consecuencia, en esta provincia se hallaba casi en el territorio de su familia.

Una multitud de esclavos llevaba un cargamento de efectos, medicinas y provisiones de toda clase: la vanguardia, siempre con el pico y la hoz a mano, limpiaba el sendero, disponía el kraal, levantaba las tiendas y las rodeaba de un foso y de un cercado de ramas y follaje. Su equipaje no era menos completo que el nuestro, y hasta llevaban aves encerradas en jaulas dispuestos a cualquier cosa.

Más tarde oímos hablar mucho del suegro de Ben-Mohamed, a quien describiré a continuación. El futuro sultán formaba parte de una caravana, en calidad de mozo de carga, cuando tuvo conocimiento de la muerte de su padre. Arrojando inmediatamente el fardo que llevaba, se preparó, según la costumbre, para volver a su país y tomar posesión del poder.

—Fundikira —le dijeron sus compañeros en el momento de su partida—, tú eras nuestro camarada, y desde hoy más bien nos impondrás castigos, nos mandarás apalear, y nos matarás.

El antiguo cargador se fue inmediatamente al Ñañembé, donde recogió la herencia paterna, en la que iban comprendidas las viudas del difunto. Estableció su residencia en Ititeña, donde tuvo trescientas chozas para alojar a sus esclavos, encontrándose además como dueño de diez mujeres y de dos mil cabezas de ganado mayor. Rehusando reclamar a los extranjeros el derecho de pasaje que le permitía el uso, vivió con cierta pompa hasta 1858. En esta época, habiendo engordado demasiado con los años de buena vida, cayó enfermo al empezar la estación de las lluvias. Siguiendo la antigua costumbre, toda la familia fue acusada de complot mágico hacia su augusta persona; y ordenándose inmediatamente el juicio de Dios, se recurrió al wganga.

Éste cogió una gallina, le retorció el cuello después de obligarla a beber un filtro misterioso, y abriendo al animal, examinó su interior. En semejante prueba, si la carne parece ennegrecerse o deteriorarse bajo las alas, son los hijos, los primos y los sobrinos del enfermo los denunciados; si es el lomo el que se altera, prueba al hacerlo la culpabilidad de la madre y de la abuela; si es la rabadilla, entonces la culpable es la esposa; mientras que los muslos acusan a las otras mujeres, y los esclavos son condenados por las patas.

Sabiendo ya por este medio la categoría a que pertenece el culpable, se reúne a los sospechosos; el wganga se apodera de otra gallina, la emborracha *secundum artem* y la arroja sobre el grupo acusado. El desgraciado sobre el que cae es declarado culpable y sometido a tortura, y tras la sentencia del wganga, a quien se deja la elección del suplicio, se le mata inmediatamente a lanzadas, cortándole la cabeza o moliéndole a palos. Es bastante común un género de muerte que consiste en ponerla cabeza del criminal entre dos tablas, que se aprietan poco a poco con cuerdas hasta que el cráneo salta y el cerebro se deja ver por las grietas del hueso.

Estas atrocidades continúan hasta la muerte o curación del jefe. Desde el primero síntoma del mal que aqueja a Fundikira dieciocho individuos han perecido de esta suerte; si la enfermedad se prolonga, muchas más víctimas serán inmoladas, y si el augusto personaje llega a morir, el mismo wganga le seguirá a la tumba<sup>[16]</sup>.

Al llegar a Kifukuro fuimos recibidos, al son de tambores y castañuelas, por los gritos frenéticos de dos caravanas que allí estaban acampadas. Todos los habitantes de las cercanías se estrechaban en torno nuestro para gozar del fenómeno que les proporcionaba nuestra presencia. Este ardor y esta animación, que contrastaba tan vivamente con la apatía de las hordas que antes habíamos visto, me hicieron tener muy buenos augurios desde el principio respecto a los habitantes de aquella comarca, pues la curiosidad es entre los salvajes una prueba de aptitud para el progreso. En Ugogo me hicieron muchas preguntas acerca de los jefes del país de los blancos, región misteriosa situada en el extremo del mundo, donde las perlas se recogen a millares sobre la tierra y donde las mujeres van vestidas con telas de gran riqueza. Sin embargo, la curiosidad tardó muy poco en convertirse en insolencia, y pronto conocí la causa. Dos mestizos árabes que habíamos encontrado en Muhama y que nos precedían algunos días, habían extendido acerca de nosotros las falsas noticias de las que procedían aquellos disparates. Según ellos, no teníamos más que un ojo, pero teníamos en cambio cuatro brazos y estábamos llenos de *ciencia*, es decir, de magia. Sembrábamos pepitas de melón de las que íbamos provistos, y estas pepitas engendraban viruelas; con nosotros iban la sequía y la esterilidad; por medio de leche hervida que hacíamos endulzar extendíamos la mortalidad entre el ganado; nuestros hilos de metal, nuestras telas y nuestros collares producían todas las enfermedades; y éramos, además, los reyes del mar, lo que explicaba la blancura de nuestro cutis y la suavidad de nuestros cabellos lisos, fenómeno incomprensible para aquella raza de cabellos ásperos y rizados. Finalmente se dijo que al año siguiente debíamos volver para tomar posesión del territorio.

Afortunadamente para nosotros, muchos niños vinieron al mundo perfectamente sanos mientras atravesábamos el Ugogo. Si por casualidad un niño o un ternerillo se hubiese echado a perder, no sé cómo hubiéramos podido arreglarnos a la vuelta. Cada uno de estos recién nacidos fue llamado *Muzungu*, es decir, el hombre blanco; de

modo que actualmente debe haber en aquella parte de África una pequeña colonia de blancos completamente negros.

## CAPÍTULO VII

EL JEFE MAGOMBA.—PIERNAS-CORTAS.—LA MGUNDA-MKHALI.—APARIENCIA DE EDIFICIOS ARRUINADOS CERCA DE DJIHUÉ-LA-MKOA.—LLEGADA A TURA. —HABITANTES DEL PAÍS DE UGOGO.—PRETENSIONES Y SEDUCCIONES DE MAULA.—SELVA PELIGROSA.

Salimos de Kifukuro el 3 de octubre al mediodía, pero, al llegar a Cañelé, el arreglo y pago del tributo nos detuvo cuatro días.

Magomba, el más poderoso de todos los jefes de provincia, puso en juego todos los recursos de la diplomacia africana para sacarme la mayor cantidad de tela posible. Durante nuestra permanencia en Zihua me había enviado un mensajero a fin de expresarme su deseo de ver hombres de raza blanca. El mensaje era político a más no poder, pero «el favor de los vientos va acompañado de polvareda», según dicen los árabes, y me vi obligado a recompensar esta política con dos piezas de percal.

Este es el único jefe que hasta hoy ha entrado en mi tienda. Era de un rango demasiado elevado como para entrar en las de los árabes, y sólo la curiosidad relegaba para nosotros cualquier otra consideración. Mi ilustre visitante era un viejo negro, decrepito, apergaminado, semejante a una ciruela pasa, cuyo cráneo completamente calvo llevaba encima del cogote y a ambos lados de la cabeza algunos mechones tiesos, de color gris hierro. Una costra de aceite de ricino y una faja de lana azul ennegrecida por el uso y la grasa eran toda su indumentaria. Algunas hileras de perlas falsas le adornaban el cuello; anchos brazaletes elásticos de hilo de cobre decoraban sus piernas, y unos aretes de alambre, después de haber estirado las orejas hasta hacer estallar el lóbulo, se unían sobre su cráneo por medio de una hebilla. Su calzado se reducía a unas sandalias rotas y desgarradas en varios sitios. Mascaba tabaco y, sin parar de escupir, me dirigió una serie de preguntas bastante necias, lo que no le impidió explotarme como quiso.

El 8 de octubre apareció una caravana numerosa que regresaba del interior y que tenía por jefe a un árabe de la costa llamado Abdalla-ben-Nesib. Este hombre excelente nos envió enseguida una cabra y algunas libras de ese hermoso arroz del Ñañembé, del que van siempre perfectamente provistas las caravanas que regresan al litoral. Me dio también uno de sus asnos de silla, y no quiso recibir a cambio más que algunos medicamentos y un escrito en el que se hiciera constar su generosidad. Este regalo me era tanto más precioso cuanto que las bestias de silla se habían reducido a cinco.

También encontramos grandes dificultades para pasar el Khokho, desierto que

está considerado, no sin razón, como el más difícil de franquear en toda esta provincia. Su jefe, Mana-Miaha, más conocido bajo el nombre de Maguru-Mafupi o Piernas-cortas, es la pesadilla de los viajeros. Es un vejete pequeño y casi calvo, de color de chocolate y cuyo cuerpo se asienta sobre unas piernas diminutas, de donde le viene su sobrenombre. Lleva una faja de lana a cuadros en torno a las caderas y un manto de la misma tela cubre sus espaldas. Todos los días pasa de la dignidad de hombre al estado de idiota, y luego a la situación de bruto, con la regularidad de un reloj. Es tarea imposible obtener nada de él: se porta con todos como un verdugo intratable, y cuando la embriaguez le domina no quiere oír hablar de negocios. Una de sus manías es detener las caravanas que por obligación han de pasar por su territorio, obligando a sus individuos a labrar sus campos, en lo cual, especialmente en la época de siembra, invierten a veces de cinco a seis días.

Finalmente, después de pasar cuatro días sin que pudiésemos llegar a un acuerdo, el enérgico Kidogo ocupó el lugar del caritativo Ben-Selim, y declaró sin rodeos que partiríamos al día siguiente, cualquiera que fuese la decisión de su alteza. Nuestros presentes fueron aceptados entonces, y dos o tres disparos de mosquete nos hicieron saber que estábamos en completa libertad para continuar nuestro camino.

Enseguida tuvimos que franquear el Mgunda-Mkhali o Tierra Abrasada, gobernada por Kebra, que separa el rojo valle de Mdaburu de la Tierra de la Luna. Este desierto es un motivo de espanto para el viajero; pero su mala reputación pasará muy pronto al olvido, pues cada día la antorcha y el hacha van limitando sus proporciones. Hace quince años se empleaban doce jornadas largas en atravesarle, pero hoy en día se le franquea en la mitad de ese tiempo, es decir, en una semana.

El 21 de octubre salimos de una selva cuyas hojas, de un verde ceniciento, comenzaban a romper sus capullos; las flores se abrían, y entre ellas un hermoso jazmín de una especie muy grande, fuertemente perfumada, y la nueva hierba comenzaba a aflorar entre los rastros de la siega anterior. Muy lejos, en el horizonte, hacia el Mediodía, se elevaban nubes azules y vaporosas que nos representaban el océano. Más cerca de nosotros, un suelo convulsionado mostraba pruebas evidentes de la acción plutónica, acción que se revela por toda la parte oriental de la Tierra de la Luna, mostrándose también al norte hasta las orillas del lago de Kerehué. Enormes rocas de sienita y de granito, de un color gris pizarroso, de las cuales algunas tienen dos o tres metros y otras una milla de circunferencia, se desconchan bajo la erosión del aire. Masas cónicas y torres solitarias forman largas avenidas o componen grupos numerosos, y desde lejos, a través de la selva, se creería ver fortalezas desmanteladas, muros, torres y ruinas de construcciones ciclópeas.

El 27 hicimos nuestra entrada en Tura, en la Tierra de la Luna. Los habitantes salían en tropel de sus moradas, y viejos y jóvenes se empujaban para vernos mejor. Los hombres dejaban su trabajo, las mujeres abandonaban sus faenas, y la caravana

llevaba en tras de sí una cola de niños y adultos que gritaban, silbaban y aullaban en todos los tonos imaginables.

Nuestro kirangozi o jefe de caravana agitó finalmente su bandera roja, y los tambores, los cuernos y las voces de los que les seguían iniciaron el estrepitoso concierto que anuncia la llegada de una caravana a la admirada multitud. Me sorprendió mucho ver al guía entrar sin reparo alguno en la primera aldea que encontró. Los cargadores lo acompañaron y nosotros seguimos su ejemplo. Yo ignoraba que aquella fuera la costumbre en esta provincia. Todos se precipitaron en los departamentos del *tembé*, instalándose con tanto cuidado por sí mismos como desprecio por los propietarios, y en cuanto a nosotros, que nos habíamos quedado en la calle rodeados por una multitud que se renovaba sin cesar, representamos hasta la noche el mismo papel que los huéspedes de una casa de fieras.

El término medio de las altitudes que hemos medido en la meseta de Ugogo es de mil ciento trece metros sobre el nivel del océano. Hemos observado también una pendiente gradual y ascendente hasta la Roca Redonda o Djine-la-Mkoa, y en mi opinión, el nivel alcanza los mil doscientos ochenta metros sobre el nivel del mar.

El clima de esta meseta es notablemente seco: durante nuestra travesía, que tuvo lugar en septiembre y octubre, los colores de nuestros mejores botes de acuarela se secaron en su recipiente de metal, la goma elástica se convirtió en una pasta gelatinosa, y el caucho se desgarraba como si fuese papel gris.

Los habitantes de esta comarca presentan la diversidad de matices que se observa entre todos los pueblos poseedores de esclavos: muchos de ellos tienen un color tan claro como los abisinios, pero otros son tan negros como los etíopes. Esta raza no es ciertamente fea, y entre las mujeres, particularmente entre las jóvenes, se encuentran algunas muy bonitas; no obstante, si la parte superior del rostro es regular, los labios son siempre gruesos, y esto le da a su fisonomía una expresión de bestialidad.

Si se le compara con el de sus vecinos, el traje de estos indígenas les da cierto aspecto civilizado, y es tan raro encontrar entre ellos un vestido de pieles como hallar más al oeste un manto o una túnica de tela. Hasta los niños van generalmente vestidos, siendo lo contrario la excepción. Los hombres usan casi todos una túnica o blusa de indiana o de tisú árabe a cuadros. Las mujeres ricas llevan tejidos de seda y lana, de colores chillones, y las pobres hacen sus ropas de lienzo crudo.

Aquí, como en todas partes, los hombres van siempre armados, bien con un cuchillo de dos filos, o bien con una lanza de metro y medio de longitud, cuyo hierro tiene la mitad de este tamaño.

Ofrecen una hospitalidad que, a pesar de su rudeza, no deja de ser digna de elogio. El extranjero, a quien se rechaza brutalmente en el Uzaramo y en el Sagara, es acogido en el Ugogo con cierta alegría, y los habitantes le reciben y aceptan como a un hermano. El jefe de la familia le da un escabel, se sienta en el suelo cerca de su

huésped, le prepara el alimento, y cuando llega el momento de separarse, le da una cabra o una vaca si se lo permite su fortuna.

En cuanto a los humbas, tan temidos en estos parajes, creo que pertenecen a una de esas terribles hordas pastoriles que viven al sur de la Nigricia, y a juzgar por su dialecto, deben formar parte de la gran raza de Masai, cuya lengua tiene dos orígenes, uno semítico y otro africano.

El nombre de Tura, dado a la villa o aldea en que nos habíamos detenido, significa *abajo*, sobreentendiéndose *los fardos*, porque el viajero, llegue de la costa o venga del interior, no puede librarse de hacer allí una parada de algunos días. Sin embargo, el testarudo Kidogo, afirmando que la población de Tura no es digna de que se tenga confianza en ella, a pesar del aspecto tímido que yo le encontraba, me metía prisa para partir cuanto antes de allí. Después de las fatigas y privaciones que acababan de sufrir, nuestras gentes consideraban este villorrio insignificante como un verdadero paraíso, a pesar de lo cual fue preciso ceder a las exigencias de Kidogo, y nos pusimos en marcha el 30 de octubre al amanecer.

El 30 de noviembre una marcha relativamente fácil nos condujo en menos de tres horas al límite occidental de Bubuga. Mientras hacíamos nuestro descanso de la mañana bajo un bosquecillo de euforbios, vi aparecer a Maula o Mahura, jefe de una gran aldea cercana. Como tenía grandes pretensiones de ser hombre civilizado, este jefe no podía permitir de ningún modo que un blanco pasase por sus dominios sin sacarle un poco de tela o quincalla, con el pretexto de ofrecerle un ternero. Por otra parte, el astuto Maula alimentaba en secreto el proyecto de utilizarnos para curar la fiebre que aquejaba a su hijo y para protegerle de sus enemigos.

Como casi todos los jefes de la Tierra de la Luna, era un viejo alto, descarnado, anguloso, de miembros gruesos y piel negra y aceitosa.

Antiguo viajero, reconoció enseguida a los beluchistanos, nos saludó con expresión de benevolencia, nos condujo a su capital, nos hizo preparar chozas y lechos, los primeros que habíamos visto desde que emprendimos el viaje, y nos dejó para ir a buscar su ternero.

El Rubuga tiene fama por la calidad de su leche, de su carne, de su manteca y de su miel, y esta circunstancia nos agradó en extremo. Las colmenas son allí numerosas y de la misma forma que las que antes hemos descrito, con la diferencia de que aquí, en lugar de estar colgadas de los árboles como las ponen en otras partes, se las coloca sobre dos horquillas dispuestas con este objeto para preservarlas de los ataques de las hormigas blancas y negras.

A pesar de los atractivos de Maula y del Rubuga, nos pusimos en marcha el 5 de octubre, y penetramos muy temprano en un bosque de muy mala reputación que era necesario atravesar para llegar al Ñalembé. El sultán de estos lugares se llama Manua e interviene activamente en los asesinatos y en los robos, cuya frecuencia hace de este



bosque un lugar de pesadilla para las caravanas. Los bandidos de Manua están además apoyados por Msimbira, uno de los sultanes de la parte septentrional de la Tierra de la Luna, quien, alimentado por una envidia ruin y un odio encarnizado hacia los árabes, participa con mucho gusto del botín que se hace a costa de ellos. Cuando nosotros atravesábamos este bosque, un viejo cargador cometió la imprudencia de quedarse rezagado, y pudimos comprobar cómo fue cruelmente asesinado por tres bandidos que se apoderaron de su carga, compuesta de paraguas y de una maletilla de cuero que contenía vestidos, libros, nuestros diarios, tinta y plumas, y una colección de plantas y hierbas.

Uno de los peligros que más desaniman al viajero en estas comarcas es el que perpetuamente se corre de perder tal o cual objeto, pues no es posible tener la seguridad de que sus escritos, dibujos y notas, que le han costado tal vez varios meses de fatigas, no serán dispersados a los cuatro vientos. En cuanto a las colecciones, nuestros sucesores harían bien si no se ocupan de reunirías en tanto que vayan hacia delante, pues ganarían mucho reservando este trabajo para el viaje de regreso.

## CAPÍTULO VIII

ENTRADA TRIUNFAL EN CAZÉ.—HOSPITALIDAD DE LOS ÁRABES.—IMPORTANCIA Y RECURSOS DE ESTE CENTRO.—DIFICULTADES DEL VIAJE ENTRE ZANZÍBAR Y CAZÉ.—LA CARGA ES EL OFICIO PRINCIPAL DE LOS HABITANTES.—TRES ESPECIES DE CARAVANAS.—EMPLEO DE UN DÍA DE MARCHA.—ENCUENTRO DE DOS CARAVANAS.—LA DANZA Y EL SUEÑO.

Hacía ciento treinta y tres días que habíamos dejado la costa y llevábamos recorrida una distancia de cerca de mil kilómetros, cuando, el 7 de noviembre, nos dispusimos a entrar en Cazé, depósito comercial que los árabes han establecido en esta provincia.

Partimos al salir el sol. Nuestros beluchistanos vestían sus trajes de gala, sin los cuales es sumamente raro que un oriental emprenda un viaje. Sin embargo, después de haber sido mostrado y expuesto a la admiración de los indígenas, este lujoso vestido debía volver al fondo del saco hasta el momento en que fuese cambiado por un número de esclavos más o menos considerable. Aproximadamente a las ocho hicimos alto cerca de una pequeña aldea, a fin de que los rezagados pudieran unirse a la caravana, y cuando, con la bandera desplegada a merced del viento, nuestro batallón serpenteó por la llanura al son de los cuernos, al estampido de los mosquetes y al estrépito de las voces, cuyos clamores dominan la fusilería, el aspecto que presentó la caravana resultó verdaderamente espléndido.

La multitud, que se apretaba a ambos lados del camino, rivalizaba con nosotros en estrepitosas aclamaciones. Cada cual se había ataviado con sus más bellos vestidos, y el conjunto ofrecía un aspecto de lujo al cual no estaban en manera alguna acostumbrados nuestros ojos. Algunos árabes que permanecían en la orilla del camino nos saludaron con la gravedad especial que distingue a los musulmanes y nos acompañaron durante algunos momentos.

Al ponernos en marcha habíamos dado a Ben-Selim la orden de que condujese la caravana al tembé puesto tan generosamente a nuestra disposición por los tratantes árabes que habíamos encontrado cuando estuvimos en Inengé. Pero, ya fuese por error o por cualquier otra causa, el guía se encaminó directamente a la casa de Musa-Mzuri o el bello Moisés, un baniano a quien el sultán de Zanzíbar se había empeñado en recomendarme. El comerciante había salido en dirección a las comarcas del Karagüé, donde le reclamaban sus operaciones mercantiles, y Ben-Amir, su agente o apoderado, se encargó de cumplir con nosotros los deberes de la hospitalidad, conduciéndonos a la casa, vacía entonces, de un mercader llamado Abaid-ben-

Sliman, que estaba en camino hacia la costa.

Después de haberme dejado un día de descanso, según la costumbre generalmente seguida en tales casos, a fin de que pudiese arreglar las cuentas con los cargadores, que habían terminado su compromiso, todos los comerciantes de Cazé, en número de diez o doce, vinieron a hacerme una visita en corporación, ocasión propicia que aproveché para presentarles oficialmente la circular que el sultán de Zanzíbar dirigía en nuestro favor a todos sus súbditos establecidos en territorio africano.

Muchas gentes me habían augurado un mal recibimiento por parte de los árabes, pero su acogida fue, por el contrario, de lo más cordial, y nunca podré elogiarla lo suficiente. ¡Qué diferencia tan notable entre la hospitalidad generosa, el sincero interés y la franca amistad que encontramos entre los individuos de aquella noble raza, y la parsimonia y el egoísmo feroz y brutal del salvaje africano! Era como encontrar corazones de cera después de haber tropezado con corazones de roca. Uno de ellos sobre todo, el llamado Snay-ben-Emir, era de la madera con que se hacen los amigos: generoso y discreto, lleno a la vez de valor y de prudencia, presto siempre a arriesgar su vida por conservar limpio el honor y, lo que es muy raro en Oriente, tan honrado como valiente.

El árabe que llega de la costa se cruza en Cazé con los que vuelven del lago Tanganica y del Ruvuia, y encuentra allí caminos frecuentados que se dirigen al norte, hacia los poderosos reinos de Caragüe, de Uñoro y de Uganda y que le conducen a las orillas del lago de Kerehué. El Rori y el Bena, el Sanga y el Senga, le envían desde el sur su marfil y sus esclavos, y los productos de las comarcas de Khokoro, de Fipa y del Marungu, así como los del valle de Rukua, vienen del Sudeste a cambiarse por sus telas, sus cuentas de vidrio y sus hilos metálicos.

Por último, los jefes de las caravanas tienen que detenerse aquí forzosamente, porque los cargadores, tanto los que han sido contratados en la costa como los que se contrataron en las orillas del lago, se dispersan en cuanto llegan a Cazé, poniendo al viajero o comerciante en la necesidad de reunir un nuevo grupo, operación siempre difícil, y mucho más cuando se aproxima la estación de la siembra.

Cazé no es una aldea, sino una colección separada de media docena de tembés o grandes edificios, de construcción oblonga, que tienen todos un patio central, grandes almacenes separados, barracas para los esclavos, y jardines. Finalmente, alrededor de esta especie de núcleo están agrupadas las chozas de los indígenas, acumulación de chiribitiles infectos que llevan el nombre de su fundador.

En 1852 fue cuando esta parte de la provincia de Ñañembé recibió los primeros colonos. En esa época fue cuando llegaron Snay-ben-Emir y Musa y encontraron la estación desierta. Estos árabes construyeron casas, abrieron pozos, y convirtieron este lugar deshabitado en una plaza comercial y populosa.

Sería difícil establecer el número de residentes árabes que hay en el Ñañembé,

pues de la misma manera que los ingleses en sus posesiones de la India, estos comerciantes no hacen más que recorrer el país sin colonizarle. Su número, en consecuencia, está muy lejos de ser fijo, aunque generalmente no se cuentan más de veinticinco. Durante la estación de los viajes o cuando se juzga inminente una campaña, apenas hay tres o cuatro. Esto es para ellos algo bastante enojoso. Son demasiado fuertes para ceder sin combatir, pero no lo son, sin embargo, lo bastante para luchar con éxito<sup>[17]</sup>.

A excepción de Musa, que nació en Kojah, ciudad de la India inglesa, todos estos comerciantes son árabes, naturales del Omán. Tienen aquí una existencia que, más que cómoda, podría calificarse de fastuosa. Sus casas, aunque de un solo piso, son bastante extensas y están sólidamente construidas; sus jardines son grandes y muy bien dispuestos; y reciben regularmente de Zanzíbar, no solamente cuanto es necesario para la vida, sino también un gran número de objetos de lujo. En torno a ellos vive una turba de esclavos perfectamente enseñados para el servicio y acostumbrados a los trabajos más necesarios. Usan asnos de Zanzíbar por cabalgaduras, y los menos ricos poseen rebaños de vacas y carneros.

Lo único que les falta es un gobierno, pues tienen bastante necesidad de un jefe inteligente y valeroso.

También sería muy conveniente para ellos que el clima fuese más sano, pues generalmente su constitución se debilita en extremo. Escapar a la fiebre durante dos meses es un fenómeno verdaderamente excepcional, del cual se vanaglorian aunque, como sucede en Egipto, ninguno de ellos tiene una salud perfecta. Los que llevan muchos años de residencia se han acostumbrado a no hacer más de dos comidas al día, una por la mañana temprano y otra antes de media tarde, y enseguida se ponen a mascar tabaco o café tostado.

Desde que han importado el trigo candeal y el arroz de especie blanca (el de este país es de color rojizo); desde que al maíz, al mijo, a las patatas, a las fareolas, a las raíces y al sorgo de los indígenas, los árabes han unido los cohombros, los tomates, los pimientos, las bananas, los limones y otros productos, la salud general de la población ha mejorado muchísimo. Principalmente se felicitan por haber introducido en sus huertas la cebolla, pues este remedio contra la fiebre se cultiva en estos terrenos con mucho más éxito que en la costa. También se cultivan ajos, aunque no se dan tan bien, pero este tubérculo les parece demasiado fuerte para el consumo diario.

El agua fresca y pura constituye la bebida ordinaria de los árabes, aunque algunos la reemplazan con el *togua*, bebida no fermentada, hecha con el sorgo, y los borrachos se permiten la cerveza ácida y enervante de los indígenas.

Después de estos apuntes, el lector puede hacerse una idea del país en que nos hallamos. En cuanto a mí, cómoda y agradablemente instalado en la casa de mi amigo Snay-ben-Emir, digo adiós por algún tiempo a las caminatas y a los vivacs.

Tal vez no disgustará al lector que dedique unas palabras acerca de los caminos que hemos seguido hasta llegar a este punto. Todo el mundo, desde la infancia, ha oído hablar de los camellos, las literas, los mulos, los caballos y los asnos que componen generalmente una caravana, pero el transporte por medio de hombres, que caracteriza un viaje en esta parte de África, ha escapado hasta hoy a la pluma de los escritores.

La carretera, esa primera prueba del progreso de los pueblos, no existe como tal en el África oriental<sup>[18]</sup>. Las vías más frecuentadas no son más que *pistas* o senderos de veinte o treinta centímetros de anchura, trazados por el paso de las caravanas en la estación de los viajes y *mueren*, según la expresión africana, tan exacta como enérgica, en la estación de las lluvias, es decir, desaparecen bajo una vegetación exuberante. En las llanuras abiertas, el sendero se divide en cuatro o cinco líneas tortuosas; en las selvas forma un túnel, cuya bóveda de verdor, erizada de espinas ganchudas, detiene al porteador arrancándole su fardo; y cerca de las aldeas está cerrado por un seto de euforbios, una empalizada o un montón de ramas. Donde la tierra está libre de obstáculos, el camino se alarga en una quinta parte y a veces en una mitad a causa de las vueltas y revueltas que da. Lo más penoso, sin embargo, es el recorrido que sigue las orillas de los ríos o serpentea por el suelo pedregoso y descarnado de las faldas de las montañas.

De todos los cursos de agua que hemos tenido la necesidad de atravesar, el Malagarazi es el único que no se puede vadear durante la estación seca, y, en consecuencia, el único que se pasa en barca.

Es completamente imposible adentrarse por las vías transversales que aparecen en los lugares habitados, y cuando no hay ninguna, la maleza es tan espesa que sólo el elefante o el rinoceronte pueden penetrar en ella. El consejo que se da al viajero de escoger los lugares elevados para vivaquear por la noche es una verdadera ironía en esta parte de África. Es más fácil cavar una madriguera que abrir un paso en aquella red de espinas y ramas reforzada con troncos de árbol.

Desde tiempo inmemorial, los habitantes de la Tierra de la Luna llevan a la costa el marfil que recogen en sus cacerías contra los grandes paquidermos africanos. La guerra y las querellas entre tribus les han cortado el camino con mucha frecuencia, pero siempre han vuelto a abrirlo a pesar de todas las dificultades, porque en un pueblo cuyo sustento y bienestar dependen únicamente del cambio, no se puede ahogar el tráfico, del mismo modo que no se puede comprimir el vapor. Sobre la ruta que seguíamos nosotros, el transporte se efectúa actualmente gracias a los habitantes de la Tierra de la Luna, que consideran el oficio de cargadores o porteadores como una prueba de virilidad, pues es para ellos lo que una profesión para nosotros, la prueba de un carácter honorable, el signo de ser fuerte. Los niños adquieren la afición de ese ejercicio con la leche de su madre, por decirlo así, y desde su más tierna edad

se cargan ellos mismos con un pedazo de marfil. Cargadores de nacimiento, como lo perros son cazadores de raza, se doblan bajo el peso, y estos valerosos niños conservan toda la vida las piernas arqueadas, como el animal al que se ha hecho trabajar demasiado pronto. Pero el carácter honorable hace callar todo comentario. «Está incubando sus huevos», dicen las gentes que rodean a un hombre cuya vida es sedentaria; y por el contrario, «quien ha visto el mundo no puede ser tonto», es otro de los proverbios que se oyen citar con más frecuencia.

Hay tres clases de caravanas que hacen el trayecto entre Cazé y Zanzíbar. Unas se componen únicamente de indígenas de la Tierra de la Luna; otras tienen por jefes y por escoltas a mestizos o esclavos comisionados por sus dueños o patrones; y las terceras van mandadas por los mismos árabes.

Entre los indígenas, algunos llevan sus propias mercancías, otros las ganancias de pequeños propietarios, y toda la tropa es conducida por un *tougi* o jefe, nombrado por elección. Estas caravanas, no solamente reúnen una masa considerable de portadores, sino que con mucha frecuencia son más numerosos que en las caravanas dirigidas por los comerciantes.

El europeo no sabría acompañar a estas caravanas indígenas que, al igual que los indios de la Guayana, no cambian nunca de dirección, sea cual sea el obstáculo que encuentren en su camino.

Estos mismos cargadores, reclutados por los árabes, tienen mejor aspecto, consumen mucho más, trabajan mucho menos, despilfarran su tela, están llenos de insolencia, dirigen la marcha, ordenan los altos, se quejan sin cesar y desertan frecuentemente.

El explorador no encontraría, como pudiera creerse, ventaja alguna uniéndose a las caravanas árabes, cuya marcha está dirigida por el instinto, más que por la razón. Estas caravanas empiezan perdiendo lamentablemente el tiempo, siempre precioso, y luego se precipitan, caminando apresuradamente hasta que la epidemia o la deserción las detiene. Este método es funesto para el estudio, pues no permite observar los lugares ni tomar la posición, e imposibilita por completo para recoger los frutos naturales de una empresa de tal especie.

En cuanto a nosotros, he aquí cómo transcurre una jornada una vez en marcha:

Es de noche. Todo está silencioso como una tumba. Todo el mundo duerme, hasta el hombre que está de guardia, que da cabezadas junto al fuego. A las cuatro de la madrugada uno de nuestros gallos bate sus alas y saluda la primera luz del alba: los otros le responden. Hace ya algún tiempo que suspiro en espera del alba, y cuando me encuentro bien, deseando el desayuno. Tan pronto como el horizonte oriental empieza a iluminarse, llamo a mis goenses para que enciendan fuego, y se presentan tiritando, a pesar de que el termómetro marca quince grados centígrados; pero se apresuran a obedecer y a traerme el desayuno. El apetito no es muy grande a semejante hora, y le

gustaría que se le excitase con un cambio de régimen. Tomamos té, café cuando lo hay, bollos de leche mojados en agua de arroz, y otras veces una especie de potaje parecido a la papilla de harina de avena.

Los beluchistanos, mientras tanto, cantan sus himnos sagrados en torno a un caldero puesto sobre un gran fuego, y restauran sus fuerzas con una especie de alcuzcuz, habas tostadas y tabaco.

A las cinco todo el mundo está completamente dispuesto y comienzan los murmullos. Este es un momento crítico: los cargadores habían prometido partir muy temprano y hacer una larga jornada, pero volubles como la ola o la mujer, en nada se parecen por la mañana a aquellos hombres tan animados de la noche anterior; tal vez, por otra parte, haya más de uno con fiebre.

Si el grupo es unánime en su deseo de permanecer inmóvil, no nos queda más remedio que entrar en nuestra tienda. Si, por el contrario, se manifiesta alguna división, un estimulante ligeramente activo pone a todo el mundo en marcha. El ruido aumenta, crecen las voces, y bien pronto se oyen por todas partes los gritos de: «¡Carguemos, carguemos! ¡En marcha, en marcha!», añadiendo los más fanfarrones: «¡Yo soy un asno! ¡Yo soy un buey! ¡Yo soy un camello!», y acompañándolo todo con el ruido de los tambores, de las flautas, de los silbatos y de los cuernos.

En medio de este tumulto, los hijos de Ramji recogen nuestras tiendas, cargan algunos paquetes ligeros, y se escapan en cuanto pueden. Kidogo nos hace a veces el honor de consultarnos sobre el programa del día. Se separa a los cargadores indígenas del fuego, a cuyo calor se arriman, se disponen los fardos que están apilados cerca de nosotros, y todo el mundo se prepara para partir.

Cuando tenemos fuerzas para ello, mi compañero y yo montamos en nuestros asnos, conducidos por los que llevan nuestras armas. Si no podemos sostenernos, dos hombres nos llevan en las hamacas suspendidas en largas perchas.

Los beluchistanos, velando por sus esclavos, llegan unos después de otros, y no se cuidan más que de ahorrarse una hora de sol. El djemadar tiene la misión de reunir la retaguardia, con el concurso de Ben-Selim, quien, frío y melancólico, está siempre dispuesto a hacer uso de su bastón de rotem. Cuatro o cinco hombres han dejado sus fardos, porque han desertado o porque se han ido delante con las manos vacías. Estos cinco fardos suplementarios pertenecen entonces por derecho a las gentes de buena voluntad, es decir, a los más débiles.

Cuando todo el mundo está dispuesto, el guía o *kirangozi* se levanta, coge su carga, que es una de las más ligeras, y su bandera roja desgarrada por las espinas, y abre la marcha seguido de un cargador que golpea unos timbales en forma de reloj de arena.

Nuestro guía va espléndidamente vestido. Lleva un poncho de paño escarlata, con un agujero en el medio para sacar la cabeza, que flota a merced del viento y tiene una

longitud de dos metros. Un manojo de plumas de búho, y algunas veces de grulla coronada, adorna la piel de un mono o la de un gato salvaje, que le cubre la cabeza y le cae sobre los hombros, después de rodear la garganta. La cola de un animal cualquiera, sujeta a su persona de manera que parezca que es natural, una vara de hierro terminada en un gancho y decorada con una hilera de perlas, y una porción de saquitos que guardan tabaco, medicinas y amuletos, constituyen las insignias de su cargo. La caravana, finalmente completa y formada en columna, serpentea como una boa monstruosa por el flanco de las montañas, el fondo de los valles y la extensión de las llanuras.

La retaguardia es dirigida por uno de los jefes o por muchos de ellos, que generalmente cierran la marcha, a fin de velar por los rezagados y de prevenir la deserción.

Todo el mundo va mal vestido, pues el que pierde el tiempo en hacerse la *toilette* se convierte en objeto de burla general. Si llega a llover, cada cual se quita la piel de cabra que le sirve de manto, la dobla cuidadosamente y la coloca entre la carga y su espalda. Cuando se ha distribuido el grano, el porteador hace con su ración un paquete, se lo ata a la cintura, y sobre esta especie de almohadilla fija el taburete que debe evitarle la incomodidad de sentarse en el suelo.

Una vez en marcha, la fanfarria es la distracción habitual: parece que las voces humanas tratan de rivalizar con los tambores y los cuernos, y todos se ponen a silbar, a cantar, a gritar, a imitar los chillidos de los pájaros y de las bestias feroces, y a decir cosas que sólo se oyen en viaje.

En caso de encuentro de dos caravanas, la que tiene por jefe a un árabe exige que se le ceda el paso. Si las dos están compuestas de indígenas, nadie quiere ceder, de lo que resulta una querella. Pero las armas que unos y otros esgrimen no tienen en este caso el efecto mortal que podrían tener: el arco y la lanza, en semejante ocasión, actúan sólo como el látigo y el palo.

Estos combates no producen odio alguno entre los dos partidos, a no ser que corra la sangre.

Cuando las caravanas son amigas, los dos guías avanzan con paso lateral, con las piernas rígidas y la cabeza echada hacia atrás, deteniéndose a cada zancada y dirigiéndose miradas oblicuas, y así continúan hasta que no hay entre ellos más que una corta distancia. Entonces cambian de pronto, se precipitan uno contra otro y chocan sus frentes como dos bueyes que se atacan: todos siguen su ejemplo, y la confusión se hace general. Se creería asistir a una batalla furiosa, pero el combate concluye en medio de aclamaciones y risas, siempre que no se hayan dado golpes malintencionados. La más débil de las dos caravanas cede el paso a la otra y reconoce su inferioridad pagando un pequeño tributo a la más fuerte.

Es raro que la caravana se detenga antes del término fijado para la jornada. Al



igual que los indígenas del Indostán, el cargador prefiere franquear los obstáculos al final y no al principio de la marcha, y hace un esfuerzo supremo para atravesar el río o subir la montaña, evitando así encontrárselos al inicio de la jornada siguiente.

Por regla general, los habitantes prefieren las caravanas que, viniendo de la costa, traen al país los artículos de los que carecen, a las que van de regreso llevando los productos de la comarca. En ambos casos, sin embargo, el sentimiento que experimentan, sea despecho o codicia, aumenta su natural propensión al robo, de forma que, por seguridad, los comerciantes prefieren el kraal a la aldea. Sin embargo, a pesar de su mala disposición, la aldea ofrece una morada más sana, proporciona más recursos, y el aprovisionamiento es en ella más rápido y más fácil.

La forma y los materiales del kraal varían según los lugares, en el este, donde los árboles son escasos, construyen sus cabañas de cañas ligadas con fibras de corteza y cubiertas de hierba, y las disponen en círculo. El conjunto está defendido por un cercado de espinos que, a pesar de su poca fortaleza, es inexpugnable para hombres que llevan las piernas y pies desnudos y el cuerpo apenas protegido por una pequeña túnica flotante.

Cuando es necesario construir el kraal, no se distribuyen los víveres hasta que se ha terminado la obra, pues éste es el único medio de asegurar su ejecución: la negligencia o debilidad del jefe en este punto podría ocasionarle pérdidas considerables. Inútil es decir que de todas las circunstancias que hay que considerar en la elección de un sitio para campamento, la proximidad de un río o de un manantial que proporcione agua potable en cantidad suficiente es, en esta región, lo que más preocupa al viajero.

Terminado el trabajo se colocan todos en torno a una artesa para saborear una pasta espesa que se pega a los dientes, hecha con sorgo molido, o bien para comer ratones cogidos en sus madrigueras, raíces tostadas o hierbas cocidas, hasta que sus vientres se inflan como vejigas de grasa.

Llega la noche y se amarran las vacas, se inmovilizan los asnos, que nuestros inconscientes etíopes dejan escapar todos los días, y se cuentan los fardos, operación siempre difícil con individuos que no quieren tomarse el menor trabajo.

Terminada esta tarea, si los víveres son abundantes y la luna esparce su dulce claridad, el tambor suena con furia, las manos golpean con fuerza, y el monótono canto que la multitud entona a coro invita a la danza a toda la juventud de las cercanías. Este ejercicio no deja de ser agotador, pero los africanos de estas comarcas, que tanto se cansan con el trabajo, nunca sienten la fatiga ni se hartan de bailar.

Se saludan entonces con una gravedad suprema, pues en ninguna otra ocasión están estos indígenas tan serios ni tan absortos con la tarea que se proponen. Se forma un círculo, y en medio del círculo permanece un hombre de pie, cantando en solitario mientras los demás le corean a media voz. Balancean el cuerpo con lentitud,

levantando los pies alternativamente, como los de un obrero que maneja una grúa, y en el último tiempo del periodo musical todos los bailarines hieren el suelo con sus pies, siendo tan elevado entre ellos el sentido del ritmo que los doscientos talones no hacen oír más que un solo golpe.

Poco a poco la voz se eleva, el círculo se anima, los brazos se agitan, los cuerpos se agachan y vuelven a alzar después de tocar el suelo. El grupo se condensa, el canto se engrandece, el movimiento se acelera y los bailarines se lanzan a una especie de galope infernal con gestos que no tienen nada de humano. Las mujeres se reúnen aparte, prefiriendo bailar solas a mezclarse con los hombres.

Cuando no se baila, si no hay forma de comer, beber o fumar, los cargadores charlan alrededor del fuego o cantan alguna monótona poesía de su gusto.

Poco a poco la caravana se entrega al sueño y la escena se hace imponente, sobre todo en las noches que acampamos en los bosques.

La llama que brota por intervalos del fuego medio apagado alumbra grupos de troncos nudosos coronados por espesas frondas. Un cielo azul oscuro sembrado de oro forma por encima de nuestras cabezas una bóveda sombría y profunda, limitada por la noche. Al oeste brilla la luna con su clara luz. Todo está tranquilo y revestido de esa sublimidad que la naturaleza imprime a sus obras. A semejantes noches ha robado el imperio turco la media luna y la estrella de sus armas.

Estuvimos detenidos en Cazé desde el 8 de noviembre hasta el 14 del mes siguiente, lo que fue una larga y dura prueba para mi paciencia.

Es antigua costumbre que las caravanas con destino al Ujidji hagan en el Ñañembé un descanso de un mes o seis semanas a fin de reposar de sus fatigas. Los árabes, por otra parte, desean ver cómo los viajeros aprovechan sus hospitalarios ofrecimientos para disfrutar a su vez los placeres de una sociedad civilizada. Hay que tener en cuenta que en esta parte de África una visita de seis semanas equivale a una de tres días en Europa.

Viendo lo mucho que me estaba costando la formación de mi nueva caravana, el excelente Ben-Emir redobló su atención hacia mí.

Había entonces en Cazé gran escasez de bananas y frutos de tamarindo, y nuestro huésped mandó hacer una batida por las cercanías a fin de proporcionarnos este recurso, después de completar nuestra provisión de cerveza y de vino de bananero, que hizo fabricar para nosotros. Amonestó a nuestros beluchistanos, les recomendó que se mostrasen más cuidadosos y más económicos, y dirigió los mismos consejos a nuestros esclavos.

Gracias a su concurso pude adquirir los principios generales del idioma de la Tierra de la Luna, trazar los límites meridionales de la provincia e indicar el conjunto del *uyan* o lago de Kerehué tan exactamente como pudo hacerlo el capitán Speke después de haberlo visitado. Las cartas y mapas enviados desde Cazé a la Sociedad

Geográfica de Londres establecen el hecho de una manera positiva.

Al fin tuve que convencerme de que no había medio de completar allí la cifra de nuestros cargadores: nuestra escolta, indecisa, tenía, por otra parte, necesidad de que se la arrastrase, y me decidí a partir sin aguardarla, esperando que la costumbre y las dificultades de sustento que experimentaría a causa de su abandono, la determinaría a seguirme.

## CAPÍTULO IX

SALIMOS DE CAZÉ.—DELICIAS DE LA PUESTA DE SOL.—MAL ESTADO DE MI SALUD.—LLEGAN LOS GÉNEROS.—LOS ÁRABES DE KIRIRA.—EL MSENÉ, SUS RECURSOS Y SUS HABITANTES.—DESPIDO A LOS HOMBRES DE KIDOGO —EL SAGOZI Y SU NOBLEZA.—PASO DEL MALAGARAZI.—FERTILIDAD DE LA TIERRA DE LA LUNA. RECUERDOS TRADICIONALES.—ANARQUÍA.—EL GRAN LAGO.

Después de muchos titubeos, el capitán Speke me precedió el 5 de diciembre, y estableció el campamento en Zimbili, colina alargada que se prolonga de norte a sur, a dos horas de marcha del emplazamiento de los árabes. Yo seguí al capitán al cabo de tres días.

Mi estado, a decir verdad, no podía ser peor. Estaba más muerto que vivo y sólo con gran trabajo podía soportar el movimiento que imprimían los portadores a mi hamaca. Los beluchistanos fueron los primeros en levantar el campamento, seguidos por algunos hombres de Kidogo. Más tarde llegaron los conductores de los asnos, y finalmente seis nuevos cargadores nos ofrecieron sus servicios.

Había recobrado un poco las fuerzas y me disponía a dejar Zimbili cuando vinieron a decirme que la caravana que esperábamos hacía siete meses que estaba en Rubuga, detenida por la deserción de una parte de sus miembros. Esto supuso un nuevo retraso, aunque esta vez necesario. Speke tomó otra vez el camino de Cazé, a fin de recoger nuestras mercancías, y acordamos que yo iría a la estación siguiente para buscar portadores.

El 15 de diciembre, a las diez, me coloqué en la litera, llevada por seis esclavos que Snay-ben-Emir me había alquilado al precio de seis libras de cuentas blancas por cabeza, para ir hasta Msené.

Después de la larga detención que acababa de sufrir, no pude menos que extasiarme al ver la llanura extendida ante mis ojos, guarnecida a derecha e izquierda por colinas cubiertas de bosques que ondulaban hasta perderse de vista. Dos horas de marcha me condujeron a Yombo, pequeña aldea recientemente establecida, donde tuve que detenerme dos días.

La puesta del sol es en la Tierra de la Luna un espectáculo verdaderamente delicioso. La brisa, llena de frescura, se esparce en ondas embalsamadas como si fuese producida por un inmenso abanico. El cielo transparente es de una pureza perfecta, los vapores densos, inmóviles en la región superior de la atmósfera, se revisten de púrpura y oro, y la tinta rosada del sol poniente es reflejada por todos los

accidentes del paisaje. Se experimenta entonces la dulce alegría de vivir: los pajarillos ahuecan sus plumas y cantan el himno del crepúsculo, los antílopes vuelven a su refugio de los bosques, el ganado retoza alegremente, y los hombres se entregan al placer. Todas las mujeres, desde la vieja decrepita hasta la muchacha de doce años, se sientan en pequeños taburetes o en pedazos de madera formando un círculo, y fuman sus grandes pipas de tierra negra.

Fuman con una satisfacción íntima, aspirando lentamente el humo condensado, que después exhalan en ligeros torbellinos que escapan de sus narices. De vez en cuando se refrescan la boca con ramas de mandioca o con una espiga de maíz verde, cocido a la ceniza. A continuación, algún asunto de índole local, hace que aparten sus pipas y comiencen una animada charla con la que rompen repentinamente al silencio.

Después de haber contratado veinte porteadores, cinco de los cuales se fugaron apresuradamente, y de pasar revista a los beluchistanos reunidos, que eran casi todos, salí de Yombo el 18 de diciembre.

El 22 se me unió el capitán Speke, seguido de tres cargas de quincalla, cuatro de tela y siete de hilo de cobre. La tela era de la última calidad, la rocalla una porcelana del precio más bajo, y unos granos negros sin valor alguno, que tiramos, puesto que de nada nos servían. En cuanto a los medicamentos que con tanta insistencia había pedido, nadie se había acordado de ellos.

El 24 de diciembre desertó el último de los seis esclavos que estaban encargados de transportar mi hamaca.

Creyendo sin duda que me quedaba poco tiempo de vida, Ben-Selim, los beluchistanos y su djemadar habían pasado cerca de mí sin volver la cabeza: abrasaba el sol y se apresuraron a ponerse a la sombra, dejándome con mis dos porteadores junto a un matorral, donde dos días después fue asesinado un mercader árabe llamado Selim-ben-Masud.

El día de Navidad pude, pese a todo, volver a montar en mi asno, y atravesando la parte occidental del Oliyankuru, recibí hospitalidad en casa de Selim-ben-Seid, rico propietario, apodado El León, debido seguramente a su talla hercúlea. Este digno y generoso árabe hizo grandes esfuerzos por tratarme de la mejor manera posible: me cedió la habitación más fresca de su casa, me hizo poner un diván nuevo, me procuró carne, leche y miel y me dedicó sus veladas.

El 26 de diciembre, después de una marcha insignificante, llegué a Mazengé y al día siguiente alcancé el pequeño pueblo de Kirira, donde no esperaba en absoluto que me recibiesen dos árabes, a quienes ya conocía de nombre: Masud y Hamed-ben-Ibrahim.

Masud, anciano de la tribu de los Beni-bu-Alí, conocía personalmente las hazañas de Sir Lionel Smith. Me introdujo en el pueblo, cuyo recinto estaba cerrado por un seto de grandes euforbios, y me hizo sentar sobre el diván del espacioso y fresco

vestíbulo de su tembé.

Los árabes hacen grandes elogios del clima de Kirira, que califican de muy sano, y, ciertamente, después de haber pasado una noche deliciosa en el tembé de Masud, no tuve sino motivos para constatar sus virtudes. Me levanté al día siguiente maravillosamente dispuesto, y mi goano, que el día anterior tenía fiebre, se sintió completamente curado.

Hicimos tres cortas jornadas, sin el menor accidente, atravesando una llanura cortada por terrenos cultivados. De repente, al aclararse la espesura, la mirada descubre al oeste una pradera de admirable fertilidad: es el distrito de Mséné, a donde llegamos el 30 de diciembre.

La caravana se detuvo para formarse en columna, según la costumbre. Luego volvió a ponerse en marcha con gran pompa, y avanzamos en medio de un ruido espantoso.

Mséné, principal comarca de la región occidental de la Tierra de la Luna, es la residencia de los árabes y de las gentes de la costa que, por antipatía hacia sus hermanos de Omán, han desertado del Ñañembé. Este distrito tenía por jefe en 1858 al sultán Mazanza. Este, así como su hermano Funza, hospitalarios por naturaleza, acogen bien a los viajeros, sobre todo a los árabes, cuyos mosquetes, algunos años antes, habían rechazado a los bandidos de las cercanías. El poder de este jefe era considerable, y las cabezas de numerosos criminales, que decoraban la entrada de muchas de sus aldeas, eran prueba de que sabía gobernar con firmeza.

Mséné no es una villa: es el conjunto de cierto número de asentamientos esparcidos, que no tienen en común entre sí más que la vecindad, y entre los cuales no se encuentra nada que pueda parecer una calle. El viajero puede renovar allí su cargamento de telas, de cuentas de vidrio y de hilos metálicos, a un precio un poco mayor que el que se paga en Ñañembé.

Como era de esperar, después de conocer la composición de la población, Mséné es un lugar donde la orgía es permanente.

Todos los días se emborracha todo el mundo, desde el sultán y su consejo hasta el último esclavo, con lo que el relajamiento de sus costumbres es superior a cuanto se puede imaginar.

Finalmente decidí, aunque no sin pena, partir de esta ciudad africana el 10 de enero. Todos mis hombres se asustaban ante la perspectiva del viaje, y la línea azulada de las montañas, que se alzaba hacia el norte, nos recordaba constantemente a los bandidos, pues sabían demasiado bien que, en los lugares en que las tribus son hostiles entre sí, están unidas sin embargo por la hostilidad hacia el extranjero.

Los hombres de Kidogo no se nos habían unido aún, y ya era el 13 de enero cuando los vi aparecer. Se habían ido haciendo cada vez más insoportables, y por más que fuese importante para mí la pérdida de una docena de mosquetes, juzgué

necesario desembarazarme de ellos. El kirangori y Bombay habían vuelto al servicio, y la expedición se puso en marcha el 16. Dos días después estábamos en Kajjanjieri, que no es más que un cúmulo de cabañas de forma circular, y cuyo clima es el espanto de los viajeros. Creí morir allí. Estaba a dos meses de marcha del auxilio de la medicina, y aún tenía en perspectiva la parte principal de nuestra exploración. A pesar de todo logré consolarme. Como dicen los árabes, la esperanza es mujer y la desesperación es hombre.

Ben-Selim, a quien envié a buscar, declaró con un *¡la haul!* sumamente expresivo, que el mal era superior a su competencia. Era una especie de parálisis debida a mis dolencias, y que resulta familiar a todos los que han vivido en la India. Pude, no obstante, y según la predicción hecha por el factor de la caravana, moverme al décimo día, y aproveché esta circunstancia para volver a montar en el asno.

Fue necesario permanecer en Kajjanjieri hasta que se encontraran los hombres necesarios para llevar mi hamaca, una carga bastante penosa por cierto. Se pudo, sin embargo, persuadir a cuatro individuos, en un principio poco dispuestos a hacerlo, para que me transportasen a la estación siguiente, es decir, a Sagozi, donde entramos el 21 de enero. Una vez llegados allí, se les propuso ir hasta el lago, lo que aceptaron al verse reforzados con otros dos porteadores, y al recibir cada uno doce metros de percal. Al cabo de ocho días desertaron todos, antes de haber llegado siquiera a la mitad del camino.

El Sagozi, en otro tiempo provincia principal de la Tierra de la Luna, es todavía una de las divisiones más importantes y civilizadas de esta región. Sus habitantes, la noble tribu de los Calaganzas, son gentes de hermosa raza, que tienen sobre sus vecinos una notoria superioridad. Su traje se compone generalmente de una túnica corta de corteza teñida de negro. En la época de nuestro paso tenían por sultán a Ryombo, viejo africano dotado de una cortesía enteramente europea.

El 31, después de haber pasado la noche en Rucunda, descubrimos la llanura del Malagarazi y nos detuvimos más allá de la aldea de Vuañika, empleando un día entero en regatear el tributo con los enviados de Mzogera. Este hombre importante, jefe principal del Viuza, es, por otra parte, dueño y señor del río, y, como puede impedir el paso a los viajeros, medio que emplea con frecuencia en apoyo de sus pretensiones, todos los esfuerzos de aquéllos se dirigen normalmente a ablandarle.

Al día siguiente se nos permitió acampar en una aldeucha llamada Ugago, como el territorio que la rodea. Encontramos en ella víveres en abundancia, y abordamos allí la cuestión del pasaje.

El sultán Mzogera nos concedió, gracias a nuestros regalos, el derecho de atravesar el río, y a su vez el mutuaré, señor del vado, exigió el alquiler de sus canoas, todo lo cual me salió muy caro.

Finalmente, el 4 de febrero estuvimos todos en la orilla derecha del río, en el

distrito de Mpeté.

Espero que se me permita ahora una observación. ¿No es muy curioso que los griegos hayan colocado sus Montañas de la Luna, y los hindúes su *Soma Giré*, nombre que es probablemente una versión del otro, precisamente en las cercanías de la Tierra de la Luna de los africanos actuales?

Esta comarca conserva los vestigios de una antigua tradición, como si en otro tiempo hubiera formado parte de un vasto imperio bajo la autoridad de un solo jefe. Según lo relatado por los ancianos, el patriarca fue el padre de la tribu, que se convirtió después de la muerte en el primer árbol del país, dando su sombra a sus hijos y a sus descendientes, de los cuales el último murió, según se cree, en los últimos años del siglo XVII.

Estas leyendas, conservadas por la tradición indígena, respecto al pasado de la Tierra de la Luna, están de acuerdo con lo que los portugueses contaban de su extensión y de la civilización de este reino.

La comarca sigue siendo el jardín de esta parte de África. Su apacible belleza hace descansar con agrado a la vista que acaba de soportar el resplandor rutilante del Ugogo y le recuerda el sombrío y monótono verdor de las provincias orientales. Grandes rebaños de bueyes y vacas, de variado pelaje y giba, parecidos a las razas de la India, se mezclan con rebaños considerables de cabras y carneros, dando a la campiña un aspecto de riqueza y de abundancia.

Los habitantes tienen las facciones mucho menos semíticas que las tribus del litoral, y el olor que exhala su piel, sobre todo después de un violento ejercicio, establece entre ellos y el negro un parentesco muy próximo. Son altos y bien formados: sus miembros anuncian vigor y no se ven entre ellos más gentes delgadas que los adolescentes, los hambrientos y los enfermos. Finalmente tienen fama de valientes, y se dice de ellos que alcanzan una edad muy avanzada.

La marca nacional es una doble fila de cicatrices lineales que se practican unos a otros con ayuda de un cuchillo o de una navaja, y que van desde el extremo de las cejas hasta el centro de las mejillas, descendiendo en ocasiones hasta la mandíbula inferior. Algunos llevan una tercera línea que parte de lo alto de la frente y se detiene en el nacimiento de la nariz.

Lo que caracteriza a las aldeas de la Tierra de la Luna son dos *ivuanzas*, construidas por lo general en los dos extremos del pueblo. Una pertenece a las mujeres, y nadie puede entrar en ella, la otra es de los hombres, y allí son admitidos los viajeros.

La separación de los dos sexos es completa en esta región: nunca comen juntos, y un niño sería desollado si se atreviera a sentarse a la mesa de su madre.

En la actualidad, la Tierra de la Luna está repartida entre una multitud de jefes ínfimos, que llevan el título de *mtémé* o el de *muamé*. Su poder es hereditario, tienen



derecho de vida y muerte sobre sus súbditos, y raramente les aplican otra pena que la capital.

Aparte de los productos de su dominio privado, los jefes sacan sus recursos de los presentes que les hacen los viajeros, de la confiscación de bienes en casos de felonía o magia, y finalmente de los derechos de aduana y de la venta de esclavos. También les pertenece todo el marfil que se recoge en las cacerías y los efectos de los esclavos fallecidos.

Los jefes más poderosos de toda la provincia son los de Mséné, de Kirira y del Ñañembé. Los detalles que antes dimos respecto al último de estos tiranos, llamado Kundikira, pueden dar a nuestros lectores una idea exacta del gobierno de los demás.

El 4 de febrero entramos en el distrito de Mpété, en la orilla derecha del Malagarazi, región malsana donde los mosquitos nos devoran en pleno día. El día 8 pasamos un afluente del río, el Rusugi, y después, uno detrás del otro, el Ruñon y el Urungué. Finalmente, el 13, la espesa selva de alta vegetación en que estábamos hundidos se transformó poco a poco en una foresta sumamente bella. Al cabo de una hora, al entrar en una pequeña llanura, el guía que nos acompañaba echó a correr cambiando de dirección. Le seguí, comprendiendo que habría tomado aquella decisión por algún motivo.

Escalamos con gran trabajo una montaña escarpada cubierta de árboles espinosos, y llegados a la cima nos detuvimos durante algunos instantes. El asno que yo montaba se negaba a avanzar y el de mi compañero había muerto en la subida.

—¿Qué es aquella línea brillante? —pregunté a Bombay.

—Juraría que es agua —me respondió.

La disposición especial de los árboles y la circunstancia de que el sol no alumbraba más que una pequeña parte del lago reducían de tal manera su extensión que no pude menos de reprocharme haber arriesgado mi vida y sacrificado mi salud por algo tan pequeño. Maldiciendo, pues, la exageración árabe, que había dado pie a mi locura, y maldiciendo también mi estúpida credulidad, me propuse volver inmediatamente sobre nuestros pasos para ir a explorar el lago Nyanza.

La esperanza, sin embargo, me hizo avanzar. La escena se desarrolló entonces ante mis ojos, y caí en una especie de éxtasis que sólo pueden comprender los que se han visto en un caso semejante.

Nada más encantador que este primer aspecto del lago Tanganica, apaciblemente recostado en el seno de las montañas, calentando sus aguas bajo el influjo de los ardientes rayos del sol de los trópicos. Veíamos a nuestros pies desfiladeros y barrancos de aspecto salvaje, por los cuales trepaba trabajosamente el sendero, y en lo profundo de estos precipicios, una estrecha franja de color verde esmeralda, que no se marchita jamás, y luego una cinta de arena blanca con reflejos dorados, orlada de cañaverales y desgarrada por las olas.

Más allá de esta línea de verdor, el lago extiende sus aguas azuladas por una superficie mayor de cincuenta kilómetros e inferior a sesenta, que el ligero viento del este llena de blancos copos de espuma. Una elevada muralla del color gris del hierro destaca en la línea del horizonte su descarnada silueta sobre un cielo profundo, cruzado por livianos vapores, y deja ver entre sus desgarramientos, colinas marcadas por un tono más oscuro y de cima redondeada, que parecen sumergir sus vertientes en las aguas del lago.

Fue aquello un verdadero delirio para el alma y un vértigo para los ojos. Lo olvidé todo, absolutamente todo, peligros, fatigas, enfermedades e incertidumbres del regreso. Confieso sinceramente que hubiera aceptado el doble de los males que hasta allí habíamos tenido que sufrir. Y, en cuanto a mis compañeros, debo decir que todos compartían conmigo el mismo sentimiento.

## CAPÍTULO X

EL LAGO TANGANICA.—KEHUILI.—EL COMERCIO DE ESCLAVOS EN LAS ORILLAS DEL LAGO.—  
EL JEFE CANNENA.—EXPEDICIÓN DEL CAPITÁN SPEKE.

Al día siguiente nos embarcamos en Keranga y viajamos a vela en dirección a Kehuili. El paisaje que contemplábamos tenía una belleza superior a toda exageración. Las variadas y pintorescas formas de las montañas ofrecían un matiz ligeramente purpúreo, semejante a la luz de la aurora, y el agua tenía una transparencia cristalina que nos permitía ver los guijarros del fondo, que centelleaban reflejando los rayos del sol. Sin embargo, estas bellezas llamaban poco mi atención, pues estaba ansioso y expectante al ver que nos íbamos acercando al punto de nuestro destino, y sin embargo no descubríamos el más pequeño indicio de la proximidad de un centro populoso.

Después de lo que habíamos oído decir a los árabes, esperaba encontrar un puerto y un mercado más importante que los de la propia Zanzíbar, y por otra parte, debido a la carta de los misioneros de Mombas, tenía ideas bastante equivocadas acerca de la *ciudad de Ujidji*. Poco a poco los hipopótamos se mostraron más tímidos y las piraguas más numerosas. Eran monóxilos de pescadores y canoas de transporte, y veíamos algunas cruzando el lago, otras en la orilla, y a las demás agrupadas sobre los bancos de arena amarillenta, salpicando las avenidas de la costa.

Se nos empujó a una especie de portillo, abierto en medio de una espesura de plantas acuáticas, a partir del cual el agua decrecía rápidamente hasta que finalmente la barca se detuvo sobre un fondo de piedras chatas, con el que chocó bruscamente. Éste era el desembarcadero, el muelle del gran Ujidji.

Algunas chozas en forma de colmena y del modelo más primitivo y humilde, esparcidas sobre la orilla, pretenden representar la ciudad. A cien pasos de ella fuimos recibidos en medio de un ruido espantoso de voces, cuernos y tambores, que escapa a cualquier descripción. Seguidos de una multitud de piel negra, en cuyos ojos saltones y extremadamente abiertos se pintaba una indescriptible sorpresa, pasamos al lado de un pretendido bazar, cuyo sólo título recuerda a la civilización árabe, y fui conducido a una casa medio en ruinas que su propietario, Hamed-ben-Selim, había abandonado a los esclavos y a los insectos.

Sería muy difícil determinar la altura media de este valle de Malagarazi, cuya elevación varía continuamente, y todo lo que puedo decir es que la mayor de las altitudes medias es, en mi opinión, de quinientos sesenta y cuatro metros sobre el

nivel del mar.

En cuanto a Kehuili, era en 1858 la capital de Ujidji. Los árabes tardan por regla general seis meses en llegar allí desde la costa, pero nosotros habíamos empleado siete y medio.

Ya hacía seis años que los comerciantes estaban establecidos en la Tierra de la Luna cuando resolvieron llegar con sus expediciones mercantiles hasta este país. Su situación les pareció favorable para el establecimiento de un depósito de comercio, pero el clima era insalubre, las poblaciones se mostraban hostiles y el cabotaje del lago hacía demasiado frecuentes los desastres. Tanto era así, que Kehuili, la población principal de Ujidji, no pudo adquirir jamás la importancia de Cazé ni aún la de Mséné.

Su mercado, sin embargo, está bien provisto, y exceptuando la estación de las grandes lluvias, siempre se puede coger pescado y venderlo inmediatamente. La miel abunda después de la estación lluviosa, y cuando se está en buenas relaciones con el jefe, se puede comprar todos los días leche y manteca. De las cercanías traen cabras de muy bella especie y carneros de cola larga, al mismo tiempo que huevos y volatería, a la que nunca acceden los indígenas.

El valor creciente de los esclavos y del marfil ha obligado a los árabes a llevar sus exploraciones más allá del Tanganica. El país de Ujidji sigue siendo, sin embargo, el gran mercado del comercio de esclavos en esta parte de África; pero los indígenas, queriendo ganarlo todo, no tardarán en arruinar este comercio, vendiendo a precios muy bajos con la esperanza de recuperarse al facilitar la deserción de los vendidos. Si esto continúa así, los árabes llevarán el teatro de sus operaciones mercantiles a otra comarca cuyos habitantes sean más sensatos o menos hábiles.

Aquí, como en otras partes, los dos sexos expresan alegría y orgullo impregnándose completamente de aceite. Es raro que se dejen crecer la cabellera, y a veces llevan el cráneo completamente rasurado. Pero la última elegancia, feliz término medio entre los dos extremos, es cortarse el pelo a capricho, formando una media luna o una garzota, una cimera o la cresta de un gallo, que se levantan a derecha e izquierda o sobre la frente, en un cráneo cuidadosamente afeitado. La blusa de corteza, llamada *mbugu*, es de un uso más general que en otras partes. Se confecciona con la corteza macerada de diferentes árboles, sobre todo con la del *mrimba* y la del saguitero *sophia*, y reemplaza a la tela entre los habitantes de Rundí, de Caragüé y de las comarcas vecinas a los lagos. Por más que sea sólida y que dure mucho tiempo, esta túnica no se lava jamás. Después de algunos meses de uso, cuando está demasiado sucia, se quita el exceso de suciedad con un poco de manteca derretida.

Aparte de los cinturones, los brazaletes de latón, las espirales de alambre que cubren los brazos y las piernas, las cuentas de porcelana blanca y azul, las gruesas

perlas de Nüremberg, y de los anillos de metal y de marfil, los habitantes de Ujidji llevan rosarios de pequeñas conchas rosadas.

Otra particularidad de su traje son unas pequeñas pinzas de hierro o de madera que llevan colgadas del cuello y cuyo uso es muy original, como se verá a continuación. Cada indígena está provisto de una calabacita hueca cortada por la mitad, o de un pucherito de tierra negra, casi lleno de tabaco. En el momento de usarlo, el aficionado pone un poco de agua en su pucherillo, exprime el tabaco mojado, vierte luego el líquido resultante en la palma de la mano, lo sorbe por las narices, e inmediatamente cierra ésta con las pinzas. Sin este curioso instrumento, se vería obligado a hacer uso de sus dedos para retener el precioso líquido.

El país de Ujidji estaba gobernado en 1858 por Rusimba, que tenía bajo sus órdenes muchos *mutuarés*, sus vasallos, situados cada uno en un emplazamiento, tal como Cannena en Kehuili. Estos jefes, además de los presentes de llegada o *mgubico* que dan a las caravanas, están obligados a proporcionarles a su partida seis sacos de grano, un regalo llamado de «los buenos auspicios», o *rangozi*.

En cuanto me instalé en la casa de Hamed, mi primera ocupación fue purificar la atmósfera que reinaba en el interior, quemando pólvora y asafétida. Enseguida me dediqué a hacer las reparaciones indispensables, ya que la casa se encontraba en un estado deplorable; pero las obras no marchaban con la prontitud que yo deseaba. Los hijos de Ben-Selim eran demasiado perezosos para ayudarme, y nuestros cargadores, habiendo empleado todo su salario en esclavos, aprovecharon la primera ocasión para darse a la fuga. Sin embargo, con la ayuda de un obrero de la costa, reparé la techumbre, que estaba invadida por la hierba, construí dos bancos de madera que me sirvieron de lecho y de mesa, y fabriqué unas banquetas de arcilla que repartí por la estancia. Debo decir que este último mueble fue usado únicamente por enormes hormigas, que acudían a cada momento en legiones numerosas. El techo, a pesar de la capa suplementaria con la que lo habíamos recubierto, dejaba pasar el agua tan fácilmente como si fuese un cedazo. Pedazos de barro seco se desprendían de las paredes resquebrajadas, y un día la mitad del edificio se vino abajo bajo el impulso de un fuerte viento. A causa de este desastre perdimos nuestros libros, quedando nuestros manuscritos ilegibles, y perdiéndose enteramente las colecciones de plantas que habíamos logrado reunir.

Al día siguiente de mi llegada recibí la vista de Cannena, de quien me habían dado las peores referencias. Su predecesor, Cabeza, muy querido por los árabes, había muerto dos meses antes dejando un niño de dos años que, dada la situación, precisaba un tutelaje que Cannena, un simple esclavo, logró adjudicarse al saber captar las simpatías de la viuda del difunto, haciéndose con el poder mientras duró la minoría de edad del noble niño.

Este bribón se presentó ante mí vestido de paño fino y cubierto con un turbante de

seda que le había prestado uno de nuestros beluchistanos, creyendo tal vez que iba a impresionarme con su traje, y muy al contrario debo confesar que nunca he visto personaje más innoble. Demostró una especial diplomacia y me presentó, como delegados del gran Rusimba, a dos caballeros vestidos con túnicas de corteza, sucias hasta donde es posible imaginarlas, cada uno de los cuales llevaba un conjunto de armas en miniatura: eran los encargados de recoger el tributo. Luego, Cannena habló de comercio, y para empezar los negocios me envió un hermoso colmillo de elefante, de más de sesenta libras, que equivalía a dos cargas de porcelana azul, valor en uso para el cambio de marfil. Al día siguiente le volví a enviar su colmillo, haciéndole saber que había venido a Tanganica para visitar la comarca en calidad de enviado de mi gobierno, y no para traficar. A pesar de todo me equivoqué con tal medida, y recomiendo para el futuro a mis sucesores que en situaciones parecidas se hagan pasar por comerciantes.

Mi extraña respuesta despertó, no solamente la sorpresa de los indígenas, sino también sus sospechas y recelos. «¡Viven sin hacer nada!», gritó aquella raza comercial, y fui conminado a marcharme con mucha más prisa de lo que hubiera deseado.

En compensación por las ganancias que hubieran podido obtener con nosotros, ofrecí pagar lo que las otras caravanas desembolsaban por los derechos de aduana, de parada y de tráfico, y así lo hice. Pero esto no impidió que Cannena y sus gentes me demostraran su mala voluntad con una serie de persecuciones.

Debo consignar aquí que había otro motivo para la cólera de Cannena. En efecto, al día siguiente de la visita que me había hecho con tan brillante aparejo, entró en mi casa bruscamente con la cabeza descubierta, una o dos lanzas en la mano y una pequeña túnica de piel de gato salvaje que apenas le cubría el pecho. Aquel traje desaliñado no me permitió reconocerle, y le puse sencillamente en la puerta: una ofensa que le inspiró desde entonces un odio mortal hacia mí.

Al principio, la humedad penetrante del clima nos puso a prueba de forma singular, y tal vez contribuyó también a la abundancia de víveres, en especial de pescado fresco y legumbres. Pero esta abundancia nos animó a algunos excesos, y casi todos caímos enfermos.

Sin embargo, era indispensable sacudirnos este letargo, ya que hacía falta ir al otro lado del lago para pedir a Ben-Suleyman que nos alquilase su *dau*, la única embarcación de vela que surca estas aguas. Ben-Selim no tuvo valor para ir. El capitán Speke se encargó de esta diligencia, y hechos los preparativos necesarios, partió el 4 de marzo, abundantemente surtido de provisiones y en compañía de dos beluchistanos, de Gaetano y de Bombay. Su ausencia duró veintisiete días, que transcurrieron para mí más rápidamente de lo que hubiera esperado.

Cada atardecer, haciendo un esfuerzo, iba a sentarme ante la puerta para gozar del

delicioso espectáculo de aquella naturaleza virgen y del éxtasis que produce. Era un lugar encantador, uno de esos lugares de reposo en el que las sombras flotan ante los párpados medio cerrados y donde la mirada, alzándose hasta el horizonte, da cuerpo a nuestros sueños. Aquel sitio me recordaba los más bellos paisajes del Mediterráneo: era la misma sonrisa de las olas, el mismo color de líquido transparente en la llanura, la misma claridad tranquila y pura de las primeras horas de la noche, el mismo resplandor del sol poniente, la misma gracia fugitiva del crepúsculo, y cuando la noche cubría la tierra, el mismo torrente luminoso y límpido que la luna esparce sobre las lejanas montañas.

Finalmente, el 29 de marzo el ruido de los mosquetes anunció la vuelta del capitán Speke, sobre quien había descargado el monzón todos sus furores. Nunca he visto a un hombre tan completamente empapado, capaz de cumplir en toda su extensión la expresión francesa «calado hasta los huesos». Su equipaje no se encontraba mejor que él. Sus armas estaban cubiertas de moho, y su polvorera, a prueba de fuego, había dejado filtrar el agua. Su aspecto me desanimó terriblemente, ya que volvía de su expedición sin barco y sin víveres.

El pasaje de sus aventuras que más me afectó fue el que concernía a Hamed-ben-Suleyman, quien, a despecho de una flotilla de treinta o cuarenta piraguas que se oponían a su paso, había penetrado hacia el norte del Tanganica hasta el lugar en que había observado la corriente de un gran río que salía del lago. El árabe apoyaba su noticia en ciertas pruebas cuya escasa validez conozco ahora, pero entonces, con la esperanza de hacer algún descubrimiento importante respecto a las fuentes del Nilo, me decidí a resolver aquel misterio.

Después de algunos preparativos de los que fue encargado Ben-Selim, fui a reunirme con Cannena, que se disponía a navegar hacia el norte. Éste consintió en que viajara a bordo de su piragua, pero cuando le pregunté lo que exigía por conducirme hasta el río, estalló en imprecaciones y se escapó gruñendo como un babuino rabioso. Aquella negativa no me sorprendió, pero, decidido a visitar el origen del afluente del que me hablaban, ofrecí a Cannena una suma tan importante, que éste acabó aceptando todas mis exigencias.

## CAPÍTULO XI

NAVEGACIÓN POR EL LAGO.—LA ISLA DE BUERI.—UN MADENTE GROTESCO. —LOS TRES HIJOS DE MARUTA.—VUELTA A KUEHUILI—LLEGA UNA CARAVANA.—APUNTES HISTÓRICOS.

Nos embarcamos el 10 de abril para la isla desierta de Bangüé, que está situada en frente de Kehuili. Nuestra navegación, pues, comenzó verdaderamente el 12. Mi canoa, llevando por primera vez sobre estas aguas la bandera que desde hace mil años desafía tempestades y combates, salió de la concha de Bangüé, seguida por la del capitán Speke, dobló la punta de la bahía y se dirigió hacia la región desconocida que constituye la parte septentrional del Tanganica.

Nuestra tripulación no remaba con regularidad ni en silencio. Estos hijos de la Onda, como ellos se llaman, acompañan el juego de sus pagayas o remos con un griterío prolongado y melancólico, emitido por solistas, a quienes responde gimiendo la voz del coro. De vez en cuando se elevan los gritos de alegría de los adolescentes, que producen en los adultos una violenta excitación, y el ruido de los cuernos y del tam-tam, que dos marinos hacen retumbar en la proa de cada canoa.

Cuando dos piraguas marchan unidas, se establece entre ellas una verdadera lucha para ver quién marcha a la cabeza. Esto produce choques en ocasiones, y la dificultad para utilizar las pagayas, que chocan unas contra otras, resulta un pretexto para descansar, gritarse e insultarse, actividades sin las cuales en este país dejaría de haber conversación.

A diferentes intervalos, se detienen para comer, beber y fumar, llenando a todas horas su pipa de cáñamo, para ponerse después a remar en medio de los gritos y la tos que produce el consumo de este narcótico. Pero si las paradas son numerosas cuando se trata de las costumbres o caprichos de los remeros, es imposible lograr la más breve pausa cuando somos nosotros quienes hemos de aprovecharla.

En consecuencia, me fue imposible asegurarme de la profundidad del lago, que según los indígenas no puede ser medido sino en las orillas. La tripulación hubiera preferido verme en el fondo del lago antes que detenerse un solo instante para tal operación. Y sin embargo, a veces, en los instantes más preciosos, perdía una hora para apoderarse de un pez muerto que flotaba en el agua. Nunca pasamos por delante de una aldea sin que hubiera una disputa: unos querían asaltarla, y los demás se oponían simplemente por llevar la contraria. La querella seguía su curso, y cuando la canoa llegaba a la orilla, lo que sucedía a menudo, los remeros saltaban a tierra sin consultar más que a sus propios deseos.



De esta forma, los altos no se hacen a horas fijadas ni con un objeto determinado. Después del desembarco, cada cual se marcha por su lado, unos en busca de víveres y leña, y otros para echarse a dormir bajo abrigos improvisados.

Cuando los indígenas se alejan de sus casas, multiplican las paradas, mueven los remos con gran lentitud, y en consecuencia se avanza bastante poco. Cuando regresan, contrariamente, viajan con tan furiosa actividad, que llegan a poner en peligro la vida del viajero.

A pesar de lo insalubre del clima, que pasa continuamente de un frío húmedo a un calor sofocante, las tripulaciones numerosas y bien armadas se detienen en Vuafaña para tomar un alimento copioso cuando se dirigen hacia el norte, y para embarcar provisiones cuando vuelven a sus casas. Por lo demás, a estas brisas perpetuas que se alternan con rayos ardientes debe este distrito su fertilidad.

El carácter poco hospitalario de los indígenas no permite que se comercie con ellos ni que se viaje atravesando el Rundí. Nuestra tripulación se dispuso, por este motivo, a alejarse de su litoral y a atravesar el Tanganica, dividido en esta latitud por la isla de Bueri.

Esta isla, la única que se encuentra en el centro del lago, es una roca de cuarenta kilómetros de longitud por ocho de anchura media, que tan pronto se inclina hacia la superficie del lago como se levanta en abruptos promontorios desgarrados ocasionalmente por gargantas más o menos estrechas. Verde desde la cima a la base, Bueri está cubierta de una vegetación tal vez más rica y abundante que la de las márgenes del lago. Hacia la derecha el suelo aparece cuidadosamente cultivado; pero el viajero no puede llegar más que a los emplazamientos principales, porque las selvas de sus colinas abrigan una población formidable y feroz, y cada matorral, o al menos eso es lo que se cree, oculta a un cazador ávido de carne humana.

El 18 de abril amaneció sombrío y amenazador. Espesas nubes violetas ocultaban el horizonte septentrional del cielo. A pesar de todo, nos embarcamos para dirigirnos a la isla. Apenas los remeros habían tomado posesión de sus barcas, volvieron a la orilla para coger algunas cargas de mandioca, mientras el capitán y yo permanecíamos en las piraguas.

De repente oí un griterío inusitado: vi a nuestros remeros acercarse a toda prisa, y a Khudabach, perseguido por una legión de negros lanza en ristre, trepar por las rocas mientras un salvaje completamente desnudo saltaba tras él a cierta distancia, blandiendo con una mano el sable del beluchistano, cuya vaina llevaba en la otra. Cannena presidía el tumulto con su presencia, y las risas de la multitud demostraron que no había en ella mala intención.

Según parece, un ujidjiano, esclavo de Khudabach, había aprovechado este desembarco imprevisto para fugarse. El propietario había reclamado el desertor a Cannena, a quien acusaba de haber favorecido la huida del esclavo. El jefe quería

someter este asunto a mi decisión, pero el beluchistano, perdiendo la paciencia, había echado mano de su sable, y cuarenta individuos le habían desarmado, zurrado y aporreado, según confesión propia. Cuando pude hacerme entender, llamé a Khudabach, pero en lugar de contestarme, mandó a su colega Djelai en busca de sus armas y pertenencias. Cannena intentó hacerle desistir de su intento, y no pudiendo conseguirlo, dio orden de que se alejaran y arrojó ocho metros de indiana a Khubadach para que éste pudiese volver a su casa sin pasar hambre. Esta conducta liberal me causó bastante admiración, hasta que llegó el momento en que tuve que pagarla.

Nuestros fugitivos llegaron a Kehuili sanos y salvos, y respondieron a las burlas de sus camaradas con el capítulo de injusticias del que pretendían haber sido víctimas.

Finalmente, al día siguiente volvimos a embarcar hacia Bueri, cuya línea verdosa se desplegaba frente a nosotros. El viento agitaba las aguas del lago y las levantaba en estrechas oleadas que nos mojaban hasta los huesos, aunque teníamos el consuelo de que el sol, reflejado en aquellas ondas, nos tostaría luego hasta quemarnos.

A las diez hubo un alto para comer y fumar. A las dos el viento y las olas volvieron a levantarse. Volvimos a bañarnos, y fue necesario achicar la embarcación para que no zozobrase. Finalmente, después de una carrera de nueve horas, nuestras piraguas alcanzaron una playa estrecha y arenosa, que forma la costa oriental de la isla. Los remeros saltaron a tierra inmediatamente para secarse y cocer el pescado muerto que habían recogido en sus redes, lo que para ellos suponía un plato de primera calidad. Terminada la comida nos dirigimos un poco al norte y llegamos a Mzimon, donde encontramos muchas canoas y una multitud de indígenas que acudían para cambiar marfil, esclavos, grano, calzas y legumbres, por sal, collares, telas y alambres.

Debíamos permanecer en Mzimon hasta la mañana siguiente. Cannena me había reclamado ya setenta khetés de porcelana azul por la salvaguardia que me había dado con su presencia, y a las seis de la tarde vino a anunciarme que era necesario partir inmediatamente. Nos precipitamos en las canoas, y después de una carrera de dos horas bajo los rayos de una luna espléndida que iluminaba una escena salvaje como un cuadro de Salvatore Rosa, magistral y apacible como un lienzo de Poussin, doblamos la punta norte de Bueri y fuimos a recalar en la costa occidental de la isla, en una pequeña bahía llamada Mtuwua, donde se levantaron tiendas sobre la playa, y la noche transcurrió tranquilamente.

El 23 dejamos esta bahía iniciando nuestra singladura hacia la costa occidental, hasta Murivumba. Las montañas, los cocodrilos, las enfermedades y la ferocidad de los indígenas inspiran aquí el mismo terror. El suelo pertenece a los bembes, que las noticias de los misioneros de Mombas designan con exactitud con el nombre de

antropófagos. A su apatía deben principalmente esta odiosa costumbre, que les lleva a no cultivar la tierra que habitan, que es la más fértil del mundo, alimentándose con carroñas, gusanos, larvas e insectos, y llevan su pereza hasta el extremo de comer cruda la carne humana, cuando en otras comarcas se toman al menos el trabajo de asarla.

Toda la población de la aldea se reunió para vernos, con los ojos fijos y la boca abierta. Pero al contemplar en todas aquellas figuras la expresión de un hambre crónica se comprendía que aquellos pobres diablos, tímidos y degradados, eran menos peligrosos para los vivos que para los muertos. A fin de imponerles el respeto debido, mi escudero Mabruki tuvo la idea, al caer la noche, de disparar mi carabina en medio de la aldea, acontecimiento que, si bien no produjo ningún herido, dio lugar a que se elevasen de todas partes gritos de espanto e invocaciones al Murunguana.

El 26 de abril, después de haber remado tres horas, llegamos al mediodía a la parte de la costa en que se halla establecido el mercado de Vira. Corrió la multitud para saludar nuestra llegada y se armó una furiosa algarabía de gritos, aullidos y cantos, acompañados por todos los instrumentos de la orquesta indígena. Los patrones de nuestras canoas respondieron a aquel recibimiento con una danza similar a la de los osos, que ejecutaron sobre la playa haciendo piruetas con sus talones, con el aire más grave y solemne del mundo. Mientras tanto, los guerreros, avanzando sus mandíbulas con un gesto que quería ser una sonrisa, frotaban sus pagayas contra los costados de las canoas, un uso que viene probablemente de la costumbre que hay en esta región de saludarse frotándose los costados con los codos.

Inmediatamente después del baile, Cannena fue a hacer una visita a Maruta, el muamí, que posee un emplazamiento en un promontorio vecino.

El 28 de abril vi desvanecerse todas las esperanzas que, a despecho de mi razón, había concebido. Recibí la visita de los tres hijos de Maruta, los hombres más bellos que he visto en las orillas del lago. Su cabeza estaba bien formada, sus facciones eran regulares, su fisonomía agradable, sus ojos soberbios, su cuerpo y sus miembros atléticos y admirablemente proporcionados, y su piel fina y lustrosa. Llevaban mantas flotantes a rayas rojas y amarillas, e iban adornados con una profusión de collares y brazaletes de marfil. El río que debía salir del Tanganica fue inmediatamente objeto de discusión: los tres lo conocían y lo habían visto, por lo que se ofrecieron a conducirme, pero afirmaban, y todos los asistentes confirmaron sus palabras, que el Rusuzi no brotaba del lago, sino que le llevaba sus aguas.

Me sentí desfallecer. Me veía obligado a renunciar al hermoso sueño que había concebido inspirado en el mensaje de Ben-Suley-man. Bombay me aseguró, cuando le interrogué respecto a este punto, que el capitán Speke había comprendido mal al cheik, que éste no había hablado de un río que salía del lago, y añadió por su cuenta que estaba convencido de que el árabe no había pasado nunca de la isla grande.

Sin embargo, no renuncié al proyecto de explorar la parte septentrional del lago. Pero, cuando expresé este deseo, nadie quiso acompañarme. Bekari y Medjid, dos jóvenes que comerciaban en este país por cuenta de Seid-ben-Medjid, respondieron que no emprenderían semejante viaje aunque les diese diez veces más de lo que les había ofrecido, y era una cantidad ya exorbitante. Los hijos de Maruta, que me habían propuesto su escolta, me la negaron cuando se la pedí, y cuando recordé a Cannena sus compromisos y los objetos que había recibido por cumplirlos, empezó a gruñir y acabó por marcharse. Más tarde declaró que él estaba dispuesto a acompañarme, pero que sus remeros se habían negado a ayudarle. Tal vez decía la verdad.

El comercio de Vira es muy importante y la villa muy frecuentada debido a la abundancia y al bajo precio de los víveres. Es el gran depósito de esclavos, de marfil, de granos, de vestidos de corteza y de objetos de hierro de la región septentrional del lago, y en la estación de los viajes es muy raro que pase un día sin que muchos pasajeros vayan allí a buscar mercancías o víveres.

Parecía formarse un huracán al norte, de donde vienen las tempestades, y nuestros tripulantes, que temían al viento y a las olas, insistieron en partir: eran las diez de la mañana del 6 de mayo. Después de haber tocado los lugares que hemos descrito en las páginas anteriores, y de haber visto por segunda vez a los antropófagos de Murivumba, atravesamos sin otra contrariedad que el mal tiempo la rama suplementaria del canal que separa a Bueri de la costa, y a las siete llegamos a Vuafanga, nuestra primera estación en el Rundí.

Ya no nos podía detener ninguna dificultad. Al día siguiente frotamos nuestras pagayas contra los costados de las canoas para celebrar nuestro regreso, llegamos a Ñasanga, y por la noche nos encontramos en Baugüé.

Un legítimo orgullo nos impidió entrar en nuestros hogares, deslizándonos en la sombra: éramos los héroes, los bravos entre los bravos, y no nos hacía falta el triunfo, la mirada de las bellas y las aclamaciones de los valientes.

El 13 de mayo, al amanecer, lanzando gritos, disparando nuestras armas, cantando y tocando los tambores y los cuernos, aparecimos ante la playa que sirve de puerto a Kehuili.

Fue un verdadero triunfo.

Esta expedición náutica había durado más de un mes, del 10 de abril al 13 de mayo, y había supuesto para nosotros una dura prueba. Como se ha visto, no solamente habíamos tenido el agua hasta la cintura, sino que también había sido imposible entenderse en las piraguas, en las cuales apenas podíamos estar de pie, y cuando desembarcábamos, la situación no era mucho mejor que a bordo.

La población, sobre todo en los distritos lejanos, se mostraba aún más alborotadora y descarada que los indígenas del Ugogo. No es posible concebir un embelesamiento semejante. Apenas habíamos desembarcado, los habitantes nos

rodeaban examinándonos sin el menor miramiento. Se ponían de puntillas, se agrupaban, se empujaban, alargaban el cuello a derecha e izquierda para variar de perspectiva, y hacíamos de esta forma el papel que hacen los osos bailarines o los monos sabios entre los habitantes de uno de nuestros pueblos.

En cuanto a los dos goenses, cuyas operaciones culinarias eran consideradas como una especie de milagro, se les dispensaba casi tanto honor como a nosotros mismos.

¡Cosa sorprendente! A despecho de todas estas miserias, nuestra salud mejoraba de un modo asombroso. A partir de aquel paseo por el lago, durante el cual estuvimos noche y día chorreando agua, me sentía en el camino de una curación completa.

Tal vez la moral tuviese en esto alguna influencia: mi misión estaba cumplida, y este pensamiento me libraba de una inquietud devoradora.

Al día siguiente de nuestro regreso, el 14 de mayo, se terminó la recolección de la cosecha. Después de seis meses de tempestades, de lluvia incesante, de nubes y de bruma, tuvimos hermosas y frescas madrugadas, un sol radiante y noches deliciosas. Todo lo que se descubre en esta naturaleza es bello, todo lo que afecta a los sentidos está lleno de dulzura, pero los placeres que prodiga esta tierra son en cierto modo ponzoñosos. Debilitado sin duda por un clima enervante, el espíritu sucumbe bajo estos encantos, y cansado de tanta exuberancia, suspira por la avara pobreza del desierto. Nunca había experimentado esta tristeza en Egipto ni en Arabia, y siempre la he sentido en la India.

Algunos días después de nuestra llegada, el 22 de mayo, un vivo fuego de mosquetería nos anunció la llegada de una caravana, que aparecía providencialmente para salvarnos del apuro en que nos hallábamos, trayéndonos con qué sufragar nuestros gastos hasta la Tierra de la Luna, aunque no alcanzaba para permitirnos explorar la parte meridional del lago, como tenía pensado, y mucho menos para regresar por el país de Kézembe y por Quiloa, que era mi proyecto primitivo.

Aunque está situado casi en el centro del África intertropical, donde hasta el año 1858 no había penetrado ningún europeo, el lago Tanganica no deja por eso de tener una tradición histórica, cuyo origen se remonta a una antigüedad de tres siglos.

Diversas noticias acerca de un mar existente en el interior de África habían llegado a los emplazamientos portugueses de las costas oriental y occidental. Estas noticias provenían en gran parte de los indígenas. Los detalles adquiridos por Barros, e impresos en 1582, proporcionan los recursos que ofrece a la navegación respecto a esta masa de agua y su isla de Bueri, pormenores cuya exactitud contiene errores bastante singulares. Algunos años más tarde, en 1592, Pigaffeta, resumiendo los informes recogidos por los portugueses, afirma que no existe solamente un lago en los confines de Angola y del Monomatapa, sino que hay dos, situados a seiscientos cincuenta kilómetros uno del otro, ambos bajo el mismo meridiano, y no uno a

Oriente y otro a Occidente, como supone Ptolomeo. Y añade que el Nilo tiene su origen en uno de ellos<sup>[19]</sup>.

El Tanganica, situado a los 27 grados de longitud Este, es decir, a la tercera parte de la anchura de África, se encuentra en la mitad de la extensión longitudinal de este continente. Por el conjunto de su formación despierta, al igual que el Mar Muerto, el recuerdo de un hecho ígneo: es un espectáculo volcánico, y no, como el Nyanza, un vasto receptáculo constituido por las vertientes de los terrenos superiores que en él derraman todas sus aguas. El acantilado que rodea este espacio puede tener de seiscientos a novecientos metros de altura sobre la superficie del agua.

La longitud total del lago es de unos cuatrocientos cincuenta kilómetros.

Su anchura, bajo el paralelo de Kehuili, plaza principal de Ujidji, es de cincuenta y cinco a sesenta kilómetros, pero la irregularidad de sus orillas hace muy difícil este cálculo.

Su altitud o elevación, según la ebullición del agua, es de quinientos sesenta y cuatro metros sobre el nivel del mar.

Los afluentes del Tanganica no son tan numerosos ni tan considerables que puedan alterar su profundidad o su forma con los sedimentos, y una franja espesa de juncos y de cañas previene, por otra parte, el desgarramiento de la playa.

## CAPÍTULO XII

NOS MARCHAMOS DE UJIDJI.—VUELTA A CAZÉ.—SPEKE VA A VISITAR EL LAGO DE KEREHUÉ.—  
VUELVE CONVENCIDO DE HABER ENCONTRADO LAS FUENTES DEL NILO.—HISTORIA DE MUSA.  
—PARTIDA DE CAZÉ.

A poco de haber llegado la caravana que me traía lo que necesitaba para el regreso, me dispuse a abandonar el país de Ujidji. Nuestra partida tuvo lugar el 26 de mayo y fue más parecida a una fuga o evasión que a la partida de personas pacíficas. Ben-Selim, que había recibido de Cannena y Lurinda, como consecuencia de los compromisos fraternales que habían adquirido, a un joven y a un muchacho, no pensaba más que en llevárselos. Los beluchistanos, y en especial su djemadar, que habían empleado en esclavos su último pedazo de tela y hasta su último grano de pólvora, temblaban ante el solo pensamiento de la deserción.

En cuanto a los indígenas, se mostraban más molestos y ávidos que nunca, como sucede siempre que se dan cuenta de que la caravana va a partir. Nuestro regreso de Vira se había festejado con una orgía universal, y Cannena, que desde entonces no había dejado de beber, estaba poseído por una violencia indescriptible. Afortunadamente para nosotros, los accesos repetidos de esta larga embriaguez le proporcionaron una magnífica fiebre que puso fin a sus furores.

Siempre me acordaré de la mañana del 26 de mayo, en que vi por última vez levantarse el sol sobre las aguas del Tanganica. El pensamiento de que nunca volvería a admirar aquel magnífico cuadro realzaba para mí su mérito. Masas violetas cubrían el punto del cielo en que debía aparecer el alba, mientras la bruma se teñía de un matiz púrpura. El sol, finalmente, después de una breve lucha, apareció en toda su gloria dispersando con una mirada las tinieblas que se oponían a su luz. Las brumas, desgarradas en largos girones, subían hacia las nubes para dejar que el poderoso astro tomase posesión de la tierra, y la brisa, ese soplo de la mañana, como se dice en Oriente, despierta ondulantes movimientos en el lago, al que devuelve la vida.

De pronto la caravana de Ben-Medjid, con la cual había acordado hacer el camino, dio la señal haciendo retumbar los ecos con su fuego de mosquetería. Inmediatamente desaparecieron mis cargueros. Ben-Selim corrió tras ellos, aunque le fue imposible hacerse entender. Unos partieron con sus fardos, otros con las manos vacías, pero ninguno quiso coger la carga que le estaba encomendada.

Logré que calmara su furia y le mandé reunir a los fugitivos, para ir con ellos hasta la orilla del Rocado desde donde me enviaría con toda la rapidez posible

algunos hombres para llevar mi hamaca y recoger los efectos que había esparcidos sobre la hierba. Enseguida se marchó, encantado ante la perspectiva de evitarse muchas situaciones embarazosas y poder así conducir su media docena de esclavos a lugar seguro.

Durante mucho tiempo esperamos que viniesen a buscar nuestros fardos, pero el día avanzaba y decidí ponerme en camino lo más rápidamente posible. Al caer la noche llegué a las orillas del Rocado, pero no encontré a nuestras gentes en el lugar convenido. Entonces imaginé que habían cruzado a la otra orilla, y di orden de franquear aquella especie de pantano. Los rugidos de los cocodrilos y los hipopótamos, que tienen aquí el furor de los toros españoles, asustaban a mis tres o cuatro hombres, y los que llevaban mi hamaca se revolvían en medio del fango, en el que se hundían a veces hasta la cintura.

Finalmente distinguí un grupo de chozas miserables, y, como la creciente oscuridad hacía peligrosa la marcha, mandé hacer alto. Si hubiéramos continuado, habríamos vagado entre las tinieblas hasta ser engullidos por el pantano. Hicimos nuestros lechos bajo los conos de cañas que construyen los habitantes de este lugar de la tierra, y luego nos entregamos al sueño, bajo un claro de luna resplandeciente y un rocío que empapaba nuestros cobertores, con la esperanza de ser despertados por la voz de nuestros cargueros.

Efectivamente, a las nueve de la mañana siguiente vimos llegar a Ben-Selim y al djemadar, seguidos de una verdadera tropa.

Nuestro árabe empezó a hablar en voz alta, lo que en el Este es considerado como una gran impertinencia, pero la explosión de una voz más alta y más irritada que la suya le redujo muy pronto al silencio. Almorzamos y después de haber alcanzado la caravana y caminado hasta la noche, llegamos al fin de nuestra primera jornada.

Si entro en estos detalles, es únicamente porque caracterizan la manera de viajar que es habitual en esta parte de África.

El regreso del país de Ujidji a Cazé no nos ofreció nada nuevo. En Cazé fuimos calurosamente acogidos por Snay-ben-Emir, que después de habernos ofrecido café, según la costumbre, nos condujo a nuestra antigua morada. Ésta había sido cuidadosamente restaurada y blanqueada: un inmenso plato de metal, que se doblaba bajo el peso de una montaña de arroz, de un pollo con especias, de un pato asado y de una especie de crema con azúcar, le daba a nuestros ojos un encanto especial.

Habíamos franqueado desde Kehuili cerca de cuatrocientos quince kilómetros en veintidós estaciones, que, comprendidos los altos, habían exigido veinticinco días, del 26 de mayo al 20 de junio.

Desde la primera semana cada cual pagó su tributo a las fatigas del camino que acabábamos de hacer. Habíamos atravesado juncas y pantanos en la época en que las aguas que los anegan se evaporan por el efecto de los rayos solares, mientras el



cierzo pasa a través de aquella atmósfera cálida como una corriente de agua fría en medio de un baño de vapor. Mis manos y mis pies se debilitaron de nuevo, se hincharon, y recobré las fuerzas con una lentitud desesperante. El capitán Speke, por su parte, no sólo estaba completamente sordo, sino que se había quedado también casi ciego.

Diversos motivos me detenían en Cazé, pero ante todo quería recabar noticias sobre las interesantes regiones que se extienden a ambos lados del camino que habíamos recorrido. Los árabes me habían hablado de un gran lago situado hacia el norte a quince o dieciséis días de camino. Según su unánime testimonio, este último lago era superior al Tanganica, y quería saber si, en su propensión a la exageración, habían ponderado más de lo conveniente la extensión de aquel lago septentrional.

El capitán, a quien el reposo y la comodidad relativa de nuestra nueva morada finalmente devolvieron las fuerzas, parecía hallarse en condiciones para cumplir esta misión, tanto más cuanto que su presencia en Cazé me era, por otra parte, completamente inútil. Sería menos difícil llevarse bien con dos amigos enemistados que convivir con árabes e ingleses que hayan vivido en la India, dos especies siempre dispuestas a quejarse de tus intenciones, aunque no penséis más que en complacerles, que miran el servilismo hacia ellos como un deber y cuyo mal humor les lleva a tratar como negros a todos los que tienen la piel un poco más oscura que la suya. A esto hay que añadir en los ingleses la completa ignorancia de las maneras y costumbres orientales, así como de todo idioma asiático, excepto de algunas frases de la algarabía anglo-indostánica, y tendremos así una situación que contribuye a complicar todas las dificultades.

La expedición se preparó finalmente, y el 10 de julio el capitán Speke pudo dirigirse hacia el lago de Kerehué.

Durante su ausencia consagré una gran parte de mi tiempo a la formación de un vocabulario de los numerosos idiomas que oía a mi alrededor, y por cierto que semejante trabajo no tenía nada de placentero. Los individuos a quienes me dirigía, no pudiendo adivinar el objeto de mis preguntas, se escabullían o guardaban un obstinado silencio, de tal forma que era muy raro que obtuviese un resultado satisfactorio tras media hora, por lo menos, de conversación.

—Escucha, ¡oh, hermano mío! En la lengua de la costa se dice *uno, dos, tres, cuatro, cinco*.

Y para hacerme comprender mejor, contaba con los dedos.

—¡Uh! ¡uh! —respondía el salvaje—, nosotros decimos *dedos*.

—No es eso lo que te pregunto: el hombre blanco quiere saber cómo dices *uno*, después *dos*...

—¿Un qué? ¿Dos qué? ¿Cabras, carneros o mujeres?

—No; dime solamente *uno, dos, tres*, en tu propia lengua.

—¡Ih! ¡Ih! ¿Qué quiere hacer el hombre blanco con mi lengua?

Y así continuaban hasta que se agotaba su paciencia y la mía. Entonces se ponían a charlar, y como el caballo de la leyenda irlandesa, una vez lanzados ya no se detenían.

Al mismo tiempo me ocupaba activamente de nuestros preparativos de regreso. Pero cuando estos trabajos estuvieron terminados, la permanencia en Cazé acabó por parecerme muy monótona. Ya organizaba una expedición al Khokoro y a las provincias del Sur, cuando el 25 de agosto por la mañana apareció el capitán Speke de forma inesperada.

El capitán había tenido éxito en su empresa. Había penetrado hasta el Nyanza y había descubierto que tenía una extensión que sobrepasaba con mucho nuestras expectativas. Pero mi extrañeza fue grande cuando, después de almorzar, me anunció que había descubierto las fuentes del Nilo. Esto era, sin duda, una intuición: desde que distinguió el Nyanza había tenido la certidumbre de que el río misterioso, que era objeto de tantas conjeturas, surgía de la masa de agua que tenía ante sus ojos.

Los argumentos que añadía en favor de su descubrimiento resultaban más débiles que su convicción, y eran de la misma naturaleza que los de Lucita con Sir Proteo: «Creo que es así, porque lo creo».

Los árabes, por su parte, consideran unidos, por medio de un río o un canal cualquiera, el Kerehué y el Tanganica, por más que el primero esté a quinientos sesenta metros por encima del otro, y que las montañas que separan ambos embalses de agua hayan sido frecuentemente atravesadas por sus caravanas. A esta falsa teoría se debe que los misioneros de Mombas hayan atribuido el nombre del lago de Kerehué a la parte superior del Tanganica.

Entre tanto, se acercaba el momento de nuestra partida de Cazé. Nuestros amigos acababan de decidir en un pleno del consejo que debíamos volver al litoral por el mismo sendero que habíamos seguido al venir, cuando regresó a su casa, el 5 de setiembre de 1858, el hermoso Moisés, o Musa-Mzuri, como le llaman los indígenas. Había permanecido mucho tiempo en el Caragüé, y hacía su entrada en Cazé con una pompa digna de su importancia.

Este baniano, de quien hemos hablado muchas veces, nos contó que en 1825, cuando su hermano Seyan y él penetraron por primera vez en la Tierra de la Luna, se habían quedado muy sorprendidos, no solamente de la riqueza de los cultivos, sino también de la hospitalidad de los habitantes. El marfil se vendía entonces por nada, y regresaban con catorce mil kilos de este precioso género cuando la muerte de Seyan dejó esta fortuna en manos de Musa.

Desde aquella época había ido cinco veces a la costa, y había visitado los reinos del norte en diferentes épocas.

En 1853 y 1854, en los momentos en que una guerra civil asolaba el Caragüé,

Musa participó de los peligros y privaciones que sufrió Rumanica, sultán actual, a quien sitiaba su hermano. El rey vencedor no olvidó nunca los servicios que el baniano le había prestado en aquella ocasión, y le trató desde entonces como a un hermano. Musa había ido por última vez al Caragüé para recoger el marfil cuyo valor había adelantado al déspota, y volvía después de quince meses de ausencia con veinte magníficos colmillos de elefante, cada uno de los cuales pesaba, según nos dijo, más de doscientas libras.

Reconocido por todos los mercaderes como su maestro, volvió a tomar posesión de sus funciones de agente comercial y de jefe del depósito de Cazé. En la actualidad tiene esa edad incierta que flota entre los cuarenta y cinco y cincuenta años. Es un hombre alto y seco, de barba rala, de extremidades finas, y cuyas facciones tienen esa belleza regular que caracteriza a los hindúes musulmanes de buena familia. Como la mayor parte de sus compatriotas, sus maneras son graves y melancólicas. Su hermoso rostro está marchito por el opio, al cual es tan aficionado que lleva píldoras en todos los bolsillos y tiene provisiones en todas las habitaciones de su morada.

Sus vestidos, de una frescura irreprochable, perfumados con esencia de jazmín y de madera de sándalo, su turbante blanco como la nieve y sus sandalias bordadas le hacían notable a la primera ojeada y le distinguían del resto de los árabes, en tanto que su casa, que casi formaba una aldea por sí sola, con sus portales elevados y sus espaciosos patios llenos de esclavos, hacían parecer humildes los alojamientos de sus colegas.

Apenas descansó de sus fatigas, vino a hacerme una visita en compañía de sus principales cofrades. Su hospitalidad fue mucho más allá que la de los árabes: no solamente me envió otra provisión de granos y la cabra de costumbre, sino que nunca dejó de mandar esos presentes que en Oriente no pueden rehusarse sin ofender gravemente al que los regala. Tuve que insistir reiteradamente para que no matase un buey con el único objeto de mandarme su carne, y no pude evitar ver satisfecho hasta el menor deseo manifestado por mí en su presencia.

Poco después, con la intención de poner algún orden en la caravana, construimos para ella un kraal, donde fueron admitidos los hijos de Ramji y su jefe Kidogo, que esta vez se presentaron como es debido. Los hice llamar, y recapitulando todas sus faltas en términos severos, les advertí que no serían enrolados sino con la condición explícita de llevar fardos ligeros, tales como la caja de medicamentos, los fusiles, la silla y la mesa, de la misma manera que los árabes lo exigen de sus esclavos. Habrían aceptado todo lo que les hubiese pedido, y con una humildad edificante, prometieron reformar su conducta.

Al cabo de quince días invertidos en buscar porteadores, Ben-Selim, desesperado al ver la inutilidad de sus esfuerzos, levantó el campamento y fue a establecerse a Masui, pequeña aldea situada al este de Cazé, a cuatro o cinco kilómetros de nuestra

morada.

Entonces, viendo que era inútil lograr un compromiso duradero con gentes que aprovechan la primera ocasión para darse a la fuga, y a quienes ante las situaciones más críticas siempre les falta valor, dejándome siempre descontento, decidí coger mis portadores de distrito en distrito, para despedirlos en cuanto la fatiga u otra causa cualquiera los hiciese detenerse.

Este sistema tiene, sin embargo, el inconveniente de ser muy costoso, de tal forma que la distancia de kilómetro y medio, que se recorre en Inglaterra por diez céntimos de franco, me costaba en África ciento cincuenta veces más, es decir, dos francos y noventa céntimos.

No hay necesidad de decir que, a pesar de la vigilancia más activa y de la economía más severa, llegamos a la costa casi en completa desnudez. Telas, rocallas, herramientas, bestias, todo había desaparecido, y aunque hubiéramos tenido el triple, nos habría sucedido lo mismo.

## CAPÍTULO XIII

PARTIDA DE CAZÉ.—CAMBIO DE GUÍA.—BOMBAY Y BEN-SELIM.—LA CONVERSACIÓN EN ÁFRICA.—EL TEÓLOGO MUSULMÁN Y EL NEGRO IGNORANTE.—UN DISCURSO.—VUELTA A LA COSTA.

El 26 de setiembre, tanto mi compañero, el capitán Speke, como yo, estábamos de pie al amanecer. Después de haber caminado cinco kilómetros bajo un sol abrasador primero y bajo la influencia de una brisa glacial después, que fue probablemente la causa de los dolores que más tarde tuvimos que sufrir, llegamos a la aldeílla de Masui, donde Ben-Selim nos tenía ya preparado alojamiento. Los integrantes de la caravana nos saludaron con gritos atronadores, y vi con placer que cada cual estaba dispuesto a cumplir con su obligación.

Al día siguiente, muy de mañana, aparecieron Snay-ben-Emir y Musa-Mzuri. Una ligera fiebre me retenía en el lecho, y fue mi compañero quien tuvo que recibir a los dos visitantes. Sin embargo, cuando el acceso hubo pasado, pude arreglar mis cuentas con Ben-Emir, corregir los nombres de las villas y aldeas que tenía inscritas en mi diario y completar la lista. Di calurosamente las gracias a aquellos hombres generosos por todo lo que habían hecho en favor nuestro, y les ofrecí dar cuenta a Su Alteza de la manera tan hospitalaria con que habíamos sido recibidos en Cazé.

Por la noche estreché por última vez las manos de Snay-ben-Emir. ¡Querido y excelente amigo! En su ardor al desearme un feliz viaje, había hecho tanto honor a nuestro ponche de despedida que su marcha y sus maneras extrovertidas no fueron ciertamente las que correspondían a un grave negociante árabe.

Hacía mucho tiempo que Bombay, cuyo nombre habían transformado los indígenas en el de Mamba (cocodrilo) o el de Pombe (cerveza), había vuelto a ser lo que fuera en un principio: activo, obediente y respetuoso.

A pesar de todos sus defectos, Bombay, por su actividad, y sobre todo por su probidad intachable, era un servidor insustituible. Exceptuándole a él, no había nadie en toda la caravana que no mereciese el adjetivo de ladrón. Ben-Selim hacía mucho tiempo que había perdido mi confianza a causa de su desorden, y la desaparición de mercancías importantes que en las orillas del lago había dado a guardar a uno de sus amigos, me obligó a que no dejase por más tiempo la intendencia en sus manos.

Lo llamé a mi presencia, y siguiendo el proverbio persa que dice: «No cortes jamás el árbol que has plantado», le advertí con mi voz más dulce que había hecho el aprendizaje de las costumbres africanas y que, en consecuencia, iba a librarle del

trabajo que hasta entonces había desempeñado. Su rostro cambió cuando se enteró de semejante noticia, y su turbación llegó al colmo cuando declaré que Bombay sería el encargado de distribuir la tela, bajo la vigilancia del capitán.

Fue verdaderamente maravilloso cómo cesaron todas las querellas en cuanto no hubo hueso que roer, es decir, en cuanto no hubo tela que robar. La dulzura siguió a la violencia, y los enemigos confraternizaron.

Los porteadores, a quienes había dado la orden de reemplazar al guía destituido por uno de sus camaradas, nombraron a Tuanigana, que nos había proporcionado a muchos de ellos. Pero un horrible viejo, grosero y arrugado, a quien podía considerarse como la peste del grupo y que se daba el título de Muzungu-Mbaya (el malvado hombre blanco), supo arreglárselas tan bien que en la primera estación o parada, el pobre Tuanigana, revestido con sus insignias, que consistían en un chaleco nuevo de color escarlata, fue encontrado bajo un árbol, encogido y en una soledad completa.

Hice llamar a todos sus hombres, que después de haberse tomado algún tiempo para murmurar, volvieron lentamente a su puesto, y prestando mi apoyo e influencia al nuevo guía, que ya se había puesto el sobrenombre de Gopa-gopa (palo de yesca), llegué a darle un poco de confianza y a imponer cierta disciplina a los que debía conducir.

Esta vez las marchas nos parecieron más cortas, el sol menos abrasador, y la brisa más agradable, gracias a que los catorce meses de fiebres incesantes habían terminado por aclimatarnos. Todo el mundo se felicitaba entonces del mismo modo que antes se había quejado: así es la vida del hombre. Cuando llegamos a la llanura, el precio del porte de mi hamaca se hizo tan exorbitante que me vi en la necesidad de despedir a los que la llevaban. Me calcé entonces mis grandes botas, y, montado en el asno zanzibarita que había comprado en Cazé, volví a mi puesto de jefe de la caravana.

Por su parte, el capitán Speke, quince días después de nuestra salida de Hanga, se encontró tan aliviado y repuesto que quiso también recuperar su cabalgadura.

Nuestros jóvenes seguidores goenses, después de haber sufrido vivos dolores de cabeza y violentos accesos de fiebre, se desembarazaron de todas sus dolencias hasta el punto de que no era posible reconocerlos. Valentín, el más fuerte de los dos, tenía un buche semejante al de un capón cebado.

A medida que nos íbamos aproximando a la costa tanto los soldados beluchistanos como los porteadores fueron cambiando de tal manera que cada vez se hacía más patente: se hicieron diplomáticos y amables hasta el servilismo, y la sonrisa dilatava constantemente sus rostros. Hasta el odioso Muzungu, que en la Tierra de la Luna era el primero que arrastraba a todos los demás al mal, cambió de tal modo que una mañana, en el Ugogo, se le encontró barriendo la entrada de

nuestras tiendas con un manojo de espinos.

Más tarde, cuando estuvimos sanos y salvos en las montañas del Sagara, nuestro pobre guía tuvo conmigo más de una vez la siguiente conversación, que transcribo para ofrecer a mis lectores una muestra de lo que es el diálogo en esta parte de África:

—¿La salud, Mdula? (La palabra Abdallah es impronunciable para todos estos negroides).

—La salud es muy. (Se sobrentiende la palabra buena). ¿Y tu salud?

—Mi salud es muy. ¿Y la salud de Spikka? (El capitán Speke).

—La salud de Spikka es muy.

—¡Oh, hombre blanco! Hemos escapado de los habitantes de Ugogo.

—Hemos escapado, ¡oh, hermano mío!

—Esos indígenas son malvados.

—Son malvados.

—Yo los creo muy malos.

—Muy malos.

—Creo que no son buenos.

—No son buenos.

—Que no son buenos del todo.

—No son buenos del todo.

—Les he tenido mucho miedo: matan a las gentes de la Tierra de la Luna.

—Es verdad.

—Ya no les tengo miedo: los llamo... y me batiría con todos ellos, ¡oh, hombre blanco!

—Es verdad, ¡oh, hermano mío!

Y continuábamos durante dos horas mortales hasta que llegaba al límite de mi paciencia, y eso que no es corta. Y es necesario decir que, bajo el punto de vista intelectual, nuestro guía está ciertamente por encima de la generalidad de los jóvenes de su país. Muzungu-Mbaya, que es muy viejo y tiene más experiencia, es también más propenso a las marrullerías, y muchas veces se ha divertido viendo los vanos esfuerzos que hacían los beluchistanos para convertirlo al mahometismo. Generalmente era Gul-Moham-med, el teólogo de la caravana, quien se encargaba de esta penosa misión. No le faltaba saber, pero como ocurre con la mayor parte de los musulmanes, su espíritu no conocía más que un camino, y la menor objeción le detenía de pronto, turbándole y poniéndole en el trance de contradecirse.

He observado un fenómeno parecido hablando con las viejas devotas europeas, que en este punto eran de la misma opinión que Mohammed, a saber, que todo el mundo está obligado a pensar como ellas, y muchas veces he hecho nacer al mismo tiempo su indignación y su incredulidad, describiéndoles, con toda intención, el culto a los dioses de cuatro brazos y a las diosas de dos cabezas.

Represéntese el lector a Muzungu después de la jornada: está sentado ante el fuego, se frota las mejillas con aire meditabundo, alarga la cabeza a través del humo y arroja de tiempo en tiempo una mirada satisfecha sobre un pucherillo de tierra negra, del cual se escapa un apetitoso aroma de carne con legumbres.

Esta actitud beatífica despierta en Mohammed un encadenamiento de ideas que le hace volver a su tema favorito.

—¡Y tú también, Muzungu-Mbaya —dice—, tú también has de morir!

—¡Ouh! ¡ouh! —responde Muzungu en tono lastimero—; no hablemos de eso, tú también morirás.

—¡Es una triste cosa la muerte! —repite Gul-Mohammed.

—¡Ouh! —exclama el viejo bribón—, ¡es mala, muy mala! ¡No llevar más hermosas telas, ni vivir con mujeres y niños, ni comer, ni beber, ni fumar tabaco!... ¡Ouh! ¡ouh! ¡es malo, muy malo!

—Pero comeremos allá arriba —replica el musulmán—: tendremos aves guisadas, montañas de carne, asados exquisitos, agua azucarada, y beberemos y comeremos todo lo que podamos desear.

El cerebro del africano se turba ante este cúmulo de contradicciones: las aves son según su concepto un alimento de calidad inferior; adora el asado, y compara las montañas de carne con la media libra que cuece en su pucherillo; se vendería por un poco de azúcar, pero no oye hablar de tabaco y eso le inquieta. La cosa le parece, sin embargo, digna de interés, y dirige al musulmán la siguiente pregunta:

—¿Y dónde comeremos todo eso, oh hermano mío?

—Allá arriba —responde Gul-Mohammed señalando al cielo.

Muzungu tiene miedo de que esto sea una broma: la distancia le parece muy grande y cree difícil que su interlocutor haya visitado esos lugares como para que pueda asegurar lo que dice. Se atreve, pues, a preguntar:

—¿Has estado en el cielo, oh hermano mío?

—¡Allah me perdone! —exclama Gul-Mohammed medio riendo y medio irritado—, ¡qué pagano! No, hermano mío, no he estado precisamente en el cielo; pero Dios, mi Mulungu, ha dicho a su apóstol<sup>[20]</sup>, que lo dijo a sus descendientes, quienes se lo dijeron a mi padre y a mi madre, que me lo han dicho a mí, que después de nuestra muerte iremos a un campo donde...

—¡Bouh! —gruñe el viejo tunante—, ¡está bien que salgas ahora con que tu madre te lo ha dicho! ¿Hay, pues, campos en el cielo?

—Seguramente —responde el teólogo, quien hace una larga exposición descriptiva del paraíso de Mahoma.

El viejo negro le escucha riéndose, y después de haber lanzado un largo rosario de exclamaciones que son imposibles de traducir, cae en una profunda meditación, de la que sale poco a poco para decir al musulmán con un aire algo zumbón:



—Entonces, hermano mío, puesto que te han dicho tantas cosas, podrás responderme a esto: ¿tu Mulungu es negro como yo, blanco como ese muzungu o amarillento como tú?

Gul-Mohammed se ve completamente cogido, y para tomarse tiempo de meditar y forjar una respuesta, profiere un largo rosario de exclamaciones.

—El Mulungu no tiene color —dice al fin.

—¡Ouh! ¡ouh! —gruñe el viejo haciendo gestos y pisoteando el suelo con irritación, pues tiene ya la certidumbre de que ha sido objeto de una broma de muy mal gusto.

La verdad es que aquellas montañas de carne le habían seducido, pero la visión se había disipado, dejándole solamente la media libra de su puchero. Y volviéndose sordo a la elocuencia de Mohammed y entregándose por completo al cuidado de su marmita, obedece sin saberlo al precepto oriental que dice: «Detén la hora que pasa: los astros siguen su curso y te traerán nuevos males. El sabio goza del presente; el loco deja el placer para el porvenir».

En el Khutu, nuestro proyecto de dirigirnos hacia el sur para regresar por Quiloa dio lugar a la deserción de todos nuestros porteadores, y nos vimos obligados a esperar diecisiete días la ocasión de contratar otros, no ya para ejecutar nuestro plan, sino simplemente para llegar a Zanzíbar. El 19 de enero de 1859 la llegada de una caravana de la Tierra de la Luna me procuró inmediatamente los porteadores que nos eran necesarios, y esto me demostró que aún no había perdido completamente la confianza de los indígenas. Finalmente, pudimos decir adiós al Zungomero, y el 21 de enero la caravana se puso alegremente en camino.

El 28 nos encontramos en el cruce de los caminos de Caolé y Mbuamaji, donde a la ida nos habían cerrado el paso de los indígenas del Uzaramo. Pero ya nadie pensaba en incomodarnos: éramos pobres y no valía la pena que se arriesgasen a recibir las balas de nuestros mosquetes.

Sin embargo, por la tarde, el jefe de nuestros porteadores de la Tierra de la Luna creyó su deber dirigirnos una arenga. Hablaba de un serio combate entre los naturales del lugar y las gentes de una caravana que nos había precedido: era necesario ser prudentes y no partir demasiado temprano ni detenerse demasiado tarde.

—Que no se separe del grueso de la caravana ni uno de vosotros —gritaba el orador—; no os quedéis rezagados ni os adelantéis. Acompañáis a los hombres blancos, y si les sucede una desgracia, vuestro nombre será maldito para siempre.

Esta última frase fue repetida muchas veces con creciente ardor, y cada una de las partes del discurso había dado lugar a un murmullo general que denotaba la unánime aprobación.

Sin embargo, según acabo de decir, no había ningún peligro que temer.

## CAPÍTULO XIV

FIN DEL VIAJE.—FÁCIL EXISTENCIA DE LOS NEGROS DURANTE EL VERANO.—SUS NECESIDADES EN EL INVIERNO.—LA CAZA Y LOS JUEGOS PRELIMINARES —INDUSTRIA.— ESTADO SOCIAL, MORAL Y RELIGIOSO DE LOS AFRICANOS —EL TRÁFICO DE ESCLAVOS ES EL OBSTÁCULO DE LA CIVILIZACIÓN.—SÓLO EL COMERCIO PUEDE SALVAR ESTAS TIERRAS.

El 30 de enero nuestros zanzibaritas lanzaron gritos de alegría a la vista del mangostán, señalándose unos a otros las bananas, los cocoteros y los limoneros a medida que iban apareciendo.

El 2 de Febrero el capitán y yo avistamos el océano, que centelleaba herido por los rayos del sol, y le dirigimos nuestro saludo, por tres veces repetido, según es la costumbre inglesa ante semejantes circunstancias.

Aquella misma tarde se me presentó la ocasión de hacer entrar en Zanzíbar a nuestros beluchistanos y a Kidogo, mi bestia negra, y la aproveché con entusiasmo. Después de haber mendigado pólvora y tabaco hasta el último momento, el djemadar se empeñó en besarme la mano y se separó de mí vertiendo lágrimas arrancadas por el dolor de la despedida.

Voy a aventurar una teoría que extrañará al que tenga ideas fijas sobre la miseria de los pueblos donde se reclutan los futuros esclavos, pero lo cierto es que en las regiones que acabamos de recorrer el africano está mejor vestido, mejor alimentado, mejor alojado y menos doblegado por el trabajo que los infortunados raiotas<sup>[21]</sup> de la India inglesa, y tal vez, en los lugares en los que la trata de esclavos no es tan activa, su suerte sea preferible a la de los campesinos de algunas ricas comarcas de Europa.

Un momento antes de aparecer el sol, se ve al negro dejar la piel de vaca que le sirve de lecho. Es la hora más fría del día: enciende el fuego y hace arder su pipa, que no abandona en todo el día. En cuanto el sol ha tomado un poco de fuerza, aparta la puerta de cañas que cierra la entrada de su choza y se dirige a disfrutar el agradable calor de la mañana. La aldea es populosa, todas las casas o habitaciones del tembé son contiguas y el negro puede charlar con sus amigos de forma bastante cómoda.

A eso de las siete, cuando ya no hay rocío, el hijo mayor conduce el ganado a los pastos, lanzando sonoros gritos y manejando activamente una especie de cayado puntiagudo por los dos extremos. Permanece en el campo durante todo el día, y no vuelve hasta la tarde, cuando se ha puesto el sol.

Una hora después, cada cual entra en su casa y come una papilla de sorgo: el que no tiene harina se va a casa de un amigo y participa de su plato. Cuando tiene pombé

(especie de cerveza), la consume desde la aurora.

Después de haber almorzado, el africano, con su pipa en la boca, se dirige a la plaza pública, llamada *ihuanza*, donde charla, ríe, fuma, duerme, y a veces juega. Para él, como para la infancia de la mayor parte de los pueblos, el juego es una pasión. La partida ordinaria es lo que nosotros llamamos normalmente cara o cruz: una piedra aplanada, un disco de metal o el fondo de un puchero viejo proporcionan los elementos del juego. Los más civilizados han aprendido en la costa el *baó*, y las pérdidas que de él resultan dan lugar, como se puede suponer, a numerosos altercados. Las querellas son intensas, aunque entre compatriotas se arreglan amistosamente.

Los que no juegan buscan su ocupación dejando el cuerpo en reposo y empleando sólo los dedos, para evitar que se fatigue el espíritu: cortan bastoncillos, los labran, taladran tubos de pipa, los rodean con hilos de metal, se afeitan mutuamente la cabeza, se arrancan la barba y las cejas o limpian sus armas.

A eso de la una, a menos que se lo impidan sus trabajos, el africano vuelve a su casa y come los manjares que le han preparado sus mujeres. Sin embargo, como es de un carácter eminentemente sociable, no es raro que cene en la *ihuanza*, donde los parientes, los amigos y los hermanos no dejan de reunirse a aquella hora, que es la más importante de todas.

Para el hombre primitivo, comer es el objeto de su existencia, su exclusiva preocupación durante el día, y su sueño de todas las noches. El hombre civilizado, que nunca ha tenido hambre sin que al momento haya tenido a mano lo necesario para satisfacer su apetito, no sabría comprender hasta qué punto está dominado por el estómago el espíritu de un salvaje. Por ello es incapaz de concebir el éxtasis que el cadáver de una vieja cabra produce en el animal humano a quien devora el hambre, y del mismo modo no puede hacerse una idea de la intensidad del placer que experimenta ese espíritu dominado por las entrañas, cuando vigila los progresos de la cocción de su comida.

Después de haber comido, el africano se ve invariablemente atacado por un acceso de estupor o torpeza, del cual sale para emplear la tarde del mismo modo que ha empleado la mañana: charlando, fumando, jugando y mascando raíces azucaradas. Al ponerse el sol todo el mundo sale de su casa para tomar el fresco: los hombres se sientan a la puerta del *ihuanza* mientras las mujeres van a buscar agua para las necesidades domésticas. Cogen enseguida sus pequeños taburetes y sus grandes pipas y se reúnen para fumar y charlar.

En ciertos sitios esta hora es deliciosa: los propios lugareños, aunque ajenos a todas las doctrinas de la estética, se sienten vivamente seducidos por la indescriptible belleza y por el profundo encanto del panorama que los rodea.

Al aproximarse la noche se cierran las puertas de la aldea, se amarran las vacas, y

cada cual entra en su casa o va a reunirse en torno al fuego de la ihuanza para charlar con sus amigos. El africano no ha tenido aún la idea de poner un poco de aceite en el fondo de un puchero viejo, hacer una mecha y empaparla en él para que arda. Cuando tiene necesidad de luz, enciende una rama de msasa, madera oleaginosa, elástica, nudosa y dura, que se emplea con frecuencia en la confección de bastones, arcos y lanzas, y que arde durante un cuarto de hora arrojando una llama brillante.

A media noche cada uno se dirige a su lecho y ronca sin interrupción hasta las primeras luces del alba. Para que el placer sea completo es necesario pasar la noche en medio de la insensibilidad más absoluta, y aunque se levanten muy temprano, se prolonga la velada a fin de poder dormir una buena parte del día siguiente.

El africano pasa el estío en medio de esta holganza perpetua, y, cuando empiezan las lluvias del invierno, la cuestión del pan cotidiano lo saca de su indolencia. Sale de su casa entre las seis y las siete, con frecuencia sin haber comido nada, pues los víveres son muy escasos por esas épocas, trabaja hasta el mediodía y a veces no vuelve hasta las dos de la tarde a tomar el alimento que le han preparado. Vuelve al trabajo después de comer, y si el tiempo apremia se hace ayudar por sus mujeres.

Al ponerse el sol todos los trabajadores se reúnen, y vuelven a sus casas con el azadón al hombro, cantando unos aires monótonos que no dejan de ser agradables, probablemente debido a su sencillez.

Si brilla la luna, el espíritu se anima, un furor lúdico se apodera de todo el grupo, suena estrepitosamente el tambor, se eleva el canto, y todos empiezan a bailar con esa gravedad que distingue los preludios de este ejercicio y que cede bien pronto para dar lugar a una delirante agitación.

De vez en cuando, una partida de caza rompe la monotonía de la vida africana.

Antes de partir, los cazadores, en número de veinte o más, se entregan durante ocho días a continuas libaciones, cantos y bailes. Las mujeres, formadas en fila, recorren la aldea tocando una especie de sonajeros, como digno acompañamiento a los prolongados y penetrantes gritos que lanzan en señal de alegría. A cada paso, todos los miembros de esta columna ambulante se inclinan a derecha e izquierda, para imitar el balanceo del elefante, y agitan la cabeza con una violencia que pone su cuello en peligro de dislocarse. Finalmente, toda la fila, dirigida por una mujer que agita furiosamente dos sonajeros, se detiene ante las casas de los árabes, donde espera recibir algunas cuentas de vidrio, y en medio de las contorsiones más extravagantes, imita los saltos y gritos de diversos animales.

Cumplida la misión, estas damas se van a beber todas juntas y reaparecen cuatro o cinco horas después con una vacilación en la marcha y una flojedad en los miembros que aumentan el encanto de sus gesticulaciones.

Esta fiesta tiene probablemente por objeto que la mujer del cazador se compense de las privaciones que va a sufrir, pues durante la ausencia de su esposo tiene

necesariamente que renunciar a la tertulia, al tocador, a la pipa y hasta a salir de su casa.

Durante esta ceremonia los hombres, no menos animados que las mujeres, saltan con toda la gracia de los osos bien adiestrados en torno a una especie de orquesta en la que el tambor acompaña a unos pitos hechos con colas de elefante.

Por último, cuando están bien saturados de cerveza, los cazadores dejan la aldea al romper el día, provistos de blandones o antorchas encendidas, que llevan por temor a quedarse sin fuego en la selva, y que ponen delante de la boca para combatir la influencia del aire frío de la mañana. Estos grupos son a veces peligrosos para los rezagados de las caravanas, sobre todo en las comarcas en las que el robo y el asesinato suelen quedar impunes.

La gran habilidad de los cazadores consiste en aislar del rebaño a un animal que tenga unos buenos colmillos, sin provocar las sospechas del individuo ni del grupo, y en cercar después a la víctima. Cuando ya la tienen rodeada, el wganga se incorpora lanzando un grito y arroja la primera azagaya, a la cual siguen inmediatamente las de los demás cazadores. Las armas no están emponzoñadas y sólo el número hace que lleguen a ser mortales.

Es raro que el animal así atacado rompa el círculo de sus astutos enemigos: su bien conocida obstinación le impide huir, y cuando carga sobre uno de los cazadores y éste se oculta, se oye un grito y una azagaya hiere por detrás al animal, que se vuelve y se dirige a aquel nuevo adversario; éste escapa a su vez, y así continua la caza hasta que el elefante siente que le falta el aliento y el valor. Entonces intenta alejarse, pero los golpes se multiplican y, vencido por el dolor y perdiendo sangre por todas partes, sucumbe el enorme paquidermo.

Después de haber cantado y bailado, como preliminares de toda operación, los cazadores arrancan cuidadosamente los enormes colmillos del animal, para lo que se sirven de una especie de hacha puntiaguda. La médula que llena la cavidad dentaria se extrae inmediatamente y se devora, como el hígado de la liebre en Italia.

La caza termina con una abundante comida, verdadero banquete consistente en la grasa y los intestinos del animal, y los cazadores regresan triunfalmente, cargados de marfil, de pedazos de cuero para hacer correas y de pedazos de carne sangrienta atravesados en largas perchas.

En cuanto a la industria, los indígenas de esta parte de África tienen como trabajo favorito la cestería y la fabricación de esteras, aunque también hacen cuerdas, utensilios de pesca y mechas para mosquetes.

Aunque el algodón abunda entre ellos, están muy atrasados en el arte del tejido, y sólo saben hacer una especie de lienzo grueso.

Estas poblaciones no han hecho progreso alguno en los trabajos de la madera, y no han tenido aún un Dédalo capaz de fabricar una sierra partiendo de un cuchillo.

Aparte de los bancos en que se acuestan, no han sido capaces de imaginar nada, y se contentan con hacer flechas y lanzas, cucharas, y esos taburetes que constituyen su objeto de lujo.

Su metalurgia está del mismo modo en pañales, ya que no les importa en absoluto que los ribereños del lago y los habitantes del Fionca trabajen el hierro y el cobre, excelentes en estado natural. Hacen armas, hoces, cuchillos, argollas, brazaletes y cerrojos.

La cerámica ha hecho también pocos progresos en esta región, que aún no ha tenido un Anacharsis que enseñe a sus habitantes el uso de un torno. Un obrero hábil hace cuatro pucheros en un día. Algunos de estos vasos son de gran capacidad, y su perfecta simetría y su forma con frecuencia elegante me ha sorprendido en más de una ocasión. Debo confesar también la excelencia de sus pipas de tierra negra.

Pero la alfarería no deja de ser una ocupación rara. A excepción de las marmitas, es una calabaza (*curcubita lagenaria*) la que proporciona todos los utensilios necesarios en la casa. Los indígenas se sirven de ella para hacer toda su vajilla, y aprovechando la flexibilidad de la calabaza, la hacen tomar las formas más caprichosas. La adornan con arabescos y ornamentos de latón, la rodean con hilos metálicos y, si se rompe en algún punto, remedian la avería con puntos de sutura artísticamente confeccionados.

Poco se puede decir de los caracteres de estas tribus y del estado social y religioso en que se encuentran.

Estudiar al hombre en el este de África es considerarle en su estado rudimentario. Sometido completamente a la influencia de agentes exteriores, no sólo no ha hecho ningún progreso, sino que parece incapaz de hacerlo. A primera vista se tomaría al indígena de esta región por un ser civilizado en decadencia, antes que por un bárbaro nacido en el salvajismo, de no ser porque parece incapaz de haber sido otra cosa distinta de lo que es. Parece pertenecer a esas razas siempre infantiles destinadas a no alcanzar jamás la edad adulta, y condenadas a desprenderse de la gran cadena viviente como un eslabón usado. Es débil y no sabe doblegarse, y aunque une a la credulidad del joven algo del escepticismo adulto, tiene toda la frivolidad de la infancia, así como la terquedad y las supersticiones de la vejez.

Ha viajado, conoce el mar, y hace siglos que está en contacto con la nación más adelantada de la costa. Si ha visto rara vez europeos, en cambio hace mucho tiempo que frecuenta el trato de los árabes, y a pesar de ello su inteligencia no se ha despertado, encontrándose aún detenido en el umbral del progreso.

Como sucede con todos los pueblos aún no desarrollados, si se nos permite la expresión, el que nos ocupa en este momento supone un extraño compuesto de buenas y malas cualidades. Si las malas dominan sobre él es porque en la naturaleza de todas las sociedades bárbaras está el dar plena expansión a todo lo que es malo, y

ahogar todo lo que hay de generoso y noble en el corazón del hombre.

El africano no puede ser bien considerado por el que hace de la conciencia un rasgo distintivo de la raza humana. Tiene el carácter fácil y el corazón duro; es bravo y sumiso, batallador y prudente, sociable e insensible, dulce y bueno un momento y violento y cruel un instante después, supersticioso y lleno de irreverencia, servil y tiránico, tenaz y voluble, avaro y generoso, fiel a su idea de la honra y al mismo tiempo sin probidad y sin fe, amante de la vida e inclinado al suicidio, y por último, tiene la intuición de lo que le falta, pero no sabe de qué manera adquirirlo.

Desprovisto de la actividad moral, así como de la fuerza de la percepción y del análisis que distingue al europeo; careciendo así mismo del espíritu sintético, del pensamiento flexible y del idealismo del asiático, se diría, sin embargo, que es el embrión de estas dos razas superiores. Los rasgos característicos del tipo oriental más bajo están en él ampliamente implantados: inmovilidad de espíritu, indolencia de cuerpo, ausencia de moralidad, superstición, niñería, todo lo que hace que los egipcios llamen a los berberiscos y a los negros la *raza perversa de Kous*.

En tanto que el beduino habitante del desierto fundamenta su prestigio en el buen trato hacia los huéspedes, el africano de esta región obliga al viajero a comprarlo todo, y le dejaría morir de hambre en medio de la abundancia si no tuviera perlas ni tela. Del mismo modo que no tendría seguridad en la hospitalidad que le dieran sin el temor que las armas de fuego inspiran a estos salvajes y sin el interés comercial que obliga a los jefes a proteger a los comerciantes.

Si no fuera previsor, no pediría perlas o tela con una avidez repugnante por hacer el más pequeño servicio. No hará nada que no haya sido pagado de antemano, y en un momento de capricho, abandona al instante todo lo valioso que ha ganado. Sacrifica sus más altos intereses por el simple placer de escaparse, llevado por ese loco amor a la variedad que caracteriza al marinero europeo, y su ambición nada puede contra su indolencia, tanto más irremediable cuanto que es un resultado de la influencia del clima.

En estos lugares de una fertilidad exuberante, la naturaleza ha hecho de su generosidad una maldición para el hombre, pues al proporcionarles raíces, hierbas, fruta, caza y algunos granos, con los cuales se contenta, le ha dispensado del trabajo, pero le ha vuelto inútil para el progreso.

En este grado de la escala social se comprende que el amor a la verdad no sea considerado una virtud.

Mentir es, por otra parte, la costumbre del débil y del oprimido, así como su medio de defensa. Sin embargo, para el africano es algo más, y podría decirse que goza mintiendo.

El fetichismo permanece como única religión de estos africanos. Se trata de una superstición grosera, la verdadera religión de los sentidos, el abyecto culto al miedo,

propio de las razas que permanecen en la infancia, que no han llegado todavía al deísmo, y que son incapaces de elevarse a una religión de amor y a una fe completa en los destinos superiores del hombre.

Nacido del terror, poblando de enemigos los espacios invisibles, suponiendo perversa la materia, mezclando la maledicencia en todo, el fetichismo alimenta las pasiones más viles, y sugiere los odios más cerebrales. Todas sus prácticas tienen por objeto alejar el mal de sí mismos transfiriéndoselo a otros. De esta idea resulta la indagación de los medios sobrenaturales y la influencia de los exorcistas, que arrancan necesariamente de la manía al demonio.

Y aquí debemos decir una palabra sobre un asunto que hiere en el corazón a todos los hombres generosos: el asunto de la trata de esclavos. Su origen en el este de África se pierde en la noche de los tiempos. Surgida probablemente como resultado del antiguo comercio con la Arabia feliz, la venta del hombre se menciona ya en el capítulo III del *Periplo*, que habla de ella como de una institución local.

Sin embargo, muchos de estos pueblos compran esclavos más que venderlos. Bien es verdad que venden los que han capturado en sus guerras, pero no trafican con los hombres de su tribu, a no ser que sean criminales convictos de robo, asesinato, hechicería, o de haber tenido los dientes de la mandíbula superior antes que los incisivos inferiores. No obstante, movido por la necesidad, un hombre venderá a su padre, a su madre, a sus mujeres, a sus hijos, y si este recurso no le basta, se venderá él mismo, sin que esto le deshonne. En ciertos lugares la costumbre permite al tío disponer de sus sobrinos.

Es raro, debemos confesarlo, que el transporte de los esclavos presente en esta parte de África el aspecto cruel que ofrece en otras partes. El individuo-mercancía está bien alimentado y trabaja poco, mientras que un porteador, que no pertenece más que a sí mismo, es abandonado sin vacilación alguna en medio del sendero si cae enfermo o faltan las provisiones. Además, el trabajo forzado y gratuito, que es la esencia de la esclavitud, es mucho más general y más duro en la India independiente que en el este de África, donde el hombre no está sujeto a la gleba como lo está en la India por la insultante servidumbre de Malabar.

El tráfico del hombre se divide aquí en dos especies: el que provee a las necesidades del interior y el que da lugar a la exportación. En el primer caso se hace de tribu a tribu y se trata de una esclavitud que será duradera.

No solamente el tráfico humano embrutece a la raza vendida, sino que detiene el desarrollo material de la población. El esclavo, que representa un valor pecuniario, puede estar más gordo y ser más feliz de lo que lo hubiera sido en su casa, pero para conseguirlo se hace una *razzia*.

Efectivamente, las guerras africanas no tienen más que un objeto: el robo de ganado y la captura del hombre. Algunas tribus pastoriles establecen el principio de



que los animales bovinos fueron creados por su primer padre, que éste se los dejó y que, en consecuencia, sólo ellas tienen el derecho de poseer rebaños. En la práctica, no desea los de las otras, y sólo roban el ganado para hartarse de carne.

Pero esta teoría tan sólo permanece vigente en algunas hordas medio salvajes, como los marais, los coafis, los roris y los tutas. El esclavo es con mayor frecuencia el objeto de las expediciones armadas. Considerada como una de las costumbres del país, la persecución del ganado humano está llena de atractivos para estos salvajes. Al beneficio de la guerra, une todos los placeres de la caza, y tiene sus peligros y sus emociones: rompe la monotonía de la existencia, le ofrece un objetivo, abre un camino al valor y a la astucia y proporciona gloria a la vez que sólidos provechos.

Por ello el estado de guerra se eterniza. Las razzias y las invasiones se suceden periódicamente. Un jefe poderoso no permite a sus vecinos ser más ricos que él. El motivo de la querella se encuentra rápidamente: el fuerte ataca al débil, se lleva el ganado, quema las chozas, se apodera de los súbditos del vencido y los vende al primer tratante que pasa. Así, los habitantes de esta tierra fecunda se han transformado en lobos que se devoran. Esta perpetua destrucción, en un país poco poblado, seca las fuentes de la riqueza y ahoga el progreso en su raíz.

En su estado actual, el africano no quiere trabajar: toda su ambición se reduce a poder comprar esclavos que cultiven, siembren y recolecten para él. Pero cuando las relaciones con la zona marítima se amplíen y hagan nacer nuevas necesidades en estos pueblos que, sin hacer nada, tienen lo suficiente; cuando el deseo dé lugar al esfuerzo; cuando los cambios hayan establecido cierta solidaridad entre estas hordas que hoy no tienen interés más que en destruirse; cuando el hombre, en fin, útil a la sociedad, descubra que es más valioso por su trabajo que por su venta, veremos desaparecer el mal, y la negra Raquel, que hasta entonces llorará por sus hijos, podrá secar sus lágrimas y se dormirá consolada.

Mientras tanto, esos filántropos que siembran la buena semilla y confían la cosecha al porvenir, sepan con alegría que la extinción de la esclavitud será saludada con júbilo en toda África oriental. Estos infelices, despojados y robados a sí mismos por una legión de opresores, dicen con frecuencia: «Nosotros somos la carne, y ellos son el cuchillo».

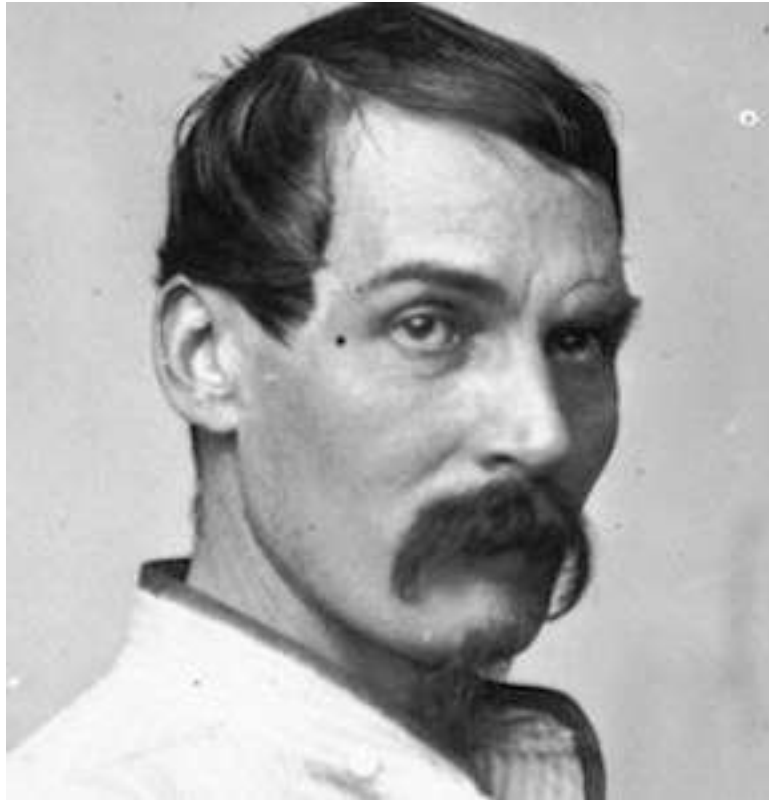
Terminaremos repitiendo muy alto que para regenerar este fértil país es necesario contar con el comerciante más que con el misionero. El hombre, que podrá enriquecerse por la acumulación de los productos que le rodean, no querrá arriesgar su vida en esas guerras perpetuas que ahora hace a su vecino con la esperanza de capturarlo para venderle, y el comercio, al generar intereses dependientes de sus relaciones con los extranjeros, endulzará sus costumbres y le hará comprender la solidaridad humana mucho mejor que los sermones más elocuentes.

Como el porvenir se aproxima día a día y las barreras y obstáculos se

empequeñecen más y más, llegará el momento en que las necesidades sociales, que en los decretos de la Providencia constituyen el más eficaz de los motores de la civilización, elevarán al África al rango que debe ocupar en la gran familia humana, de la cual está hoy desgraciadamente excluida.

Hay ya quien se ocupa de una línea de vapores que, partiendo del cabo de Buena Esperanza, llegue hasta el mar Rojo, recalando en las islas y lugares más importantes de la costa africana: éste sería el primer paso hacia el progreso. En este país en que el hierro y la madera abundan, sería fácil construir una vía férrea en la que, a causa de la mosca venenosa, se emplearían asnos para arrastrar los vagones. El comercio languidece en esta región, tal como es actualmente; el capital disponible está sin empleo; los productos no tienen valor y muchas provincias permanecen todavía inexploradas. El remedio a todos estos males consiste en facilitar las comunicaciones entre la costa y el interior, y tenemos la seguridad de que eso se hará pronto.

El 22 de marzo de 1859 los girasoles y los cocoteros de Zanzíbar desaparecieron de nuevo ante mis ojos, y el 16 de abril, después de haber franqueado tres veces el Ecuador, nos detuvimos cerca de las negras murallas de Aden. Pero los médicos manifestaron que para el restablecimiento de mi salud eran necesarios el reposo y el clima de Europa, y en consecuencia el 28 del mismo mes me despedí de las comarcas orientales, saludando poco después las costas de la vieja Inglaterra.



SIR RICHARD FRANCIS BURTON (Torquay 1821 - Trieste, 1890). Escritor, explorador, diplomático, traductor, y poeta inglés, Sir Richard F. Burton fue hombre de múltiples talentos, viajero incansable y erudito reconocido.

Su obra literaria más conocida es, sin duda, la traducción de *Las mil y una noches* y la aparición del *Kama Sutra* en el mundo anglosajón.

Formó parte de la Royal Geographical Society y viajó por toda África, Asia y América. También formó parte del cuerpo diplomático inglés en calidad de Cónsul en lugares tan dispares como Damasco o Trieste.

Además de sus traducciones, Burton publicó libros de viajes, cuentos fantásticos y recopilaciones de tradición exótica.

# Notas

[1] Ocupa la totalidad del Cuerno de África, que se extiende desde el norte de Bab el Mandeb hasta varios grados al sur del cabo Guardafui. En aquella dirección está limitado por el territorio de los dankali y los galla itu, en ésta por la región Sawahil o el Mar Rojo en su frontera oriental, mientras que por el oeste se prolonga hasta escasas millas de Harar. <<

[2] En el año 1838, el teniente Carless reconocía el litoral del país somalí desde Ras Hafun hasta isla Quemada. Por desgracia, sus buenos oficiales cayeron en el olvido durante el ejercicio del sucesor de Sir Charles Malcolm. En este periodo se perdió en Ras Assayr la fragata Memnon, al mando del capitán Powell, pues la carta de navegación de Norie, un documento anticuado con errores de entre quince y veinte millas, era el único mapa de referencia que existía a bordo. Fue así como el gobierno indio, debido a las constantes dilaciones y los prejuicios de su superintendente de Marina, tuvo que hacer frente a unas pérdidas injustificables de por lo menos 50.000 libras. <<

[3] Entre los años 1836 y 1838, el teniente Cruttenden publicó descripciones de viajes a las que se aludirá en este mismo prefacio. <<

[4] Este «precipitado esbozo de los trabajos científicos de la Marina de la India» ha sido extraído de un folleto anónimo titulado, poco prometedoramente, «Aflicciones y actual condición de nuestros oficiales indios». <<



[5] En el año 1848, el fallecido Joseph Hume reclamó en la Cámara de los Comunes que se presentaran todos los estudios indios realizados durante los diez años anteriores. Quedó entonces patente que al menos una veintena habían sido interrumpidos de forma repentina por orden de Sir Robert Oliver. <<

[6] Este plan fue adoptado con éxito por Antonie y Arnauld d'Abbadie cuando viajaban por zonas peligrosas de Abisinia y los países adyacentes. <<

[7] En 1660 Vermuyden encontró oro en Gambia, siempre en alturas desoladas y cubiertas de tierra roja. <<

[8] Con frecuencia se ha reprochado a este autor en las críticas de los periódicos indios el hecho de aventurarse en tierras tan peligrosas con provisiones por valor de 1.500 libras. En el país somalí, al igual que en otros lugares del este de África, los viajeros deben llevar no solo los medios para adquirir distintos bienes, sino también artículos de primera necesidad. Como se desconoce el dinero, es imprescindible cargar mercancías tan voluminosas como telas de algodón, tabaco y cuentas para obtener carne y leche; y del mismo modo, aquél que quiere comer pan debe transportar grano en sus camellos. Por supuesto, los somalíes exageran en sus cálculos del coste de un viaje, si bien es cierto que cada jefe exige un obsequio, y cada pobre, como veremos en las siguientes páginas, espera ser alimentado. <<

[9] En el año 1825 el gobierno de Bombay recibió la noticia de que un bergantín de la isla Mauricio había sido capturado, saqueado y hundido cerca de Berbera, y de que los asaltantes somalíes habían dado muerte bárbaramente a parte de la tripulación. El balandro de guerra *Elphinstone* (al mando del capitán Greer) fue enviado para bloquear la costa; cuando sus cañones abrieron fuego, los nativos huyeron con sus mujeres e hijos, pudiéndose aún visitar el lugar donde una bala mató a un jinete cerca de la población. Merced a la intervención del *hayi* Sharmarkay se recuperó a los supervivientes, y los somalíes se comprometieron a abstenerse en el futuro de atacar a las naves inglesas y también a restituir mediante pagos anuales una suma equivalente a los bienes sustraídos. Para garantizar el cumplimiento de esta última condición se decidió que un buque de guerra permaneciera en la costa hasta la liquidación total de la deuda. Cuando se producían intentos de evasión, se detenía el tráfico, enviándose a todas las embarcaciones a alta mar y prohibiéndose cualquier intercambio con el litoral. El *Coote* (al mando del capitán Pepper), el *Palinurus* y el *Tigris* se alternaron en la guardia con el *Elphinstone*, manteniendo la zona bloqueada hasta 1833. Se recuperaron unas 6.000 libras, y los somalíes quedaron impresionados por nuestra férrea voluntad y también por los medios de que disponíamos para atajar su propensión al pillaje. <<

[10] El autor recomendó que estos hombres fueran ahorcados en el mismo lugar donde se había cometido el ultraje, que sus cuerpos fueran quemados y sus cenizas arrojadas al mar, de tal modo que tan terribles asesinos no se convirtieran en mártires. Esta precaución debería adoptarse siempre que un musulmán mata a un infiel. <<

[11] No ha podido aclararse el motivo de esta objeción. Un pueblo salvaje no queda adecuadamente castigado mediante unas pocas muertes, siendo la penalización económica el mejor método para producir una impresión duradera en sus mentes y corazones. Además de ser una costumbre tanto en India como en Oriente, constituye el único método de salvaguardar las propiedades de los viajeros. <<

[12] El África oriental tiene generalmente un terreno de arcilla rojiza.(N. del T.) <<



[13] El ñu es un rumiante originario de África, que se parece al buey por su aspecto general y por su cornamenta y al caballo por la cola y la crin, teniendo también algo del antílope y del bisonte. Se conocen dos especies: el común y el rayado, y es muy perseguido por los cazadores ingleses y holandeses de El Cabo.(N. del T.) <<

[14] Viene a decir: «Salvaje de nacimiento más que de carácter». (N. del T.) <<

[15] Esta harina se hace con la cápsula pulposa del baobab, la cual lleva también el nombre de «pan de mono», por ser uno de los alimentos favoritos de estos animales. (N. del T.) <<

[16] Fundikira murió poco después, sucediéndole su hijo Manua Sera.(N. del T.) <<

[17] Esta observación quedó justificada desgraciadamente con la guerra de 1861, contra el hijo de Fundikira, en la cual halló la muerte el árabe Snay-ben-Emir, de quien hace Burton tantos elogios. (N. del T.) <<

[18] Burton tiene razón respecto a las comarcas que él ha recorrido. Pero en el país de Uganda. Speke ha encontrado caminos anchos y muy bien conservados. (N. del T.)

<<

[19] Estos dos lagos, situados en la misma longitud de que habla Ptolomeo y donde el Nilo tiene su origen, pueden ser el lago Alberto y el Victoria, descubiertos respectivamente por Sir Samuel Baker y el capitán Speke. (N. del T.) <<

[20] Los que han traducido «rasoul» (enviado) por profeta, han falseado la fórmula islamita. Mahoma no se presentó nunca como profeta, en el sentido que damos a esta palabra, que es relativo a la predicción del porvenir. Mahoma se presentó como apóstol. (Burton). <<



[21] Especie de colonos agrícolas, cuya situación es muy parecida a la de los antiguos siervos de la gleba. (N. de T.) <<